



CENTRO EDITORIAL ARTISTICO de Miguel Seguí ❧ Rambla de Cataluña. 151, Barcelona ❧ **Precio: 4 reales.**

Ayuntamiento de Madrid

Album Salón

Revista Ibero-Americana de Literatura y Arte

PRIMERA ILUSTRACIÓN ESPAÑOLA EN COLORES

AÑO III

BARCELONA, 1.º DE MARZO DE 1899

NÚM. 37

Director-Propietario: MIGUEL SEGUÍ

Redactor-jefe: SALVADOR CARRERA

COLABORADORES

Literatos: Miguel Alderete.—Rafael Altamira.—Vital Aza.—Victor Balaguer.—Francisco Barado.—Pedro Barrantes.—Eduardo Benot.—Marcos Jesús Bertrán.—Eusebio Blasco.—Ramón de Campoamor.—Rafael del Castillo.—Mariano de Cavia.—Martín L. Coria.—Narciso Díaz de Escovar.—José Echegaray.—Alfredo Escobar (*Marqués de Valdeiglesias*).—Francisco T. Estruch.—Isidoro Fernández Flórez (*Fernanflore*).—Carlos Fernández Shaw.—Emilio Ferrari.—Carlos Frontaura.—P. Gascón de Gotor.—Enrique Gaspar.—Pedro Gay.—Francisco Gras y Elías.—José Gutiérrez Abascal (*Kasabal*).—Teodoro Llorente.—José R. Mérida.—F. Miquel y Badía.—Eduardo Montesinos.—Magín Morera Galicia.—Conde de Morphi.—Gaspar Núñez de Arce.—F. Luis Obiols.—Armando Palacio Valdés.—Manuel del Palacio.—Melchor de Palau.—Emilia Pardo Bazán.—José María de Pereda.—Francisco Pi y Margall.—Jacinto Octavio Picón.—Miguel Ramos Carrión.—Angel Rodríguez Chaves.—Salvador Rueda.—Alejandro Saint-Aubin.—Antonio Sánchez Pérez.—Joaquín Sánchez Toca.—P. Sañudo Autrán.—Eugenio Sellés.—Enrique Sepúlveda.—Luis Taboada.—Federico Urrecha.—Luis de Val.—Juan Valera.—Ricardo de la Vega.—Luis Vega-Rey.—Francisco Villa Real.—José Villegas (*Zeda*).—Baronesa de Wilson, y otros.

Pintores y dibujantes: Joaquín Agrasot.—Fernando Alberti.—Alvarez Dumont (Eugenio y César).—T. Andreu.—Dionisio Baixeras.—Mateo Balasch.—Laureano Barrau.—Pablo Béjar.—Mariano Benlliure.—P. M. Bertrán.—Juan Brull.—F. Brunet y Fita.—José Camins.—Ramón Casas.—José Cuchy.—José Cusachs.—Manuel Cusí.—Vicente Cutanda.—Enrique Estevan.—Baldomero Galofre.—Francisco Galofre Oller.—Manuel García Ramos.—Luis García San Pedro.—José Garnelo.—Luis Graner.—A. Gascón de Gotor.—Angel Huertas.—Agustín Lhardy.—Angel Lizcano.—José M. Marqués.—Ricardo Martí.—Arcadio Más y Fontdevila.—Francisco Masriera.—Nicolás Mejía.—Méndez Bringa.—Félix Mestres.—Francisco Miralles.—José Moragas Pomar.—Tomás Moragas.—Morelli.—Moreno Carbonero.—Tomás Muñoz Lucena.—Miguel Navarrete.—Jaime Pahissa.—José Parada y Santín.—José Passos.—Cecilio Plá.—Francisco Pradilla.—Pellicer Montseny.—Pinazo.—G. Pujol.—Román Ribera.—Alejandro Riquer.—Santiago Rusiñol.—Alejandro Saint-Aubin.—Fernández Sánchez Covisa.—Sans Castañó.—Arturo Serriñá.—Enrique Serra.—Joaquín Sorolla.—José M. Tamburini.—José Triadó.—Ramón Tusquets.—María de la Visitación Ubach.—Marcelino de Unceta.—Modesto Urgell.—Ricardo Urgell.—Salvador Viniegra.—Joaquín Xaudaró.—Fernando Xumetra, y otros.

Músicos: Isaac Albéniz.—Francisco Alió.—Federico Alfonso.—P. Astort.—Tomás Bretón.—Ruperto Chapí.—Alberto Cotó.—Federico Chueca.—V. Costa Nogueras.—Manuel Fernández Caballero.—Buenaventura Frígola.—S. García Robles.—Salvador Giner.—Manuel Giró.—Juan Goula.—Enrique Granados.—Roberto Goberna.—Claudio Martínez Imbert.—Luis Millet.—Enrique Morera.—Antonio Nicolau.—Cándido Orense.—Felipe Pedrell.—José Ribera.—José Rodríguez y Fernández.—Celestino Sadurní.—Francisco de P. Sánchez Cavagnac.—Joaquín Valverde.—Joaquín M. Vehils.—Amadeo Vives, y otros.

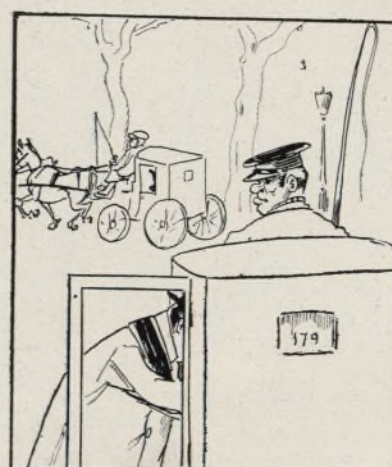
EL CONQUISTADOR DE OFICIO, por RICARDO FRADERA.



— ¡Vaya un cuerpo!



— La seguiré, y cuidado que llevamos andados ya tres kilómetros!



— ¿Toma coche? Pues yo otro. ¡Oye! no pierdas de vista aquel carruaje.

Espacio disponible para anuncio.



BALDOMERO GALOFRE

BALDOMERO GALOFRE

ACABABA de nacer el ALBUM SALÓN. Hallábase en aquel período de zozobras y esperanzas que han atravesado todas las publicaciones de importancia antes de arraigar por completo en el favor del público, cuando nos sorprendió agradablemente la inesperada visita de nuestro eximio paisano, á quien creíamos ausente de Barcelona. Como es natural, tratándose de un artista tan notable, faltónos tiempo para mostrarle los números publicados y pedirle su leal opinión acerca de ellos y de la arriesgada empresa á que nos habíamos lanzado, acaso con más entusiasmo que probabilidades de feliz éxito.

No hay que decir si, conociendo su proverbial franqueza, nos halagarían los aplausos que tributó á nuestro pensamiento de hacer una ilustración genuinamente nacional, y si aceptaríamos con gratitud, dada su pericia, los prudentes consejos que juzgó del caso darnos, para la mejor realización del mismo. No hay que decir tampoco si, habiéndole parecido oportuno nuestro propósito de dedicar anualmente algunos números á pintores de fama, pondríamos inmediato empeño en que él figurara de los primeros; lo que no pudimos conseguir de momento, pues á pesar de su buena voluntad, impediánle ocuparse de este asunto los múltiples trabajos que traía entre manos. Comprendiendo, sin embargo, la pena que su negativa nos causaba, ofreció complacernos más adelante, sin fijar época, cuando buenamente pudiera.

Era inútil importunarle con nuevas insistencias; nos resignamos á esperar, confiando en su promesa que ha cumplido religiosamente, con la caballerosidad que tiene acreditada en todos sus actos, proporcionándonos la singular satisfacción de ofrecer á nuestros lectores el presente número, cuyo sobresaliente mérito — el del artista que lo ha ilustrado — ha de sorprenderles y admirarles.

Encabezamos con su retrato estas hermosas páginas, en que se refleja el talento prodigioso de que le ha dotado la naturaleza, y le consagramos el artículo preferente, no por vía de presentación, pues no la necesita quien como él goza de universal renombre, sino para rendirle un público testimonio de aprecio y gratitud.

¿Y qué podemos decir de Baldomero Galofre que no haya dicho y repetido en todos los sublimes tonos del entusiasmo la prensa cosmopolita, con la firma de los críticos más eminentes? Alarde necio sería el nuestro, si pretendiéramos inventar algo nuevo ó expresar con mayor autoridad y elocuencia el cúmulo de plácemes, los unánimes elogios que el mundo artístico le ha tributado en letras de molde, desde que dió los primeros pasos en su escabrosa carrera, hasta hoy que, sin desfallecimientos ni fatiga, divisa muy próxima la codiciada meta.

Esta consideración nos impele á deponer la pluma, harto humilde para realzar grandezas, limitándonos á reproducir una pequeñísima parte — en relación al espacio que se nos concede, — de lo mucho que en honor de Baldomero Galofre han escrito otras de buen temple y no dudosa imparcialidad.

De entre los innumerables artículos que tenemos á la vista, insertamos á continuación los pocos que por sus dimensiones, relativamente reducidas, se amoldan á los estrechos límites de nuestra publicación, y por cuya simple lectura se comprenderá cuánto debe valer quien tan altos conceptos ha inspirado á los periódicos españoles y extranjeros.

Revista de Bellas Artes (Barcelona, año 1886).

«Pocos artistas tienen una figura que les revele como á éste. A muchos de los que he conocido, si tienen algún rasgo, sólo á fuerza de observarles he llegado á descubrirselo. Galofre, lejos de ser de éstos, lo lleva pintado en la cara. Le veréis por la calle y le adivinaréis. A nadie se le ocurrirá tomarle por abogado, por médico, por corredor, por militar, etc.

No es remilgado en el vestir, ni trae el cabello á la romana, ni tan sólo se cubre la cabeza con el consabido hongo de anchas alas, y, no obstante, despierta la curiosidad; uno vuelve á mirarle y concluye por decir: «Allá va un artista».

Su retrato no me dejará mentir. Galofre tiene un perfil enérgico y algo de ideal en su mirada expresiva y fogosa; frente alta y noble, una barba y cabellos de caída graciosa. Su cabeza, airosa y valiente, descansa sobre un cuello robusto, y éste arraiga en anchas espaldas. En todo este busto, se revelan ya las cualidades características de sus obras: fuerza y elegancia.

Paraos á hablar con él. No se pasará medio minuto sin que veáis en las chispas de sus ojos, en ciertos movimientos de su brazo derecho des-



cribiendo espirales por encima de la cabeza, signos de una imaginación indómita. Si se prolonga la conservación, si habláis de arte, — con él casi no se habla de otra cosa, — su cara se transforma continuamente, los ojos le relucen como fósforos, las ventanas de la nariz se le hinchan y deshinchán, como las de un fogoso caballo, como las de aquellos caballos que él pinta. Cuando no encuentra la palabra correspondiente á su entusiasmo, la substituye ingenua y felizmente por un suspiro ó un sonido inarticulado, más expresivo que todos los vocablos del diccionario. Otras veces, lleva en la cara pintada la melancolía, aquel desfallecimiento del artista, que es tantas veces precursor de fiebre de trabajo. Entonces, se ensimisma; se le han de arrancar las palabras á la fuerza; su risa, ya comúnmente escasa, dibuja apenas una ligera curva en su retorcido bigote. Galofre, al día

siguiente, pintará del alba al anoche-
cer. Una visita, un accidente cualquie-
ra, la más pequeña interrupción, le
pondrá frenético. Su vida es una suce-
sión continua de alegrías, de profundas
tristezas, de angustias y fruiciones, de
verdaderas crisis nerviosas.

Y es que Galofre no es tan sólo un
pintor; es todo un artista; todo un tem-
peramento. Hijo de un progresista de
aquellos que al grito de ¡Viva Espar-
tero! á los dieciséis ó dieciocho años,
tomaban las armas y corrían á perse-
guir carlistas, desafiando todas las pe-
nalidades de la guerra, el hambre y la
misma muerte, en aras de un ideal, ha
obtenido por ley de herencia el fuego
de los entusiasmos que todo ideal re-
clama. El padre fué un fanático de la
libertad, el hijo lo es del arte y de la
naturaleza. El padre bautizó á su hijo
con el nombre que llevaba el caudillo
de nuestras libertades; el hijo, si tuvie-
se un sucesor, de seguro que querría
darle el nombre que llevaba Fortuny,
si no prefería una hija, para llamarla
Natura. Y estaría, al hacerlo, tan ino-
cente de herejía ó de querer singula-
rizarse, que si al llegar á las fuentes
bautismales le opusieran reparos, se
exaltaría sin comprenderlos, y se vol-
vería sin habérselos explicado aún.
«¡Natural! ¡Oh, Santa Natural!» excl-
maría, con acento italiano, como su padre debió decir: «¡Baldomero!
¡Oh, San Baldomero!»

Mirad los cuadros hoy expuestos en la *Galería París*. Allí encontraréis
al fanático ferviente. Ni un cuadro de historia, ni un tipo arrancado á los
libros; ni una escena de otros tiempos ó de países desconocidos del pin-
tor: en cambio, ¡qué abundancia y maravillosa variedad hay en ellos de
bellezas naturales que han sorprendido su espíritu! Del simple croquis al
lápiz á *l'Ave María*, pasando por sus valientes carbones, por sus magnífi-
cas acuarelas, por los deslumbradores cuadros de caballete; ¡qué escala
de Jacob para llegar á la gloria! Y toda esta multitud de asuntos ¿de dón-
de la ha sacado, sino de la realidad viviente? ¿Para qué dirigir la mirada



á otro lado? Galofre no puede hacer obras reflejadas, no puede resignarse
á combinar mentiras, ni á rendir vasallaje á lo que no hace conmover su
corazón. Para él, pintar es como llorar ó reír; una necesidad del espíritu
conmovido por un espectáculo real; jamás falsear ideas ni embrollarse en
imaginarias combinaciones, que salen del ingenio atacadas de anemia,
porque no han pasado por el corazón. Pintar es para él, en una palabra,
exhalar un suspiro, *cantar* una verdad sentida, expansionar el espíritu. Y
como éste lo tiene de sensitiva, y en el mundo nada hay indiferente al
artista, Galofre pinta ó dibuja continuamente, se duerme pensando en sus
obras, se levanta con el alba para continuarlas, consagra su existencia toda
á la contemplación del natural, al cultivo de su arte. De aquí la maravi-
llosa fecundidad que aturde y admira á cuantos visitan su estudio.

Pintor esencialmente moderno, es, sobre todo y antes que todo, un
enamorado de la verdad viva. Como el poeta, como el novelista del día,
observa el mundo que le rodea; todo lo que hay en él le interesa, le con-
mueve, le inflama, y le hace coger el lápiz ó el pincel, para fijar todo lo
que tiene de hermoso é interesante aquel fragmento de realidad, tal como
lo han visto sus ojos, tal como ha atravesado por su temperamento; no
con la inerte frialdad de un copista vulgar ó de la máquina, sino con toda
la vida, toda la luz, todas las energías y aromas que conmovieron su co-

razón. He aquí el arte; he aquí el artista. Nada del guardarropa, del pelu-
quero, ni del atrezista, auxiliares indispensables de los gigantes de la ciu-
dad, de todos los mascarones y de los autores de tanta fantasmagoría
como pulula por libros y telas. Galofre no condenará por eso las grandes
composiciones, cuando son sentidas, ni la pintura histórica, cuando tiene
por asunto acontecimientos que ha presenciado el autor, como por ejem-
plo: la batalla de Tetuán de nuestro Fortuny ó los episodios de guerra
de Neuville. Pero no se dedicará nunca á la pintura retrospectiva ni á la
simbólica, en las que, por mucho que puedan lucirse cualidades de dibu-
jante y colorista, no pueden manifestarse aquellas corrientes de sentimien-
to que el artista transmite á los espectadores, porque las ha experimenta-
do él antes. Los dibujos, las telas de Galofre son *documentos* de una verdad
palpable, viva; nunca producto de lo que en *arte* se llama *manera*, ni en-
gendros de la imaginación, ni componendas industriales á gusto de cierto
público, ni frías representaciones teatrales con arreglo al patrón que dan
académicos y profesores de Estética. Pintar de encargo, estoy seguro que
no podría hacerlo. Componer lo que no ha visto, falsificar caracteres y
épocas, hacer en una palabra, lo que no vive en la realidad ni ha empe-
zado por impresionarle, sería para Galofre una abyección que pugna con
su temperamento, con sus sentimientos de independencia y fidelidad. Po-
drá tal vez, por exceso de sentimiento ó exuberancia de fantasía, exage-
rar más ó menos una línea ó un tono; pero esto será dentro
de aquellos límites del estilo propio, que, cuando se posee, es manifestación de toda per-
sonalidad. Nunca, empero, faltará concientemente á la ver-
dad, ni hará de su arte mer-
cancia de negociante ó acata-
miento de adulator.

Y entiéndase bien que to-
do eso no supone en favor de
Galofre ninguna virtud: es con-
secuencia natural de su carác-
ter, por demás ingenuo. Rela-
cionaos con él, y veréis como
es igual en su trato. No espe-
réis de él reticencias, ni juicios
tímidos ó acomodaticios, ni
miramientos á escuelas ni á
nombres; ni aquellos eclecti-
cismos ó tolerancias que algu-
nos por falta de convicción,
otros, por hipocresía tienen.
Nada de eso: Galofre os dirá
lisa y llanamente, con la mayor
sinceridad, su parecer, pese á
quien pese. Como nuestros
abuelos, habla claro y catalán.
Artista convencido, es intransi-
gente, cual debe serlo quien
tiene su religión por única y
verdadera.

Hay más; ante vosotros,
aunque sea el primer día de
veros, sin fijarse, contemplará
una de sus obras como el ena-
morado á la novia; os prego-
nará el mismo sus excelencias



BALDOMERO GALOFRE



VAQUEROS ANDALUCES

BALDOMERO GALOFRE



ELECCION Y CONTRATA DE CRIADAS EN ALGUNOS PUEBLOS DE ARAGON

BALDOMERO GALOFRE



CARRETA ASTURIANA

y primores; os mostrará con entusiasmo los artículos críticos que lo han ponderado. Tanta ingenuidad choca á los espíritus ligeros, hasta el punto de confundirla con una vanidad que no existe. Lo que allí hay, — si no un gemido mal dominado por dolores que tal vez nos oculta, pero que creemos adivinar, — es la ingenuidad de los fuertes, la candidez de los buenos, la franqueza del convencido, la distracción del enamorado, más tolerables para mí, que la solapada afectación de muchas medianías que exteriormente irán por estos mundos de Dios haciendo gala de modestos, cuando vistos por dentro no son más que pellejos de viento. Al fin y á la postre, quien tenga las cualidades de Galofre, puede con justicia estar orgulloso. ¿Quién al ver sus obras no se lo explicará todo? Fuerza, empuje, poesía, sentimiento, elegancia, vida, habilidad, espontaneidad, están clamando: «Aquí hay un artista de veras; tan franco, tan sincero, tan leal como el hombre. — NARCISO OLLER».

El Globo (Madrid, año 1887).

«Podrá ser todavía una utopía ó un anhelo más ó menos realizable la descentralización política y administrativa, pero la artística y literaria es ya un hecho.

De ello atestiguan, en punto á literatura, los primeros novelistas españoles; por lo que respecta al arte, es una prueba viviente, una más entre muchísimas otras, el notable pintor de quien damos hoy el retrato y la biografía.

Apenas si habrá en Madrid, fuera de los aficionados é inteligentes, quien conozca á Galofre, y, sin embargo, ese artista ha cooperado y coopera en grado preferente á la gloria de España.

Su firma y sus cuadros se cotizan al más alto precio y desde hace largos años, en los mercados extranjeros.

Bien lo sabíamos nosotros de mucho tiempo á esta parte; pero aun hubiera tardado el público en saberlo, á no ser por la *Exposición* de sus obras de arte, celebrada á fines de 1886 en la sala Parés de Barcelona.

Fué aquello una revelación, gracias á la cual y á los periódicos ilustrados que reprodujeron buen número de los cuadros y estudios expuestos, se enteró España toda de que era Galofre uno de sus predilectos hijos.

Figuraba en la *Exposición* referida lo que un poeta hubiera llamado *toda la lira*; lo que el pintor podía llamar *toda la paleta*. Cuadros al óleo, grandes y pequeños; tablas, bocetos, apuntes del natural, dibujos al lápiz,

Presentaremos no obstante á Baldomero Galofre, toda vez que hasta hace poco era punto menos que un extranjero en su patria.

Nació en Reus. Su familia honradísima y acomodada no pensaba destinarle á la pintura; pero la vocación del niño empezó á señalarse á los siete años, y tanto y de tal modo se acentuó, que hubo al fin necesidad de transigir con ella.



Marchóse, pues, á Barcelona, y allí comenzó sus estudios bajo la dirección de don Ramón Martí, continuándolos luego, aunque por corto tiempo, en la Academia de Bellas Artes. En ésta obtuvo el premio de paisaje, con el cual se inició la serie de sus primeros juveniles triunfos.

Con los éxitos crecieron las aspiraciones, y Galofre se decidió por último venir á Madrid, á donde llegó en 1870, con 20 duros y unos 600 dibujos que posteriormente le fueron robados.

Tres años pasó en el Museo, copiando y aprendiendo, mas sin descuidar, por la contemplación de las grandes obras de arte, la no menos útil y grandiosa de la Naturaleza. Así aplicaba los recursos debidos á su trabajo, á recorrer ambas Castillas, en constantes expediciones de que tiempo andando había de sacar provechoso fruto.

Optó en 1873 á una plaza de pensionado, en la Academia de Roma, fundada aquellos días por nuestro ilustre jefe el señor Castelar; pero al decirse la oposición, hubo empate entre él y Jaime Morera. Encomendada la resolución á la suerte, pues el Jurado no quería pronunciarse ni por el uno ni por el otro, fué vencido nuestro biografiado. Mas, tal estima inspiraba su reconocido mérito, que para él se creó otra plaza; merced á lo cual pudo trasladarse á Roma.

En la capital de Italia acabó de formarse nuestro artista. La mejor prueba de ello es que, aun no transcurridos dos años, el famoso comerciante en cuadros, Goupil, le compró á respetable precio cuanto tenía en su estudio.

Allá en Roma, donde había estrechado una afectuosa amistad con su ilustre paisano Fortuny, de quien fué apasionado admirador y discípulo, permaneció hasta 1884.

En tal fecha, y con motivo de la pérdida de su madre, volvió á España y á su querida Cataluña.

No tardará en abandonarla de nuevo, pues todas sus aficiones le llaman á Italia; pero ya ahora habrá de quedar sujeto por afectos y vínculos gloriosos al suelo nativo.

Fortunio (Nápoles, año 1889). (Traducción del italiano).

«Completamente abstraído en la idea de una grandiosa creación artística, siempre entusiasta por su idolatrada Italia, Baldomero Galofre ha permanecido cuatro meses entre nosotros, trabajando en las dulcísimas soledades de Sorrento. Allí, en medio de frescos bosquecillos de naranjos, de festones verdeguantes, entre la alegre tranquilidad sorrentina, el ardiente pintor español ha temperado el espíritu, fatigado por las largas y victoriosas batallas del arte.

Al saludar á Galofre, que hoy se aleja ya de nosotros, podemos enor-



al carbón, á la pluma, aguadas, etc. Había allí de todos los géneros, de todos los estilos, de todos los gustos; pues Galofre demostraba sus aptitudes varias, así para la historia como para el género, lo mismo para la marina que para el paisaje, tanto para la gran pintura cuanto para el cuadro de caballete. Hasta para complemento se manifestaba acreedor á un puesto de los mejores entre los animalistas.

La admiración fué unánime, y tradújose en un riquísimo presente. El señor Galofre recibió una magnífica paleta orlada con un laurel de plata, en cuyo campo habían puesto sus firmas las autoridades civiles y militares, las eminencias literarias y artísticas, y los más distinguidos periodistas de Barcelona.

Claro es que los artistas, sobre todo cuando aún no han pasado de la juventud, carecen de biografía.



gullecernos, si el plácido ambiente de nuestro país y la esplendidez de sus paisajes han vigorizado la inspiración y los alientos de uno de los más esforzados artistas europeos. Presunción es ésta que la tradición ha salvado de la catástrofe de nuestras prerrogativas.

A bien que, para Baldomero Galofre, Italia es casi una segunda patria; residió en Roma de 1873 á 1886, trabajando al lado de Fortuny, del cual parece derivación viviente, y no hay rincón de Italia desconocido para él, que los ha recorrido y admirado todos; admiración tan compenetrada en su sér, que cuando no está entre nosotros asáltale fuerte nostalgia: la de la Italia distante.

En Galofre, la adoración por Italia no se confunde con la imitación de nuestras escuelas y de los ingenios que les dieron vida. Los grandes predecesores de ese artista, fervientes admiradores de las bellezas de nuestro suelo, formáronse en la escuela de nuestros pintores, y quién de ellos recuerda las suavidades rafaelianas, quién la osadía sorprendente de Miguel Angel de Caravaggio, quién las acariciadoras morbideces del Correggio, quién el colorido profuso del pintor de Verona, quién la natural sencillez del Vecellio: pero Galofre, al paso que ama de Italia las bellezas, quiere asimismo la verdad en el arte. No hay para él escuela, género ni mecanismos especiales. En el dibujo, refléjase su gusto depurado, su experiencia; en el colorido, su visión exacta de la realidad; la inspiración es producto de su refinada cultura, de su natural ingenio, de su sentimiento exquisito, porque representa la excitabilidad del temperamento artístico en presencia del natural.

Así, vese de Galofre, ora un cuadro grandioso, en el cual personas y trajes revelan en su más estética evidencia, como en la *Feria* ó en los *Salimbanguis*; ora un paisaje profundamente sentimental, como la *Playa de Nápoles*; ora una mística visión, dulcísima como el *Ave Maria*; ya un admirable estudio de caballos, como en *Un caso de gitanos*; ó bien una plácida remembranza de la región natal: estudiado, visto, comprendido todo con el mismo *amore*, con igual fuerza de reflexión, con la intuición pronta y penetrante del hombre de gusto. No le basta á Galofre que un hecho sea maravilloso, es indispensable que sea verdadero; para convertirlo en maravilloso, sabe él muy bien que sólo ha menester hacerle pasar al través de su talento y de su percepción artística. Galofre es además un soberbio representante del naturalismo pictórico, y por esto precisamente resulta prodigiosa la rapidez de su visión y extraordinario el modo que tiene de traducirla plásticamente.

Cuanto á esta forma de traducción, Galofre no siente preferencias: tanto la pintura al óleo como la acuarela, el temple como el carbón, la pluma como el lápiz, para él tienen igual valor, y conoce á la perfección sus resortes y los maneja á voluntad, para no dar lugar á suponer, como creen algunos, que el valor del artista adquiere mayor ó menor importancia según sean los medios de que se vale. La diferencia, en todo caso, podría consistir tan solamente en la manera de emplear un medio con preferencia á otro; pero Galofre posee el secreto de todos, y así resultan sus acuarelas maravillosas, al igual que sus cuadros al óleo, y sus dibujos á pluma tan efectistas cuanto sus espléndidos *fusins*.

En este sentido, esto es, por su dominio del natural, Galofre tiene derecho á ser considerado algo así como el Zola de la pintura. Cuando la visión de la verdad es tan precisa, equilibrada, pronta; cuando se está en la posesión plena de todos los medios de reproducción, puede ejercerse absoluto dominio en el reino del arte, como hace Galofre, que no en vano nació en aquella tierra singular donde con tanto fausto imperó Carlos V, pintó Velázquez con suntuosidad inusitada, derramó Lope de Vega su inspiración á raudales, y Cervantes los tesoros de su gracia.

Reinan á la par en aquel país morisco los espectros y los ángeles, gitanos y soldadesca, el mundo de la hampa y del toreo. Este abigarrado conjunto hace que Galofre, aun siendo esencialmente modernista por la índole de su ingenio y cualidades de su cultura, no pueda substraerse á aquella magnificencia atavística, que es el gran prestigio histórico y artístico del bello y rico país hispano.

Por semejante razón, Galofre presenta en sus pinturas, á despecho de las modernas corrientes en que se baña, algo que recuerda siempre los antiguos esplendores de la España dominadora; obsérvese en ellas como el trasunto de grandiosa estirpe y liberal afinidad; siéntese que en aquel amasijo de tintes, igualmente vivaces y fulgurantes, en aquellas líneas amplias y seguras, está la herencia aristocrática y maravillosa de Velázquez y de Ribera; adivínase al través de las delicadas resplandecencias del *Ave Maria*, que no en vano pintó el divino Murillo en aquella España, cuna de Galofre; considérase cómo caldearán la imaginación de los artistas los ardientes besos de las hijas de Andalucía, las deliciosas serenatas de Sevilla, las dulcísimas noches de Granada, las fascinadoras leyendas árabes, los soberbios blasones de Aragón y las grandezas y fastos burgaleses; piénsase, en fin, que la modernidad de Galofre no es la iconoclasta de venerandas tradiciones, del carácter etnográfico, de la personalidad nacional. Así y por tales conceptos renueva el milagro de Fortuny, cuya soberbia pintura abraza como una fascinación suprema de arte, la gloriosa poesía del Renacimiento con las radiantes visiones del porvenir.

Baldomero Galofre armoniza en sí todas estas exigencias, por su opulento numen, ardiente sentimiento patrio, amor inmenso al arte é ilimitada pasión por lo real en sus procedimientos. Por este motivo es uno de los más insignes pintores modernos: un auténtico *grande de España*. — G. M. SCALINGER.»





Revista ilustrada (Buenos Aires, año 1897).

« De los principales pintores con que el arte de España hoy cuenta, es sin duda alguna el catalán Baldomero Galofre.

Conocemos aquí mucho de la luz graciosa de Domingo, del color rico de Fortuny; y de los más modernos no nos son desconocidos los Palencia, los Lozoya, los Barbudo, etc. De Galofre no se conoce tanto, pero en lo poco que se le conoce se le estima altamente. Es este uno de los pintores españoles que más valía tienen en España y fuera de ella. Y en Alemania, país de alto gusto y fina crítica, es considerado como el primero. Como Fortuny, nació Galofre en Reus y está en la mitad de la vida. Catalán, catalanísimo, vale decir que no es la menor de sus condiciones una voluntad enérgica y firme que se transparenta en su obra asentada y segura, que le afianza su legítimo é innegable puesto de maestro. Cuentan sus biógrafos que desde niño tuvo comienzo su pasión artística, dejando ver ya su precoz infancia la áurea cosecha del futuro. Y cuentan que, desde aquellos primeros años, se veía ya en el artista la manifestación de un amor profundo é intenso por la naturaleza, y que se iba al campo á contem-

plarla más de cerca, y á bañarse en luz libre, y á interpretar el misterio de los colores, y á procurar asir el alma de las cosas. Y por impulso propio, poseído de una intuitiva visión, sin cortapisas ni guías, que suelen oponer las enseñanzas magistrales, halló su camino individual, y obtuvo con la frecuencia del manejo del útil, no solamente la iniciación en el arte verdadero y grande, sino también el comienzo de una obra personal y única que le asegura el elevado carácter con que hoy figura entre los artistas mundiales.

Fué de su provincia á la conquista de Madrid, y allí encontró propicio campo para la realización de sus ideales. De luchas y trabajos, pero también halagadores triunfos, fué su vida en la Corte. Después hizo el viaje á Italia. Y ya se sabe lo que es el viaje de Italia para un artista. Parece como que Italia ofreciera la consagración de la luz, no solamente por la virtud de su cielo, divinamente azul, y de su belleza natural y monumental, sino también por la profusa riqueza de sus museos y pinacotecas. Claro es que allí Galofre tuvo más de una revelación, que dió nuevo impulso á sus alas y nueva llama á sus entusiasmos.

¿Debemos decir qué, como talento superior, el joven artista tuvo que luchar con pequeñas miserias y naturales agresiones? Mas es de la raza de los fuertes, y su voluntad acerada y decidida ha vencido todos los obstáculos.

Ha dejado su labor al tiempo, y el tiempo le ha hecho justicia. Hoy en su pináculo desafía cualquier rivalidad.

Es Galofre varío, potente y fecundo. Domina en el blanco y negro, mas sus óleos se distinguen brillantemente, como sus acuarelas. Paul Leroi concentra en las siguientes líneas su juicio sobre Galofre: « La pintura al óleo y la pintura á la aguada comparten sus favores; posee una facilidad de factura extraordinaria, y marca como en fuego enormes acuarelas, ó traza con rapidez vertiginosa dibujo tras dibujo ».

Demás está decir, que Galofre vende sus cuadros á altos precios en



MARINAS

BALDOMERO GALOFRE



GARROCHERO

Europa. Su *Feria en Andalucía* que figuró en la última exposición de Viena, está hoy en la galería del barón de Koenigsvarter y su *Galantería* que se exhibió en la última exposición de Munich, fué comprada por la Sociedad de Artistas de la justamente llamada Atenas del Norte.

Pero el pintor catalán, tiene su mayor gloria en su gran poema pictórico *España*, serie de trabajos que abarcan, por decirlo así, todo el espíritu, todo lo pintoresco de la patria española. — DARIUS ».

L'Atlántida. (Barcelona. Año 1898.) (Traducción del catalán.)

«Al principio de su carrera fué objeto ya de calurosas ovaciones. Su nombre se hizo popular, y los principales mercaderes adquirieron sus obras á precios elevadísimos. El conocido Goupil, adivinando en las tendencias de Galofre grandes resultados materiales, reprodujo al cromo sus primeras acuarelas; y aun hoy, después de los años transcurridos, vemos en los escaparates de librerías y estampistas alguna que otra de esas reproducciones.

Es Galofre uno de los artistas que más salida han tenido en los grandes mercados extranjeros: Berlín, Roma, París, Munich, Viena, Bruselas, Praga, Múnaco, etc., etc.; sus obras han sido premiadas en diferentes ex-

posiciones internacionales y compradas en ellas á precios inverosímiles.

Príncipes de la sangre y del arte, distinguen y veneran el nombre del aprovechado hijo de nuestra tierra.

Después de una lucha constante, á través de cuatro lustros, el insigne artista está próximo á ver realizado el sueño de toda su vida. Porque es preciso comprender que Galofre vive por el arte y para el arte. Es de los pocos que no tienen predilección por escuela determinada. Su imaginación fecunda se fija en la parte externa del mundo y la domina. Cualquier detalle, un incidente al vuelo, un ligero apunte, le sobran para producir un cuadro portentoso.

Embarga en la actualidad su inteligencia una obra titánica, un proyecto colosal que no se le ha ocurrido á ningún otro artista. Está desde hace mucho tiempo haciendo acopio de originales, en número fabuloso, para exponerlos juntos en los grandes centros antes citados, y también en los de América. Quiere que España sea conocida de los extranjeros, tal cual es, no por encima ni sofisticada.

Confesamos que esa obra no es simplemente artística: por el carácter que reviste y lo transcendental del pensamiento entra de lleno en los dominios de la ciencia. Es, pues, además de una obra de arte de primera

fuerza, un tratado etnográfico, ya que en ella aparecen gráficamente retratadas las razas y mezclas étnicas de toda España. Es una transcripción exacta de los caracteres que pueblan nuestra península.

De suerte que no se trata de un plan fantástico, engendrado en el calenturiento cerebro de un artista, sino de una sublime idea que pronto tendrá forma real y tangible.

En estos tiempos en que, debido á la total anomalía de nuestros políticos, España se encuentra en un estado verdaderamente lastimoso, cunde y arraiga en todas las provincias el espíritu regionalista. Pues bien: Galofre, rompiendo las metas del vergonzoso centralismo, ofrecerá muy en breve á los de fuera un ramillete formado con las bellezas de todas las regiones del país.

Al hacerlo, se coloca por su privilegiado ingenio y por la grandeza del asunto al nivel de los más eminentes representantes del Arte: del Arte que le abrió de par en par las puertas de su templo y le teje inmarcesibles coronas para el porvenir. — CARLOS JUÑER VIDAL.»

Bien quisiéramos añadir á las antecedentes líneas las no menos encomiásticas de la prensa francesa consignadas en sendos y autorizados artículos; pero, como hasta lo bueno cansa si se prodiga mucho, desistimos de ello, por no correr tal eventualidad.

Sin embargo, para que no falte esa hoja de laurel en la corona artística de nuestro ilustre amigo y paisano, nos permitiremos un detalle final.

El célebre crítico parisién Paul Leroi, de competencia indiscutible, en su juicio acerca del *Salón de 1890*, publicado en la importante revista *L'Art*, después de analizar las obras expuestas por gran número de notabilidades europeas, formuló la siguiente espontánea manifestación: «He sentido en extremo la ausencia de un artista más notable que la mayoría de los señores mencionados.»

Estas pocas palabras lo reasumen todo:

El artista á quien Paul Leroi se refería... era Baldomero Galofre.

BALDOMERO GALOFRE



UNA CALLE EN LEON



PAISAJE (CATALUÑA).



REUNION CUOTIDIANA DE VIEJOS MARINOS EN EL PASEO DE SAN FELIU DE GUIXOLS (CATALUÑA).

MEJORAS EN EL ALBUM SALÓN

EN nuestro incesante afán de corresponder al favor cada vez más visible que nos dispensa el público, hemos apelado á todos los esfuerzos, para realizar cuanto antes las reformas anunciadas en el prospecto del presente año, que mejoran extraordinariamente la publicación, según podrá apreciarse desde el siguiente número.

Sin variar en lo más mínimo su plan esencial ni las condiciones especiales que han hecho de ella la primera Ilustración española, se introducen en la misma algunas modificaciones, hijas de la experiencia y encaminadas al perfeccionamiento de que es siempre susceptible toda obra humana, por buena y hermosa que sea.

El cuadro en color que hasta ahora ha figurado al frente de la cubierta, ocupará en lo sucesivo la primera página del número, propiamente dicho; pues, conforme nos advirtieron varios de nuestros suscriptores, era en efecto una verdadera lástima, dada su importancia y belleza, exponerlo al deterioro natural que, colocado en aquel sitio, había de sufrir. Además, estando en el cuerpo del periódico y no en la cubierta, cuando se confeccione el tomo anual, no se verá el suscriptor en la disyuntiva de prescindir del mencionado cuadro ó apechugar con los anuncios que lleva al dorso, cosa que en el pasado año ha preocupado, con razón, á muchos de ellos.

La sección de anuncios quedará limitada á la última página de la repetida cubierta, desapareciendo por completo de la segunda y tercera, lo propio que la lista de colaboradores, á fin de dar cabida en estas últimas á un texto ameno y de actualidad, — crónica de la quincena, revista de teatros, chascarrillos, y versos festivos, — caricaturas y juegos de entretenimiento; independiente todo ello, para que pueda omitirse en la encuadernación del tomo, que, despojado así de su frívola envoltura, formará un magnífico *álbum artístico-literario*, tal como lo habíamos imaginado, llevando á la cabeza la portada en oro y colores que á fin de año regalaremos, no menos espléndida que la del anterior.

La tercer mejora que introducimos, y que implica un exceso de gasto digno de tener en cuenta, consiste en aumentar el número de páginas en color; de suerte que en adelante contendrá seis en vez de cinco, dedicando dos de ellas á la pintura decorativa, para que el carácter de la publicación resulte más general y variado.

Seguros estamos de que esas reformas merecerán la unánime aceptación y el aplauso de nuestros favorecedores, única recompensa á que aspiramos. Por si alguna duda pudiera quedarles de cuanto ganará con ellas el ALBUM SALÓN, les rogamos que fijen su ilustrada atención en el próximo número que verá la luz en el día 1.º de marzo, bajo el siguiente

SUMARIO

PÁGINAS EN COLOR:

De pura sangre. Cuadro de Antonio Torres Fuster.

Bastidor decorativo; por Arturo Seriná.

Chalán andaluz. — Cuadro de Joaquín Agrasot.

El molín de Aranjuez. — Cuadro de M. Pícolo.

Bastidor decorativo; por Arturo Seriná.

Los celos del rey de bastos. — Caricaturas de Ricardo Fradera.

PÁGINAS EN NEGRO:

Sátiras políticas de 1735 y 1736. — Artículo de Francisco Tomás y Estruch.

Historia vulgar. — Cuento de J. de Alcántara Fuentes, ilustrada por Sol Mendoza.

El pensamiento. — Poesía de Eloy Noriega.

La vida. — Poesía de Mercedes de Velilla.

El molín de Aranjuez. — Artículo de E. Rodríguez-Solís.

«Escribidme una carta, señor cura...» — Cuadro de E. Vassallo.

El morabito de Anguera. — Cuento de Angel R. Chaves.

Mtro. José Nicolás Quesada (Retrato).

Neurostenia. — *Rasgo auto-biográfico;* por Antonio S. Briceño.

Los celos del rey de bastos. Cuento festivo; por Joaquín Arques.

REGALO. — *Valz-jota, para piano,* original del Mtro. José Nicolás Quesada (Burgos).



Reservados todos los derechos de propiedad

artística y literaria.

Impreso por F. Giró. — Papel de Torres Hermanos, Sucesores.
Litografía Labielle.



Fot. F. Laureano

MTRO. DELFIN ARMENGOL

Autor de la pieza de música que acompaña á este número.

Mosaicos Hidráulicos

— DE —
Orsola, Solá y Compañía

Superiores en *BELLEZA, SOLIDEZ y ECONOMÍA* á cuantos se fabrican en España.

Unica casa que ha obtenido las más altas recompensas en las Exposiciones Universales de *BARCELONA, 1888, PARIS 1889, y CHICAGO 1893.*

— DESPACHO: —
2, Plaza de la Universidad, 2
BARCELONA

“NAUSEOFEN”
MARCA REGISTRADA.
DEL DR. **BRYR**
Elixir de éxito
seguro para curar
y evitar el
MAREO
Pelayo 6 bis. **BARCELONA**

EL CONQUISTADOR DE OFICIO, por RICARDO FRADERA.



— ¡Por vida de Dios! ¡Las mesas de enfrente ocupadas, y yo sin poderle ver el rostro!



— Creo lo más conveniente aguardarla á la salida del Hotel y así...



— ¡¡Cielos!! ¡¡Vaya un molde de hacer caretas!!

HIGIENE RAZONADA DE LA BOCA

ó sea
CONSEJOS UTILES PARA SU CONSERVACION

— POR —
JOSE BONIQUET

— Médico-Dentista. —

Obra de suma utilidad para todas las clases sociales, lujosamente editada é ilustrada con gran número de grabados. — **PRECIO: 2'50 PESETAS.**
Se vende en las principales librerías y en el domicilio del autor.

PELAYO, 54, PRAL. BARCELONA

JUAN B.^{TA} PUJOL & C.^A EDITORES

1 y 3, Puerta del Angel, 1 y 3 * BARCELONA

MÚSICA DE TODOS GÉNEROS Y PAÍSES

PIANOS, ARMONIOS, ÓRGANOS É INSTRUMENTOS DE ORQUESTA Y BANDA
REPRESENTACIÓN Y DEPÓSITO DE LAS PRINCIPALES CASAS EXTRANJERAS

CONTRATAS ESPECIALES — COMPRAS DIRECTAS

Agentes en Paris, Bruselas, Berlin, Leipzig,
Hamburgo, Londres, Milán y Viena.

Precios los más económicos y existencias las más importantes de la Península.

CATÁLOGOS GRATIS — EXPEDICIONES DIARIAS



LICOR BREA MÚNERA

22 AÑOS DE ÉXITO

Gran premio Exposición de Paris

Miembro del Jurado en Londres

Diploma de Honor en Bruselas

El **LICOR BREA MÚNERA** es el que mejor combate los catarros crónicos, toses rebeldes, espectoraciones abundantes, asma, bronquitis y demás afecciones del tubo respiratorio. Preserva del tífus, es útil en los catarros de la vejiga, purifica la sangre de sus malos humores y tiene una acción tónica sobre el organismo, de tal suerte, que con su uso se abre el apetito.

Enfermos cansados de tomar otras medicinas, han recurrido al **LICOR BREA MÚNERA** y con su benéfico influjo han recuperado el don más precioso de la vida, que es la salud.

No debe confundirse el **LICOR BREA MÚNERA** con otros que llevan nombres parecidos.

Farmacia del Autor: PASEO DE GRACIA, N.º 24

JUAN FRANQUESA

ALMACÉN DE MUEBLES

VENTA A PLAZOS Y AL CONTADO

SAN PABLO, 28 Esquina Arco de San Agustín BARCELONA

OBESIDAD

tratada con éxito desde hace 30 años con las

PILDORAS

de **REDUCCIÓN DE MARIENBAD**

Son también muy eficaces para combatir el estreñimiento y purgan con suavidad y sin cólicos.

PARIS, 8, rue Vivienne. — En las principales Farmacias.

Historia del general

DON JUAN PRIM

por FRANCISCO JOSÉ ORELLANA

Semanalmente y sin interrupción se publica un cuaderno que vale Un real, á pesar de contener dieciséis páginas de texto, ó bien ocho y un rico cromó.

¡ESTÓMAGO ARTIFICIAL!

ó **POLVOS** del **DR. KUNTZ** es un preparado incomparable para la cura de todas las dolencias del estómago é intestinos, por antiguas que sean. Los vómitos, acedías, ardores, pesadez, flatos, dolores de estómago, cintura, etc., etc., así que diarreas ó estreñimientos, desaparecen á la primera dosis. Éxito seguro. Caja 7'50; media caja, 4 pesetas, en farmacias y Madrid, Arenal, 2, Barceloná, Rambla Flores, 4. Pídanse FOLLETOS

SUCESORES DE V. DE HAAS

Rambla de Estudios, 11, BARCELONA

Pianos armonios y órganos de las mejores fábricas del País y Extranjero.

Representantes con exclusivas para España y Ultramar, de los magníficos pianos

WONDERSOCH

á precios sin competencia.

AGENTES DE LAS MEJORES FÁBRICAS DE INSTRUMENTOS PARA BANDA Y ORQUESTA

MUSICA Y ACCESORIOS DE TODAS CLASES

ESPECIALIDAD EN GUITARRAS DE CONCIERTO

PRECIOS LOS MAS ECONOMICOS

CASA FUNDADA EN 1862



PIANOS

FORTUNY 3 BARCELONA
PIANOS DE COLA Y VERTICALES
A CUERDAS CRUZADAS Y CUADRO DE HIERRO
ESTILO NORO AMERICANO
SE REMITEN CATÁLOGOS

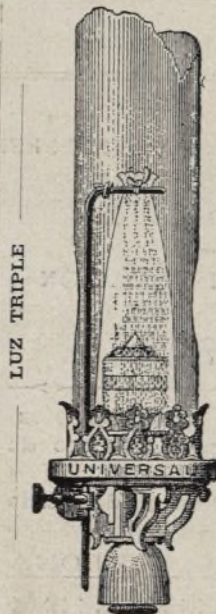
Imprenta á c. de F. GIRÓ

Casa especial para Ilustraciones.

PREMIADA CON MEDALLA DE ORO

en la

Exposición Universal de Barcelona de 1888



MECHERO

UNIVERSAL

M. GRISAU

Sociedad en Cta.

DESPACHO: 11, BALMES

BARCELONA

Tip. «La Ilustración», á c. F. Giró, calle de Valencia, 311, Barcelona.

A mi distinguido amigo el eminente pintor, BALDOMERO GALOFRE

FLOR MARCHITA

J



Melodia para canto con acompañamiento de piano

Por DELFIN ARMENGOL

Letra de BENJAMIN ROMO

Largo.

CANTO.

Largo.

PIANO.

pp

Letra castellana.

De mi existencia en la senda
sólo he encontrado una flor,
triste en el suelo yacía
marchita ya y sin olor.

Cogíla y sobre mi pecho
la puse con devoción,
y en la flor abandonada
cifré toda mi ilusión.

¡Qué importa que tu corola
perdiera aroma y licor,
si sólo en ti mi destino
quiere que cifre mi amor!

No temas no, flor marchita,
que huya de ti mi pasión;
ven, cara flor de mi vida,
ven cerca mi corazón.

1ª En lo ca_mi de ma
2ª ¿Que'm fa sihanper - dut sas

ppp *p*

vi - da Sols u - na flor n'hetro_vat
fu - llas Lo seu a_ro - madi - vi?

Sols u - na flor n'hetro -
Lo seu a_ro - madi -

- vat Al tresl'habi - an eu - lli - da y tots'l'habi - andei_xat
- vi? Sia - do_rar u - nesdes_pu - llas m'ha re_servat lo des - ti

y tots'l'habi - an dei_xat.
m'ha re_servat lo des -

Ah!

So - le - tay a - ban - do - na - da La po - si so - bre mon

cor _____ y vaig fer - ne m'es - ti - ma - da y vaig

accel. f poco a poco

D.C. hasta el % y sigue

dar - li mon a mor _____ y vaig dar - li mon a - mor.

a tempo. pp rall.

- ti. No te - mis no flor mar - ci - da Que't fal - ti

p

may mon a - mor U - ni - ca flor de ma vi -

- da Vi - na a qui pro - pet del cor Vi - na a qui

pro - pet del cor

Vi - na a qui pro - pet del cor

dim. *rall.* *molto.* *pppp*

Queda terminantemente prohibido venderla por separado.

A. TORRES FUSTER



DE PURA SANGRE

Ayuntamiento de Madrid

SÁTIRAS POLÍTICAS DE 1735 Y 1736

ENFERMO y aburrido, Felipe V se significó en la segunda etapa de su reinado por mirar con indiferencia los negocios públicos, mientras de ellos cuidaba con inusitado ardor su esposa Isabel de Farnesio, ávida de dar ducados y reinos á sus hijos, como buena madre de ellos... y como madrastra del Príncipe de Asturias, que al fin gobernó con el nombre de Fernando VI. Cuanto á la Reina hízola popular en su día, al llegar á España, el brusco destierro de la Princesa de los Ursinos, árbitra hasta entonces de los destinos de nuestra nación, enajenaronla luego muchas simpatías las aventuras diplomáticas en que comprometía la paz del reino y del exterior, los gastos que ocasionaba con armamentos y guerras, y la distribución caprichosa que hacía de los cargos públicos. Secundábala en sus planes Don José Patiño, acaparador de cuatro ministerios, — el de Estado, el de Hacienda, el de Guerra y el de Marina, — y al cual si se le llamó, por su singular capacidad, *el Colbert español*, y del agradecido Soberano obtuvo, en vida, toda clase de honores, y la aplicación de diez mil misas en muerte, también fué mordazmente satirizado por sus rivales ó envidiosos. Más de diez años consecutivos, hasta sucumbir por la vejez y el trabajo, fué secuaz de la Reina, cuyas ambiciones inmoderadas supo empero aprovechar para hacer restituir, en lo posible, usurpadas posesiones á España, y para acrecentar el prestigio de ésta entre las naciones de Europa. El cargo que Patiño se impuso de servidor incondicional de una mujer resuelta y temible, obligóle á buscar servidores y cooperadores que nunca discutieran sus empresas, buenas ó malas; y, así, atraído, elevándolos á cargos de la mayor importancia, bastantes hombres de procedencia humilde, á los que nunca perdonó la linajuda nobleza de la anterior dinastía. Añádase á esto la protección que se daba á los extranjeros, las reformas de Hacienda á que obligaba la organización de una numerosa armada, y el sostenimiento, casi permanente, de un gran ejército en pie de guerra, así como la lucha empeñada entre reinos católicos, y se comprenderá cuán discutido había de ser Patiño y la de Parma, por ciertas clases y bandos, sobre todo en la villa y corte de Madrid.

Por las fechas que escribo en el epígrafe de este trabajo, era el tiempo en que á España se le jugó la mala pasada de los *preliminarios de la paz*, ajustados á sus espaldas en Viena, y, por los cuales, si se consolidaba al hijo de Felipe y de Doña Isabel (quien fué después nuestro Carlos III) como rey de Nápoles y de Sicilia, Felipe V veíase constreñido á renunciar los derechos sobre la Toscana, Parma y Plasencia, precisamente cuando tanto ansiaba su esposa estos dos últimos Estados para otro de sus hijos sin herencia. ¡Sorpresa y disgustos grandes para la mujer que tanto esperaba de los triunfos de las tropas en Italia, y que hasta llegó á pensar en disponer un día de los tronos de Polonia y de Francia! Aquel fracaso relativo, daba tema á la descontentadiza opinión que tanto ya la había censurado; y Patiño, el Rey y el cardenal Molina, presidente del Consejo de Castilla, compartieron con ella las denuncias, ataques, burlas y hasta insultos, de papeles volanderos ó *pegadizos*, que aparecieron todos los jueves, á contar del 2 de Diciembre de 1735. Las tales sátiras, manuscritas, á veces de mucha extensión, aparecían pegadas en las puertas de palacio ó de casas muy principales, ó sobre sus bufetes, y hasta en los bolsillos y servilletas de los mismos monarcas; tanto, que el Rey acabó por acostumbrarse á ellas, quedando muy disgustado cuando no encontraba la *gacetilla*, que así se llamaba. Menos gracia le hacía á su mujer, y, sobre todo, á Patiño y á Molina, que fueron el blanco del mayor número de burlas ó vilipendios. Su autor, que firmaba con pseudónimo, (*El Duende de Madrid*), era aficionado á expresarse en verso, aunque también usaba por excepción la prosa, y, en su estilo, si bien no revelaba siempre el más favorecido ingenio ni gusto literario, daba empero á entender que era hombre de ilustración, muy versado en asuntos políticos y trámites cancillerescos. Sus impertinencias sobre estas materias eran dañinamente oportunas, así como en la revelación de agios ó venalidades, ciertas ó infundadas, de los ministros y consejeros. A éstos les señalaba acremente su origen, defectos ó pasiones. Véase cómo empieza por hablar del Rey, que cada día se sentía más hipocondríaco y fatigoso:

Yo soy en la Corte
el Crítico Duende;
cuando meto ruido	Remedio en sus males
en el Gabinete,	suave no esperen,
asusto á Patiño	que ya está podrido
y enfado á los Reyes...	el miembro «Doliente.»

En una *Doctrina* burlesca, empieza así el Credo:

Creo en el Rey nuestro señor, verdadero Monarca de España, que es Patiño defensor de la covachuela (1), y conservador de su irremediable ignorancia.... Creo en la necia bondad del Rey de España, en la fina política de los extranjeros, en la universal opresión de los españoles..., etc.

El *Pater Noster* aparece de este modo:

Augustísimo Rey nuestro, que no estás en el Cielo ni en la Tierra, viva siempre tu nombre y venga á nos el antiguo esplendor de tu Reino. Hágase tu voluntad en que se acabe la guerra así en Italia como en la Covachuela; danos hoy de comer y de beber, y redímonos de tanta deuda como hemos, Señor, contraído por tu culpa. No nos induzcas á la tentación y libranos del partido patiñal. Amén.

Más adelante, urde un Decálogo estrambótico, y dice en el X Mandamiento:

(1) *Covachuela*; cualquiera de las secretarías del Despacho Universal, que hoy se llaman Ministerios. Dióseles este nombre, porque estaban situadas en las bóvedas del antiguo Real Palacio. De *covachuela* se formó *covachuelista*, oficial de Ministerio; también se llamó *covachuelo*.

No codiciar más bienes ni más males, que el que duren en su sordera y ceguedad los Reyes, y no les abra los ojos ni los oídos el obstinado clamor de los españoles.

Entre las Obras de Misericordia, pone la de *Desengañar al engañado Rey*; y describiendo y meditando los *pasos* de una procesión, saca estos símiles:

Síguese el de la Pasión;
millones de Judas veo
que unos están apreciando
lo que otros están vendiendo.
—Aquí, considera España
á todo un monarca lelo,
sin ser capaz de un «Yo soy»
que hiciera cayesen muertos.

Y más adelante:

Aquí, considera un Rey
de pasta por la Reina hecho,
cuando trae á su veleta
acción, pulso, mano y viento.

En un *Testamento de España*, en el cual Don Felipe aparece como *Esposo* de aquélla, se lee:

Mando que no se cuente en las edades
que permitió mi Esposo estas maldades,
porque, desde su infancia
tuve bien conocida su ignorancia.

Las aficiones que siempre sintió el Rey por la caza, y que tanto estimuló la Reina para alejarle de los Consejos, fueron objeto de esta alusión:

Mando que, á mis criados,
aunque todos sus bienes son robados,
no se les tome de esto residencia,
pues nace del descuido de un Marido
por hallarse entre fieras divertido:
¡qué mucho se arruinase así mi casa!...
Y quiero, ya que muero agraviada,
se sepulte mi cuerpo en laberinto,
por esposa infeliz de ese Rey quinto,
que me ha muerto á dolores...

Llégame ahora el turno á la Reina. Los obstáculos que le ponen las cortes extranjeras, y el mal humor que aquéllos le causan, son así presentados:

Dama colérica
con llanto intrínseco,
reniega, víbora,
de los Artículos.

Esta afición á simbolizar *viperinamente*, vuelve en estos versos:

.... Siendo Adam quien perdió
por su culpa el universo,
España pierde su ser,
por dar á una sierpe obsequio.

De entre las ya citadas Obras de Misericordia, conviene entresacar ahora la de:

Dar de beber á la Reina cuanto pueda dar de sí el Río de la Plata; Amonestar á la Reina á que no ceda en sus pretensiones, aunque deje á sus vasallos sin camisa; Dar posada á los hijos de la Reina, aunque sea dejando en la calle á los españoles.

Llega el *Duende* á colocar entre las *Postimeras de la Felicidad de la covachuela*, «la muerte de la Reina», quien por causa de sus hijos hace correr á España el riesgo de perderse.

En otro lugar, apunta contra uno de estos hijos (Don Carlos) y la tenacidad de su madre en no ceder á las pretensiones de Francia y Austria:

El Rey don Carlos está
en embrión de Monarca,
pues si miro con cuidado
no está su reino en el mapa;
aunque, entre burlas y veras
hacernos quiere la Francia,
de un Gran Duque de justicia
un pequeño Rey de gracia.
El desaire ha sido grande, (1)
nuestra Reina está empeñada,
darle gusto es menester,
y, lo que saliere, salga.

En los *pasos* de Semana Santa, donde tan mal parado hemos visto á Don Felipe, alcánzale esta alusión á Doña Isabel, cuando llega, al parecer, la Mujer Adúltera:

Tampoco falta mujer
que haga pecar, pues tenemos
una que á todos procura
llevar consigo al Infierno.

Y, ante la Samaritana y la Magdalena, respectivamente:

(1) La defección de Francia, que sorprendió á nuestro embajador en París, el Marqués de Castelar, hermano de Patiño.



Allí, una mujer da alivio,
aquí, otra; mas, considero
que allí es cubrir la triaca
lo que aquí encubrir veneno.

Aquí, considera España
tu aflicción y desconsuelo,
tal, que no alivia tu pena
que el hijo esté padeciendo;
á tus pies con llanto amargo
no á la Magdalena veo,
veo si «Mulier peccatrix,»
que esto era antes de serlo.

España deja al fin de existir; colocada entre tres blandones, (Francia, Alemania y Saboya), así simboliza á la Reina:

El paño que la cubre, es una historia
que en Parma se labró para memoria
de la posteridad...

La poderosa gobernante y sus ministros, están tan graves en sus dolencias morales, que recilen en procesión el Viático:

Hacia el cuarto de la Reina
tiró el acompañamiento
porque el mal de que adolece
que la desespere temo,
y, así, acudamos cantando
«Tantum ergo sacramentum.»
— Vuestra Majestad ¿qué tiene?
— Mi mal es porque no tengo;
siempre hidrópica he vivido
de sujetar mil imperios,
y al calor de esta insatiable
sed, me faltó el crecimiento.
Perdí el estómago con
Estados del bien que aprecio
en la cocción de una Paz
que á gusto de otros diiero.

Finalmente se la llama *vieja*, sacándola una larga y abigarrada genealogía.

El mayor número de sátiras y de insultos, es para Patiño y la *patinada*, sus hechuras, sobre cuyo origen plebeyo insiste mucho el anonimista; el resto de su enojo, lo emplea en presentarlos como venales, ambiciosos, ignorantes é infatuados. El cardenal Molina tampoco puede decir «Estoy en lecho de rosas.»

Mandan los bárbaros,
privan los pícaros,
reinan despóticos
sobre los míseros.

Vino á ser cabeza un hombre
pervertido en el Gobierno;
éste, en lugar de escoger
los hombres de más talento
con quien descargar lo grave
que trae consigo este peso,
eligió á los más rudos,
humildes de nacimiento,
de viles operaciones
y de intenciones perversos:
cargaron á sus vasallos
contribuciones y pechos
y cada día gravaban
de nuevo todos los pueblos.

está dominando el Reino
donde se practica el hurto
desde el grande hasta el pequeño.

Entre muchos malvados
que en tiranía obtuvieron
el mando, fué un tal Patiño
sin Dios, ni ley, ni consejo;
éste, creó una tertulia
de fatales hombrézuelos,
gente infame de servicio
y de ruines pensamientos:
un Usariz, gran bribón,
intencionado embustero;
un tal Quadra, gran borrico,
con las uñas como anzuelos;
un Ibáñez, Goyoneche,
Valenciano y el buen Mello;
un Reyes, un Fray Gaspar.... (1)

— Decidme: ¿sois covachuelo?

— Sí, por la gracia de Patiño.

— Y, ¿qué quiere decir covachuelo?

— Hombre ignorante, y, sobre todo, á Patiño afecto.

— ¿Cuántas son las personas del Reino?

— Son tres: Patiño, la Reina y el Presidente, (2) pero, aunque son tres, sólo Patiño es el dominante.

En otro lugar dice de este Ministro, *que venció por dinero la voluntad de la Reina*, y que él á su vez sólo concede sus gracias por el mismo medio.

Las Virtudes, se dividen, según el conocido *Catecismo*, en tres *pati*

(1) El Cardenal Molina, Presidente del Consejo.

(2) Molina.

ñales, (Fe, Esperanza y Ambición), y en cuatro *molinas*, (Imprudencia, Injusticia, Destemplanza é Insaciabilidad).

El *Duende*, puesto en un solio, hace de Juez (?) y ve al reo, (al Ministro):

que sale componiéndose el pellejo
limpiándose las ruedas con despejo;
sus uñas no ha encontrado,
que de puro arañar se le han gastado....

El Juez le mira airado,
y él se juzga prescripto y condenado;
dícele al fin: «Horrendo mal cristiano
¿cómo así has destruído el Reino hispano?
¿Cómo siendo Intendente sin cordura
aniquilaste toda Extremadura
dejándola en desiertos aduares
sin respetar los pobres militares,
siendo desde la selva á la montaña
triste despojo de la infiel guadaña
con el bastón que tu piedad empuña
el año de catorce en Cataluña?
Amotinaste al pueblo sospechoso
por hacerte Ministro poderoso
queriendo que pagase cada casa
un doblón á un Estado infiel la Tasa.
¡Qué de vidas por tí no han perecido!
Las tropas ¡qué martirios no han sufrido!
¡Qué iglesias saqueadas!
¡Qué doncellas violadas!
¡Qué violencias! ¡qué incendios y qué ruinas!
Tú fuiste, tú, el causante á estos horrores;
sin perdonar las tropas tus rigores
por ley de buen ajuste las amagas
trampeándolas las pagas....

En Cádiz y su próspera marina
fuiste causa de toda su ruína;
los navíos que allí se han carenado
doce mil pesos en cada uno se han hurtado... (1)

Tú permites sin cuenta
de Justicia y de Gracia hacer la venta...

Tú quieres manejar toda oficina,
y sus ministros son de la cocina...

(1) La incorrección de éste y otros versos, aunque en número relativamente muy reducido, así como lo de algunas concordancias anteriores, son, á no dudar, faltas de copia, que encuentro y conservo, en el manuscrito que tengo á la vista.

Al Rey ceuitas con malas intenciones
de los monarcas las serias reflexiones...

Tú haces de muchachos muy bozales
tropa inmensa de torpes generales...

Tú quieres que en la Flota y galeones
vengan muchos millones de doblones,
y el que viniere atrás, si acierta ó yerra,
ate con longanizas esta perra.»

Cuando se lee la Historia, y se ve que Patiño es calificado de probo y que murió pobre, no se comprende cómo estas furibundas acusaciones hallaban eco en la Corte, ni menos se concibe como podía ser su autor... un fraile carmelita descalzo, persona muy influyente y reputada, que al tiempo de ser descubierta tenía anunciados por las esquinas de Madrid dos sermones, uno del Rey y otro de la Princesa de Asturias. Tenía el Padre en grande estima á esta dama, y acaso le protegió más de una vez en secreto, pues entre ambos existían vínculos de patria. El embajador de Portugal en Madrid, se asesoraba también con el *Crítico Duende*, nacido en el reino lusitano, y, primero, conocido en la carrera de las armas con el nombre de don Manuel Frey de Sylva. Profesando después en la Orden Carmelita, adoptó el nombre de Fray Manuel de San Josef, desempeñando varias veces delicadas misiones, de muy diverso carácter, que le valieron gran reputación entre clérigos y seglares, de alta posición sobre todo. Acaso aquí esté la incógnita de la nutrida información diplomática y palaciega que recibía, y que sería fatigoso extraer por entero de sus *gacetas*. Temidas y famosas éstas, (que introducía en palacio un viejo militar, muy querido del Rey), el cardenal Molina y Patiño no cesaron en sus pesquisas, cayendo al fin el autor en sus manos á los seis meses aproximadamente, no sin que, por sus escritos, sufrieran, otros, equivocadamente, detención y encarcelamiento. Para descubrir al *Crítico*, el antiguo manuscrito en que me informo deja entrever la *elección especial* de un nuevo general para la Orden del Carmen, quien apenas tomó posesión del cargo, desterró al Padre Manuel. Ya en camino para Portugal, fué detenido por orden del Gobierno. Trájoselo á Madrid, donde estuvo estrechamente encarcelado nueve meses, burlando al fin su encierro, lo mismo que un *duende*, pues dejó intactas las puertas y cerrojos, y el centinela que le guardaba no se apercibió de su fuga.

Como dato significativo debo anotar el de que el rey de Portugal puso espías en la frontera de su territorio para librar á Fray Manuel de los asesinos, que se dijo estaban encargados de *despacharle* si llegaba á salir de España; y el de que, apenas la hija de aquel monarca, doña Bárbara, Princesa de Asturias, compartió el trono de España con su esposo Don Fernando VI, invitó melosamente al *ex Duende* para que regresara á España.

F. TOMAS y ESTRUCH



« ESCRIBIDME UNA CARTA, SEÑOR CURA ». — Cuadro de E. VASSALLO.

EL MORABITO DE ANGHERA

TAN hartos estábamos de aquellas noches interminables en que la lluvia convertía en balsas de fango el interior de nuestras tiendas, que al ver que un viento un poco vivo que soplabá de la parte del mar, había ido barriendo los espesos nubarrones que entoldaban el cielo, me entraron ganas de interrumpir por aquella noche la partida de tresillo, para dar un paseo por el campamento.

Al capellán del tercero montado no le pareció muy bien la idea. Más admirador de un buen codillo, y sobre todo de sus resultados, que de todos los encantos con que pudiera brindar la madre naturaleza, hubiera preferido que agotáramos el repuesto de velas de sebo sacando las últimas puestas, en la esperanza, casi siempre realizada, de que el festejo diera fin con unos cuantos entreses, en que el buen *pater* parecía zahorí, según sentía súbitas inspiraciones para apuntar en favor ó en contra de la banca.

Pero como el capitán Carrillo y el alférez Ralero simpatizaran con mi proposición, el cura, mascullando no sé si una oracioncilla ó un terno, tuvo que resignarse á salir al campo, mientras empaquetaba la baraja en el mismo bolsillo de la levita que servía de asilo al breviario que, en honor de la verdad, tampoco don Apolinar olvidaba nunca.

La noche estaba deliciosa, aunque de mediados de Diciembre.

La luna, en todo el apogeo del plenilunio, hacía resaltar la blancura de las calles de tiendas del tercer cuerpo de ejército, que se perdía en el llano con una monótona uniformidad, sólo interrumpida por las cónicas de los oficiales y las marquesinas del estado mayor general, y el horizonte se veía limitado por las abruptas asperezas del boquete de Anghera y por un picacho más elevado que otros, y que era precisamente el que ocultaba, á nuestros ojos, el quebrado terreno que de allí á pocos días había de hacer para siempre memorable el glorioso combate de los Castillejos.

La prohibición de circular por el campamento después del toque de silencio, nos hacía esquivar el encuentro de las rondas y rondines, y cuidábamos mucho de no llegar á las grandes guardias de las avanzadas, de las que se distinguía el brillo de las bayonetas de los centinelas, y hasta nos parecía adivinar pegado á la tierra el bulto de los escuchas.

Sin embargo, de todo el paisaje, lo que más fijó mi atención fué un cerro de no muy grande elevación, pero sí de bastante áspera subida, en cuya cúspide se veía una casita que recordaba, sobre todo por su blancura y el achatamiento de su azotea, las alegres quintas de los alrededores de Rota, Chiclana y los Puertos.

El que tal cerro me inspirara curiosidad, no tenía nada de extraño. Algunos hebreos que se habían presentado en nuestro campamento los días anteriores, y los dos ó tres moros que habíamos hecho prisioneros en las acciones de los primeros días de Diciembre, nos habían hablado tanto y tanto de la *Casa del Morabito*, que no es mucho que deseara conocerla y sobre todo á su dueño, de quién se contaban cosas estupendas.

Los mismos judíos, poco admiradores de suyo de las santidades de los sectarios del Islam, le miraban con un respeto rayano con la veneración, y aun alguno de ellos aseguraba que si la misma fe que el Morabito tenía en Mahoma la tuviera en Adonai, y que si en lugar de haberse amamantado en las *suras* del Korán, hubiera bebido en las más puras fuentes de la Mischna y la Gemmara de los Talmudes babilónico y hierosolimitano, sus virtudes y sus austeridades le hubieran levantado á la altura de aquellos profetas de los antiguos tiempos, de que no se ven ni retoño en los días en que Eloin no había dejado de su mano al pueblo de Israel, al escogido por el Dios de Abrahán y de Jacob para depositario del Arca de la Alianza.

Y los moros no había que decir. Según ellos, no sólo abiertos tenía los siete cielos para cuando Azrael le librara de la carga de su vestidura mortal, sino que en esta mísera vida, el alto entre los altos, aquel cuyo nombre es manantial perenne de dichas y fuente inagotable de venturas, le había elegido para que con su ejemplo y con su voz alentase al creyente á no dejarse contaminar con doctrinas contrarias á la predicada por el santo entre los santos, dando la última gota de sangre antes de dejar de confesar las divinas verdades comprendidas en la frase: «No hay más Dios que Dios, ni más alto profeta que Mahoma.»

Como prueba de su influencia se decía, que lo que nunca hubieran podido lograr los adictos del Emperador, lo habían conseguido sus predicaciones. Aquellas rebeldes y siempre inquietas kabilas angherinas, que se alababan de no conocer más amo que su capricho, ni más ley que su voluntad, habían tomado las armas contra los cristianos, no en defensa de la bandera imperial, sino porque el Morabito los había llamado á la Guerra Santa, prometiendo á los hijos del Mogreb las dulzuras del Paraíso.

¿Qué de cosas me ocurrieron al contemplar, á la macilenta luz de la luna, la casa que según todos los informes se había negado á abandonar siempre el Morabito, á pesar de los peligros á que le exponían las contingencias de la guerra? Poco seguro en ninguna fe determinada, pero dotado de un gran fondo de íntimo misticismo, no podía menos de admirar y hasta de envidiar á aquel santo varón á quien una arraigada creencia, buena ó mala, daba mayor fuerza que los más altos poderes de la tierra.

— ¡Qué gran cosa es creer de todas veras, padre cura! — exclamé por dar suelta á mis impresiones, dirigiéndome á don Apolinar.

— Tan grande — contestó el *pater*, que cuando se ponía serio infundía verdadero respeto — que si hoy no realizamos aquellas hazañas que nos mueven á asombro al leer la historia de otros siglos, es porque desdichadamente se ha perdido eso que los espíritus fuertes llaman ustedes fanatismo.

— Quizá de ello tienen ustedes más culpa que nosotros, — no pude menos de replicar con cierta acritud. — ¿Sería usted capaz de citarme muchos morabitos cristianos que sepan imponer su fe con el ejemplo de sus austeridades y penitencias.

— Más de los que usted sospecha, — contestó el sacerdote con severidad. — Lo que tiene es que ese progreso, que no soy yo de los que condenan y escarnecen, nos ha enseñado á despojarnos de un exterior de mojigatería y de falsa ostentación piadosa, que sólo sirve para igualarnos con aquellos que el Evangelio compara con los sepulcros blanqueados.

Una ronda que veíamos acercarse nos hizo enmudecer, y buscando la sombra que proyectaban las tiendas, nos dirigimos á la nuestra en busca del descanso que quizá necesitáramos para las fatigas del siguiente día.

II

Y estas no fueron pocas ciertamente. Con los albores del día, se cruzaron los primeros disparos de nuestras avanzadas con las de los moros, que según su costumbre aprovechaban aquella hora para hostilizarnos, y el toque de diana se mezcló con el que nos mandaba avanzar sobre los cerros próximos, coronados ya por el enemigo.

Aquel día la caballería no tuvo que maniobrar, y la artillería se limitó á dirigir sus disparos, sobre las posiciones que los moros habían escogido.

Los que batimos bien el cobre fuimos los de infantería. La morisma, desalojada unas veces por el fuego en guerrillas, otras por los ataques á la bayoneta de nuestros regimientos de línea y especialmente por los batallones de cazadores, se replegó en masa compacta hacia la eminencia en que se levantaba la *Casa del Morabito*.



¡ESTAN VERDES — Guadro de ENRIQUE SERRA.



Exposición Robira (Escudillers, 5, 7 y 9.)

CHALAN ANDALUZ

Tomar aquel punto estratégico, nos costó mucho tiempo y no pocas bajas. Los marroquíes le defendían palmo á palmo, con una fiereza de que no se tiene idea; pero nuestros soldados, bravos como leones y sufridos hasta el heroísmo, dos veces rechazados por el nutrido fuego de los ciertos tiradores rifeños, lograron á la tercera poner el pie en los últimos pedruscos, y la bandera del batallón que yo mandaba, ondeó por fin sobre aquella casita blanca que unas horas antes veía yo desde las tiendas del campamento, con un respeto que se parecía mucho á la veneración.

III

Los prisioneros que hicimos fueron pocos. Los moros preferían morir á rendirse, y estoy por decir, que los que cogíamos era por no darles tiempo á dejar la vida entre nuestras manos.

Sin embargo, entre ellos había uno que excitaba mi curiosidad en alto grado. El Morabito, que á decir de testigos presenciales, había vendido cara su libertad, manejando la guma con un ardimiento que nadie hubiera sospechado en un hombre macerado por los ayunos y lacerado por las penitencias,... se había entregado á nuestros cazadores.

Cuando supe que acababa de salir de la tienda del general, para ingresar en una de las ambulancias, donde habían de curarle algunos no peligrosos rasguños, quise verle.

Cabalmente estaba conmigo don Apolinar, el capellán del tercero montado y ambos, nos dirigimos á la residencia accidental del Morabito.

Este, que acababa de ser curado, estaba sentado en una silla de tijera, y la verdad es que á primera vista presentaba un aspecto venerable, á que no contribuía poco la crecida barba que le llegaba hasta la cintura y á la que las canas, que todavía no eran muchas, daban un tinte ceniciento obscuro.

Nuestra entrada en la tienda no le hizo levantar los ojos que tenía constantemente clavados en el suelo; y sin embargo, en cuanto oyó el timbre de mi voz, hablando con uno de los médicos, levantó la cabeza.

Entonces, pude fijarme en él á todo sabor. Aquellas facciones no me eran desconocidas. No sabía donde, pero aquellos ojos de mirada entre sombría y profunda, los había yo visto antes.

El lo conoció así, y sin darme tiempo á que manifestara á nadie mis dudas, me hizo un signo con la cabeza para que me acercara.

Cuando lo hube hecho, en voz lo bastante baja para no ser oído más que por mí, pero en correcto castellano, me dijo:

— Mi comandante, no me pierda usted. ¿No se acuerda usted de mí? Soy Ocaña, el que era su asistente el año 43, cuando usted era alférez del Provincial de Laredo. Si encuentro ocasión le contaré mi vida, que no es vida tan breve como á primera vista parece.

IV

Aquella noche busqué un pretexto para que el Morabito pasara una hora en mi tienda, donde previamente había hecho acudir al capellán del tercero montado.

Si tuviese tiempo, contaría la historia que á fuerza de tragos de aguardiente me refirió Ocaña, mi asistente de mis primeros años de carrera, y el pillo más redomado que he conocido en esta vida.

Otro día lo haré. Por hoy, he de limitarme á decir que cuando quedamos solos don Apolinar y yo, éste, dándome una palmadita en el hombro, me dijo con cariñosa severidad:

— ¡Lamenta usted ahora que los católicos no contemos con muchos morabitos de la santidad de éste?

— Tenga la lengua *pater*, — le contesté con desenfadada jovialidad, — que en todas partes cuecen habas.

Pero la verdad es que aunque dije esto, desde aquel día tengo más fe en los sacerdotes que, sin desdeñar una partida de tresillo, ni dejar de apuntar entre amigos un elijan si la ocasión lo trae, tienen siempre el bolsillo abierto para toda miseria, como me consta que le sucede á don Apolinar, que no en otros que sin levantar los ojos del suelo y hablando siempre de mortificaciones y austeridades, sabe Dios si tendrán una historia no muy desemejante á la del Morabito de la kabila de Anghera.

ANGEL R. CHAVES



EL MOTIN DE ARANJUEZ (EFEMÉRIDES ILUSTRADAS).

HISTORIA VULGAR

QUIÉN los aproximó?... ¿Por qué causa se unieron en tan profunda simpatía? ¿Quién sabe! Quizá en el fondo de lo ignorado hay un *algo* de esencia divina que establece la conjunción de las almas.

El, tocaba el violín por calles y plazuelas, haciendo piruetas al compás de una jota desentonada y triste.

Ella, con su vestidito á media pierna y el cabello destrenzado sobre la espalda, parábase á la puerta de los cafés y de los colmados, á lucir sus habilidades, que consistían en una canción napolitana, tan sencilla como sentimental, acompañando su canto con el repiqueteo de una pandereta de cuero mugriento y enmohecidas sonajas.

Una tarde se encontraron los dos artistas en medio de la calle. ¡Fué un encuentro terrible! El violinista, levantaba por centésima vez sus piernecitas secas y casi desnudas, saltando más bien que bailando los últimos compases de aquella jota desastrosa y malsonante que era su único repertorio, divirtiéndose con esto á un grupo de señoritos que ocupaban una mesa en la puerta del café de...

Expiraba apenas el último quejido del maltrecho violín, y ya se disponía el ejecutante á recibir gorra en mano el óbolo de sus oyentes, cuando por su izquierda apareció la cantante callejera, que comenzó al punto su canción napolitana, golpeando á compás la pandereta, sostenida con la mano izquierda á la altura de su cabeza.

En el auditorio se produjo una espantosa confusión de carcajadas.

— ¡Bravo! mi querido *Sarasate*, — gritó uno de aquellos desocupados. — ¡Te ha salido una competidora y hay que vencerla! sino, adiós limosna. ¡Veamos! El que haga más ruido de los dos, ese se lleva lo que tengo en las manos. — Y el señorito sonaba entre las suyas abuecadas, algunas monedas de cobre.

— ¡Magnífico! — gritaron á coro los que le acompañaban. — ¡Será un concierto divertido! ¡A ello, señores artistas! ¡Venga ruido! — Y las risas se redoblaban, y cada vez la algazara era mayor, hasta el punto de que frente al café se formó un

grupo de curiosos, que celebraban también con grandes carcajadas aquellos chistes.

Los pequeños artistas, ya fuese estimulados por el ruido de las tentadoras monedas, ya fuese por librarse de una vez de la horrible chacota, como si los hubiera movido el mismo resorte, comenzaron cada uno por su parte á repetir lo acabado de ejecutar. La niña á entonar con su voccecita dulce y angelical la eterna canción napolitana. El violinista á rascar furiosamente con el arco en las dos únicas cuerdas de su violín, aquellos compases de jota que le servían de acompañamiento, para saltar de uno á otro lado, como un epiléptico.

De repente, cantante y violinista cesaron en su lucha, y se miraron rabiosamente.

El muchacho lanzó una rencorosa mirada á su rival, empuñó con fuerza el arco del violín y se abalanzó sobre la niña, con ánimo de maltratarla. De la concurrencia salían voces de ¡ánimo! ¡no te pierdas!... ¡Anda, tonta, tú!... ¡dale un panderetazo!...

Aterrada la pobre criaturita, ante la amenaza del arco levantado sobre su cabeza, alzó los ojos, unos ojos azules, grandes y expresivos, llenos de lágrimas, y los clavó en los del muchacho, como suplicándole que no la pegase.

Entonces, ocurrió una cosa extraña. El *petit* violinista volvió con desprecio la cara hacia los que le azuzaban, y cogiendo violentamente por el brazo á su rival, tiró de ella y la alejó casi á rastras del grupo de los desocupados, sin hacer caso del dinero que le ofrecían, como pago del despiadado divertimento.

La desgracia no necesita de presentaciones rutinarias ni de urbanas formas para crear una simpatía eterna. Hasta en eso es descarnada la miseria; no gusta de ropajes ni de formas delicadas... El laconismo también tiene su poesía.

— ¿Cómo te llamas? — había preguntado el violinista á su acompañante, cuando estuvieron en las afueras de la ciudad.

— Andrea. ¿Y tú?

— José.

— ¿Y de dónde has venido?

— De Asturias. ¿Y tú?

— De Marsella.

— ¿Tienes padres?

— No. ¿Y tú?

— Tampoco.

Y aquí concluyeron todas las explicaciones, y estos fueron los antecedentes que necesitaron aquellos párias, que apenas reunían veinte años entre los dos, para consolidar una amistad, más fuerte quizá que esas amistades que precisan de todos los trámites sociales, y que, á pesar de eso, nunca llegan al sacrificio.

— ¿Dónde vives? — preguntó el niño á su compañera, después de un rato de silencio.

La muchacha miró al violinista con una mirada de asombro que quería decir: — ¿Y qué es eso?

— Que cuál es tu casa, — se apresuró á contestar el muchacho, interpretando aquella mirada de extrañeza.

— ¿Mi casa?... Yo no tengo casa.

— ¿No tienes casa?... Pues, ¿dónde duermes?...

— En la calle...

— ¡Pobrecilla!... Pues yo sí tengo casa: ¡y anchurosa que es!... con una cama... ¡magnífica!

La niña, abrió inmensamente sus ojos azules y contempló con admiración á su nuevo amigo. ¡Una cama!... ¡Pero ella no sabía lo que era aquello!...

— ¿En dónde está? vamos á ver...

Aproximábanse á un pequeño grupo de casas, situado en el arrabal más apartado de la población. El muchacho extendió la mano en dirección á aquel sitio, y señalando un punto negro que se distinguía hacia la izquierda, — ¡Allí! — dijo con aire triunfante. — Y ya verás que bonita casa... ¡Mira! cabemos los dos. ¿Quieres que vivamos juntos?...

No fué preciso más invitación. La muchacha, ¡y cómo no! contestó que sí, con la cabeza y con todo el cuerpo, sin apartar la mirada del rostro de su amigo, como si temiera verlo arrepentido de su ofrecimiento.

Poco después llegaron al suspirado palacio del artista.

Era éste, ni más ni menos que un agujero ennegrecido por el humo, colgado á modo de nido en la espalda de una casa ruinosa, y que acusaba á todas luces haber servido de horno en otro tiempo á los habitantes sucesivos de aquella desmantelada habitación.

Sin embargo, inútil es decir que la muchacha acostumbrada á pernoctar en el arroyo, no sufrió decepción alguna á la vista de su nuevo domicilio; antes al contrario, palmoteó de gusto y encontró muy divertido el ejercicio que había que hacer para penetrar por la calcinada puerta del *palacio*.

Primero entró el dueño de la morada, quien, ofreciendo galantemente la mano á su huésped, la subió casi en peso hasta dejarla en el interior. Luego vino la presentación de la casa, que hubo necesidad de realizar á gatas, sin otra luz que la que penetraba por una claraboya abierta en el centro de la bóveda, acaso por la mano de un inquilino prudente, que encontró escaso de oxígeno el salón principal y único de su aérea vivienda.

Después el lecho. ¡Oh!... aquello era un lujo excesivo, que deslumbró á la regocijada chiquilla. ¡Un lecho compuesto de un montón de paja mullida y blanda!

¡Tendría una cama y un techo bajo el que cobijarse!

Con la inocente vanidad de una niña coqueta, paseaba su vista por todos los rincones del aposento, y concluyó por arrojarle en la cama, donde á poco se quedó dormida.

¡La inocencia tiene tan pocos cuidados!

¡La miseria es tan poco exigente!...

Lecho de plumas, debió parecerle á la desamparada chiquela aquel montón de paja, según era de soso y tranquilo su sueño.

El violinista la contemplaba fijamente, y es seguro que en el cerebro aquel no caldeado aún por el rudo batallar de la idea, pero al que la necesidad había llevado un discernimiento precoz, ahitábanse pensamientos generosos, de positivo y benéfico resultado para la durmiente.

En el fondo de su corazón, dormido hasta entonces para los afec-



tos, habíase operado súbitamente una reacción desconocida.

El no sabía que era aquello, ni porque causa sentía aquel consuelo, viendo ocupado su único lugar de descanso por una desconocida; pero lo cierto era, que cada vez le agradaba más su decisión.

Ya no estaría solo. En aquellos largos días de ejercicio violento, no siempre fecundos en limosnas, tendría junto a sí quien le ayudara a soportar su miseria ó á disfrutar su riqueza. A su manera, sentía igualmente la satisfacción del bien realizado, y sin poder concretárselo á sí mismo, enorgulleciase de tener bajo su amparo á un sér más débil que él.

Con singular expresión siguió contemplando á la pequeña. Entre tanto había oscurecido. Se acordó de que él y su amiguita no habían comido nada aquella tarde. Pensó salir, y un vago temor le retuvo. Aquella seriedad inopinada que se había apoderado de su espíritu, le aconsejaba no dejar sola á la muchacha, y se acostó sin cenar. Este fué su primer sacrificio de protector.

Algunos instantes después, los dos niños dormían.

La inconsciencia del sueño juntó sus cuerpecitos y entrelazó sus brazos.

Tal pureza en tal unión, sólo es posible en la infancia, que es la solemnidad de la virtud.

Aquel desposorio de ángeles, en la virginidad de la sombra, era como un anticipo sobre la gloria concedida á la fusión de dos almas.

En dos bocas de niño que se besan, no hay beso, porque siempre se interpone una sonrisa, y la sonrisa de los niños es la diaphanidad de los cielos.

Desde el siguiente día, todo el mundo pudo ver á los dos niños agarrados de la mano por las calles y ejerciendo juntos su nómada profesión.

La amistad que arraiga en la desgracia, es más sólida que cualquier otro afecto creado á la sombra de la felicidad. Así la simpatía que unió en breves minutos los corazones de ambas criaturas fué apoderándose rápidamente de sus voluntades, hasta hacerles imposible la existencia separados. No se hallaban el uno sin el otro. Juntos bailaban y cantaban en las puertas de los cafés; juntos disfrutaban el producto de la limosna; juntos se entregaban al descanso bajo un mismo techo y dominados por el mismo pensamiento; juntos lloraron más de una vez su abandono y su miseria, y juntos emprendieron cierto día el camino de la frontera, dejando abandonado el obscuro boquete del arrabal, donde tantas veces se mezclaron sus alientos y sus lágrimas.

Si las calcinadas piedras de aquel horno hablasen, quizá podrían decir al desgraciado que lo heredara: — *Aquí se escribió la primera página de un idilio. Cobijé el amor un día. No me profanéis.*

Iban transcurrido: doce años.

Andrea y José no son ya los artistas errantes que mendigaban el pan de cada día, aturdiendo los oídos del transeunte con sus desafinadas habilidades musicales.

Una serie de acontecimientos extraordinarios y la exuberante belleza de la muchacha, convertida en mujer y mujer de una hermosura deslumbradora, habían movido á un empresario escéntrico, á contratar á la ex-cantante y á su compañero, como artistas de circo. El negocio era pingüe. El buen público de París, monstro de mil cabezas, necesitaba arte; pero arte plástico: exuberancia de formas. Nada de volatines ni piruetas; eso se quedaba para nuestros abuelos, que no sabían lo que eran las antecelas de un *camerino*, ni penetraron jamás en el misterioso secreto de la malla.

Comprendiólo así el empresario, y satisfecho con la adquisición de Andrea, sacó todo el partido posible de la *gran atracción*, presentándola casi en completa desnudez, con el pretexto de unos *couplets* y de una danza, que los abonados hacían repetir cada noche, en medio de atronadores aplausos.

La *bella Andrea*, como ya le llamaba el *todo París*, gozaba entre la gente de buen tono de una popularidad respetuosa que la hacía doblemente interesante.

Más de una apuesta se cruzó por su causa, y más de una joya fué devuelta desde la puerta de su *camerino*, impenetrable á toda visita importuna.

Sin embargo; la hermosa artista concedió una excepción á este rigor. Uno de los abonados, el conde C..., había conseguido, á fuerza de insistencia y de galantería, interesar su corazón; y para el elegante aristócrata jamás se cerraban las puertas del lujoso tocador.

Llegó la noche del beneficio de la *bella Andrea*, en la cual hacía su *debut* como gimnasta, realizando un arriesgado ejercicio en el trapecio, en unión de su hermano José. (Así decían los carteles).

Al exterior del cuarto de la artista y á todo lo largo del pasillo, se extiende una larga cola de admiradores que aguardan la salida del *astro*, sólo por tener el placer de dirigirla un cumplido, obteniendo en cambio una sonrisa.

En el interior, la *bella Andrea*, con su más rico y original traje de malla, espera la señal para la salida; mientras escucha sonriente las apasionadas galanterías del conde C..., quien, más rendido que nunca, se esfuerza por convencerla de que su hermosura no tiene rival.

En el fondo y medio cubierto por una cortina, José, ataviado también con traje *collant*, mira sombríamente á Andrea y al conde, estremeciéndose á cada palabra de éste ó á cada mirada que sorprende en los ojos de aquélla.

Tiempo es ya de decirlo: la amaba con locura.

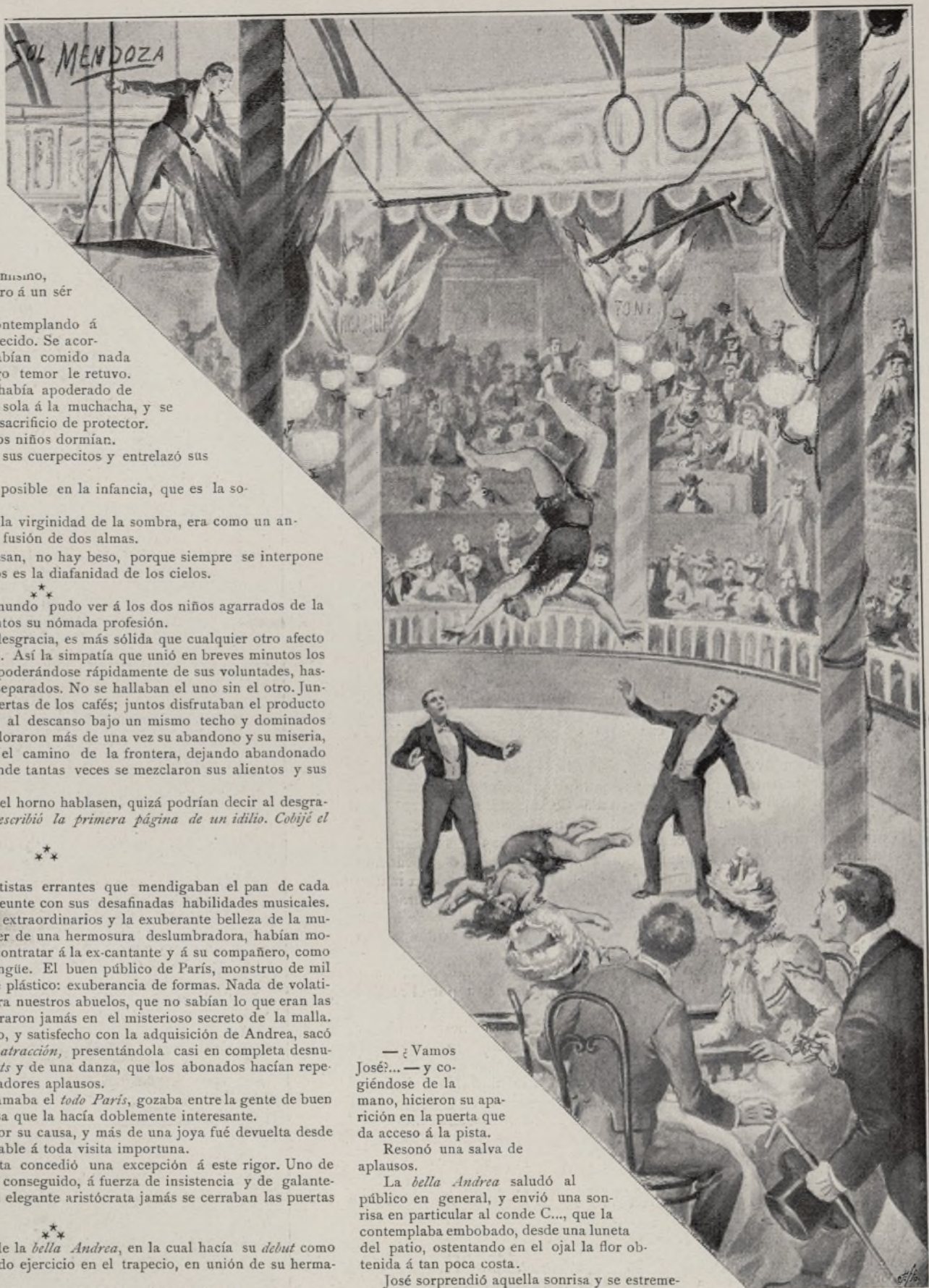
Para el mísero ex violinista sólo había una cosa en la vida: Andrea. Y una sola cosa digna de Andrea: su amor. Amor lleno de abnegación y de sacrificios. Amor curtido ya y atormentado por el torniquete del silencio. Y sin embargo; jamás salió de sus labios una palabra de reproche. El verdadero amor es cobarde hasta el martirio; pero poned delante de esa cobardía un obstáculo, y entonces el apocamiento se convierte en arrogancia, la prudencia en desfachatez, y el culto apacible de vuestro cariño, en acicate de las más temerarias empresas. Un enamorado celoso, es un poseído. Satanás fué sencillamente un celoso.

Esto ocurría al desgraciado José: amaba con delirio y sentía unos celos despiadados.

Aborrecía con toda la fuerza de sus sentidos á aquel *títere* de flamante pechera y atildados modales, que no sabía lo que era andar de puerta en puerta extenuado, descalzo, pidiendo el pedazo de pan que había de alimentar á aquella mujer, cuyo cariño le robaba tan descaradamente...

— ¡Pero qué es eso?... ¡Ella le da una flor que él se prende del ojal del *smoking*!... ¿Qué le dice?... ¿hasta luego?... ¡Maldito seál...

Sonó la campanilla de aviso.



— ¿Vamos José?... — y cogiéndose de la mano, hicieron su aparición en la puerta que da acceso á la pista.

Resonó una salva de aplausos.

La *bella Andrea* saludó al público en general, y envió una sonrisa en particular al conde C..., que la contemplaba embobado, desde una luneta del patio, ostentando en el ojal la flor obtenida á tan poca costa.

José sorprendió aquella sonrisa y se estremeció de pies á cabeza. Pálido como un difunto, comenzó á ascender por una cuerda que colgaba junto al trapecio á él destinado.

Andrea, en medio de la expectación general, ascendió á su vez por el lado opuesto, hasta colocarse en otro trapecio fijo, á la altura del piso tercero.

El ejercicio, aunque suficientemente ensayado, era en verdad peligrosísimo, pues su mayor novedad consistía en que había que realizarlo sin red. Ella, se arrojaría desde aquella altura, y José, que la esperaba colgado boca abajo en el trapecio, la cogería por las manos...

Se sucedió un silencio sepulcral: la música cesó, y el público materialmente galvanizado por el terror, no quitaba ojo de la artista.

Oyóse un ligero grito; era la señal. Andrea, arrojándose con increíble valor al espacio, salvó la distancia de los dos trapecios y quedó fuertemente asida á las manos de José, que soportó como un héroe la espantosa sacudida.

Resonó entonces una entusiasta salva de aplausos. Las aclamaciones y los bravos se sucedían sin interrupción, mientras la artista, evolucionando ya libremente entre los brazos que la retenían, quedose en una artística actitud y saludó graciosamente al público. El conde C..., frenético y en pie, palmoteaba como un energúmeno... Arrancóse la flor del ojal y la besó con transporte de entusiasmo. A esta galantería respondió Andrea enviándole con las puntas de los dedos, tocados en sus labios, un beso y la más hechicera de sus sonrisas.

Entonces... ocurrió una cosa horrible. José dió un rugido, abrió las manos, y Andrea, dando espantosos tumbos, vino á estrellarse contra una de las columnas de la pista, quedando muerta instantáneamente.

Un grito de horror salió de todos los labios... y antes de que nadie pudiera darse cuenta, otro cuerpo desprendido de la altura, vino á chocar contra la misma columna, quedando inerte junto al cadáver de la desgraciada artista. Era José, que ponía fin á su martirio y á su venganza, exclamando mientras recogían su cuerpo expirante:

— ¡Míal... ¡sí... mía, en la muerte!... ¡sólo mía!...

J. DE ALCANTARA FUENTES

EL BESO

El beso es la manifestación más delicada del amor, y el amor el principio y la base de la vida, porque la vida no es más que una serie no interrumpida de correspondencias y simpatías entre sí de seres y cosas.

El mar besa amoroso la playa, y sus arenas, al sentir el contacto suave de las mansas olas, avanzan hacia él para que el beso se prolongue.

La brisa besa a la flor, y al besarla, se inclina risueña y lanza un tierno suspiro que perfuma el ambiente.

El pájaro, con piar alegre y amoroso, une el pico al de su compañera; las dos avecillas agitan convulsos sus alas y redoblan sus trinos y arpegios.

La palmera envía a la prenda de su amor el beso de su aliento, que la hace fructificar y embellecer.

El arroyuelo besa a las plantas que festonean caprichosamente sus bordes, y con su afónico murmullo las canta dulces y amorosas endechas que, sin duda, para oír mejor unas y hacer interminable el otro, el césped inclina su frente hasta rozar con ella la blanda superficie de las aguas que incesantes se deslizan por el cauce.

La primavera es un beso de la Naturaleza, como la poesía es un beso del pensamiento.

Besamos el pie de imagen sagrada, y ese beso inunda de religioso placer el espíritu.

Besa la madre al hijo querido que en su regazo duerme, y ese beso infiltra en el niño vida y amor.

Besamos el anillo episcopal o la mano de un sacerdote, y ese beso nos enseña a respetar y a ser humildes.

Besamos a la mujer amada, con ese beso que la ilusión nos hace aspirar con deleite, embriagándonos con su aroma sin olor, y ese beso excita y espolea nuestro ardiente deseo.

Bésanse las mujeres, y ese beso constituye un acto de cortesía, en desuso.

Besamos al niño del amigo, y ese beso llena de regocijo al padre.

Besamos al moribundo, y en ese beso quisiéramos darle parte de nuestra vida.

Bésanos la mujer liviana, y ese beso apenas hace mella en nuestro ánimo.

Besamos el cadáver del ser amado, y ese beso nos consuela.

Mas el beso al cadáver no tiene correspondencia; el beso de mujer liviana, mancha; el beso al moribundo va en alas de la muerte; el beso al niño del amigo, es una adulación; el beso entre las mujeres es insípido; el beso a la mujer amada, asfixia su castidad y quema las alas de su pureza; el beso al anillo episcopal o a la mano del sacerdote, es infantil satisfacción y medio fácil de propagar enfermedades contagiosas; el beso de la madre al niño, es producto de su sagrado egoísmo; el beso a imagen sagrada, es fanática manifestación; el beso del pensamiento, es atrevido, y el de la Naturaleza, desahogo; el beso del arroyuelo, es humillante; el beso del pájaro y el de la palmera, son injuriosos e impuros; el beso de la brisa a la flor, roba a ésta su perfume; el beso del mar a la playa, es el beso del titán encadenado por el débil, es el beso de la maldad cubierta por el manto de la hipocresía.

Sólo hay un beso puro del todo y superior a todos esos besos; un beso que ni humilla, ni mancha, ni roba: es el beso que la gratitud del desvalido estampa en la mano del hombre generoso.

¡Ese beso lo recibe Dios, y repercute por todos los ámbitos del mundo en alas de la caridad y de la gratitud unidos!

ANTONIO ALONSO

EL PENSAMIENTO

¿Qué quieren estas ideas
que hierven en mi cerebro?
¿Por qué si el cuerpo descansa
no descansa el pensamiento?
Vigilante centinela
a quien nunca rinde el sueño,
ni le agobian las distancias
ni de los años el peso.
Siempre vigoroso y fuerte,
incansable como el tiempo,
ya en las cabañas habita,
ya en los palacios soberbios;
ya tiende a la azul esfera
su atrevido y raudó vuelo,
para robar a los astros
sus recónditos secretos.
Cruza montes y arenales
incultos, bosques desiertos;
penetra del mar bravío
en el insondable seno;
recorre todos los climas;
atraviesa el universo,
sin encontrar una valla
que se oponga a sus deseos.
Ve en el pobre la miseria,
el fausto en el opulento,
la soberbia de los grandes,
la humildad de los pequeños.
Se mezcla audaz y atrevido
en los combates sangrientos,
donde la impiedad humana

ejerce todo su imperio.
Mira en los pechos cerrados,
sólo a sus ojos abiertos,
los corazones, desnudos
del humano fingimiento,
con la mentira en los más
y la verdad en los menos.
Se desliza cauteloso
en otros cráneos, y el velo
descorre para saber
los pareceres ajenos.
Cruzando el éter del caos,
se espanta entre sus misterios,
y vuelve a emprender su giro
al diáfano azul del cielo,
en donde el límite encuentra
a su saber avariento.
Espía de las acciones,
fiscal de todos los hechos,
juez de inexorable fallo,
verdugo inflexible y fiero,
que da al criminal la muerte
con prolongado tormento.
Conciencia de los mortales,
resplandor del sacro fuego,
centinela de las almas,
espíritu del eterno...
Dios, en tantos dividido,
como seres nutre el suelo.

ELOY NORIEGA



EL MOTÍN DE ARANJUEZ

(18 DE MARZO DE 1808)

I

LA Historia no presenta una invasión más traidora y más injustificada que la de España por Napoleón Bonaparte, en el terrible, al par que gloriosísimo año, de 1808.

Desde que un Senado-consulta en 1804 cambió su vara de cónsul por el cetro de rey, las miradas del poderoso César, que ansiaba hacer de Europa una monarquía universal, cuyo amo y señor fuese él, teniendo por virreyes y lugartenientes en todas las naciones á sus hermanos y á sus generales. Se fijaron principalmente en España, que le atraía con un poder irresistible, sin comprender que esa atracción era la del abismo, y que en nuestra patria, sus águilas, siempre victoriosas, habían de caer vencidas y deshonradas.

¿Qué debió España al Emperador?

Una soñada garantía de los dominios del rey Carlos IV, que nadie pensaba en atacar.

¿Qué debió Napoleón á España?

La entrega de veinticuatro millones de francos, tomados de la caja de amortización, de Madrid.

La unión de nuestra valerosa marina á la suya, para que cayese vencida en Trafalgar por la ineptitud del almirante francés Mr. Villeneuve.

La inicua guerra que hicimos á Portugal.

El envío de nuestros ejércitos á Italia y Dinamarca, para servir sus ambiciosos proyectos.

La ruina de nuestro comercio á causa de la alianza que con él nos obligó á pactar.

La seguridad de sus fronteras pirenaicas, rechazando entrar en la coalición formada en su contra por las más importantes naciones, que á nuestra patria ofrecían grandes ventajas por ello.

Al comenzar nuestro relato, gobernaba á España Carlos IV, al débil rey su esposa María Luisa, y á esta orgullosa reina el favorito Don Manuel Godoy, quien, sin otros méritos que su gallarda figura, que tanto agradó á María Luisa, había llegado en pocos años, de un simple guardia de Corps á duque de la Alcudia, primer ministro, generalísimo, grande almirante y príncipe de la Paz.

De tal suerte llegó á cegarle el orgullo, que, cuando el viaje de los reyes á Sevilla, tuvo el capricho de albergarlos en su casa de Castuera, en Extremadura, convertida por arte de esa maga que se llama el oro en un suntuoso palacio.

En sus cartas á la reina, mostraba un desenfado y unos atrevimientos que, según las Memorias de aquel tiempo, eran muy del agrado de María Luisa.

Cuando la invasión de Portugal, realizada por Godoy, al frente de 15,000 soldados franceses y 60,000 españoles, como toda la campaña se redujo á la entrada de las tropas en Yelves, en cuyos jardines los soldados españoles cortaron un ramo de naranjas que ofrecieron á su general y éste envió á la reina, como trofeo de victoria, acto ridículo y campaña más ridícula aún, que la historia apellidó, con justa razón, la *guerra de las naranjas*, es fama que al regresar de ella preguntó María Luisa qué recompensa la pedía por el obsequio enviado, contestándole el favorito:

— ¡V. M. no me ha dicho siempre que el color azul es el que mejor me sienta!

— Es cierto.

— Pues bien; yo desearía una banda que me distinguiera de todos los demás generales.

— ¿Azul?

— Sí, señora.

— Pues la tendrás... y yo te la bordaré.

II

Al invadir nuestro territorio en los comienzos de 1808 los soldados imperiales, á pretexto de dirigirse á Portugal, nación que Napoleón pensaba en destruir por considerarla como una colonia de Inglaterra, su grande enemiga, fuéronse apoderando, á título de aliados, de nuestras principales ciudades y de nuestras mejores fortalezas.

El emperador había estudiado bien la situación de España y elegido con talento el momento de la invasión.

Dos partidos luchaban á la sazón en la Corte y se disputaban el gobierno: el de Godoy, y el del príncipe de Asturias, — luego Fernando VII, — que en el año anterior vióse preso y sujeto á una ruidosa causa en el Escorial por haber intentado substituir en el trono á su padre.

Ambos trabajaban por ganarse el favor de Napoleón Bonaparte; el príncipe Fernando, pidiéndole por esposa á una dama de su familia, y el favorito Godoy, solicitando, en el proyectado reparto de Portugal, uno de los tres estados en que el emperador pensaba dividirlo.

El odio entre ambos personajes era verdaderamente salvaje.

Cuéntase que el príncipe de Asturias, cada vez que Godoy alcanzaba un nuevo título, exclamaba:

— El lo es todo, y yo nada soy.

A lo que su hermano, el infante Don Carlos, solía contestarle:

— No te incomodes, Fernando, y piensa que cuanto más le den más podrás quitarle.

Digamos, á fuer de historiadores veraces y justos, que Godoy, apenas comprendió los designios de Napoleón contra España, se apresuró á adoptar una actitud francamente patriótica.

El emperador, para cohonestar su traición, envió al gobierno de España un catálogo de quejas mentidas.

Conozcámosle.

«Que en la Corte existía un partido afecto á los ingleses, sus eternos enemigos;

Que nuestra escuadra de Cartagena no había marchado á librar á la francesa, bloqueada en Cádiz por los ingleses;

Que debíamos entregarle algunas plazas, para defenderse contra los ingleses y portugueses, que *quizá* se vería obligado á agregar á su imperio, dándonos en equivalencia algunas de Portugal;

Por todo lo cual ofrecía una princesa de su familia para Fernando, y un nuevo tratado de paz y alianza.»

Godoy, al recibirlo, juntó en el Escorial un Consejo extraordinario, proponiendo contestar á Napoleón, que ya habían entrado en España 10,000 hombres más de los tratados, y que suspendiera la marcha de los otros 15,000 que tenía reunidos en Bayona. Aconsejando al rey que hiciera un llamamiento á la nación preparándola para rechazar los planes de Bonaparte.

Sus consejos no fueron por esta vez atendidos.

Firme en su idea, trasladó la corte á Aranjuez, decidido á que los reyes emprendieran el viaje á una plaza fuerte, protegidos por las divisiones de los generales Solano y Carraffa, que hizo venir sobre Toledo y Talavera.

Dícese que Fernando apenas lo supo, corrió á avisar á sus amigos, que ya estaban prevenidos, los cuales circularon el rumor de que los reyes, por consejo del favorito, iban á abandonar España, marchando á América y llevándose con ellos al príncipe de Asturias.

III

La noche del 18 de Marzo, al aparecer una luz en una de las ventanas del cuarto que Fernando ocupaba en el alcázar, sonó un tiro, luego un toque de corneta, y á seguida estalló el célebre *motín de Aranjuez*.

Grupos numerosos que salían de las tabernas y los bodegones, compuestos de *chisperos* y *curtidores* madrileños, arrieros toledanos, trajineros de la Mancha, vecinos de Aranjuez, palafreneros y criados del infante



Fot. J. Montes.

MTRO. JOSÉ NICOLÁS QUESADA (Burgos).

Autor de la pieza de música que acompaña á este número.

Don Antonio, y algunos soldados, dirigidos por un *tío Pedro*, nombre popular con que se disfrazó el revoltoso conde de Montijo, acudieron, unos, á tomar las salidas del alcázar, y otros á apoderarse del palacio de Godoy, á los gritos mil veces repetidos:

— ¡Abajo el guardia!

— ¡Muera el choricero!

Buscándole con el mayor empeño asaltaron el palacio, destrozaron sus joyas y muebles y quemaron sus papeles.

Los reyes, que se levantaron sorprendidos y espantados, tuvieron que firmar, por imposición de los revoltosos, la destitución de Godoy, y recurrir á su hijo Fernando, suplicándole que hiciera terminar el motín.

Godoy, que se había refugiado en las guardillas de su palacio, ocultándose entre unos rollos de estera, agobiado por la calentura, el hambre y una sed rabiosa, abandonó su escondite, resuelto á morir, cayendo en poder de los amotinados, quienes, de seguro, le habrían muerto, sin la llegada de un piquete de guardias de Corps que colocó al favorito, pálido convulso, y con el traje desgarrado, entre sus caballos, procurando librarle de los golpes de las turbas, á pesar de lo cual recibió una grave herida en la frente y varias contusiones.

Los reyes tuvieron, de nuevo, que suplicar á Fernando que corriera en su auxilio, y éste al llegar al cuartel de Guardias donde Godoy había sido conducido, dispersó á los amotinados, asegurándoles que el favorito sería en breve juzgado y sentenciado.

Los grupos entonces comenzaron á vitorear por rey á Fernando, y Carlos IV, atemorizado, abdicó la corona en su hijo, en la noche del 19, poniendo así término y fin al escandaloso *motín de Aranjuez*, tan sólo realizado para que el rebelde hijo substituyera al débil padre, sin comprender Fernando que á su vez, y muy pronto, sería substituido por el extranjero José Bonaparte.

E. RODRIGUEZ-SOLIS

LOS CELOS DEL REY DE BASTOS



o me explico esa manía que tienes, — decía un jugador á otro.

— Puedes llamarle tontería, si gustas, pero te participo que no la puedo desear.

— Pero eso tendrá un origen...

— Claro que lo tiene; y lo vas á saber: No recuerdo el sitio ni la época, aunque se asegura que fué cuando los primeros naipes se pusieron sobre el *tapete*, para jugar al *monte*.

Cuentan que un viejo jugador, después de haber perdido hasta la última moneda, quedóse como aletargado sobre la mesa, en cuyo momento se comenzaron á animar las cartas, desfilando ante su vista y

hablando como las personas de carne y hueso.

El rey de bastos fué la primera que saltó en medio del paño verde; estaba furioso y con sus tremendos resoplidos hacía temblar á todas las cartas.



Las sotas eran la causa de aquel regio desastre.

Amaba locamente á una princesa rubia, á la gentil sota de oros. Mil veces se lo había demostrado con frases galanas y ricos presentes; pero ella, desdenosa, siempre procuraba alejarse de su lado.

El rey de bastos aguardaba con ansia los *barajes*, para perseguirla de muerte; pero sólo conseguía deslizar alguna palabra de amor, que por lo regular se perdía entre el tropel de cartas aprisionadas en las manos del *banquero*.

La *partida* que aquella tarde había terminado, fué reñidísima, y el desdichado rey, siempre sobre la mesa, no pudo conseguir ni el más pequeño roce con su adorada sota. No así el caballo de espadas, que siempre iba junto á ella.

— ¡Se aman, sí, no me cabe duda! — decía el monarca, presa de terrible angustia.

Y se daba unos golpes atroces en la corona.

En esta situación y cuando se disponía á levantar todas las cartas, para armar la bronca número uno, se oyeron unos pasos menuditos.

— ¡Es ella! — murmuró el de bastos; y fué á esconderse detrás del siete de su *palo*.

En efecto, la sota de oros apareció sobre el *tapete*, tosió de un modo especial, y á esta *seña de la sota*, contestó el relincho de un caballo.

El de espadas, no tardó en presentarse.

— ¿Eres tú vida mía?

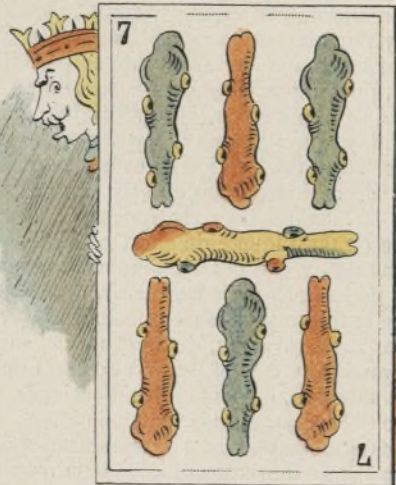
— exclamó el gallardo jinete, sin apear.

— Sí; aquí me tienes dispuesta á todo.

— ¿No temes el furor del rey de bastos?

— Le aborrezco y deseo separarme de él para siempre; sus modales bruscos y groseros me fastidian.

El pobre rey estuvo á punto de desmayarse, le faltaron las fuerzas y pensó en reponerlas, para dar el golpe decisivo.



Sin esperar más tiempo, fuese en busca del rey de copas, que tenía una *turca* monumental.

Entró en la regia bodega, y cogiendo el as de copas, lo apuró de un trago.



— ¡Ah, curdón! — gritó el otro rey.

Este, ó no escuchó la frase ó no le hizo caso, y salió tambaleándose, derribando á su paso el cinco de espadas, que hallábase sobre una mesa.

Las cartas pacíficas estaban aterrorizadas, en vista de la actitud del rey más bruto de la baraja.

Las sotas chillaban como débiles mujerzuelas, y se escondían debajo de los cuatros.

La catástrofe iba á ser gorda.

De pronto, el rey celoso se dió un golpe en la frente, tiró la tranca que llevaba al brazo y agarrando el as de bastos, exclamó:

— Este me vengará.

Y salió en busca de la pérfida.

Un segundo más y hubiera sido tarde.

La sota de oros, montada á la grupa del caballo de espadas, iba á partir para siempre.

— ¡Alto! — gritó el rey con voz de trueno, cogiendo el caballo de las bridas.

— No será, — contestó el jinete, con firme acento.

— ¿A dónde vas con ese garrote, cacho de bruto? — chilló la sota.

— ¡A mataros! — rugió el rey.

Y aquí pasó algo terrible. El monarca enarboló el garrote, el galán



bajó la cabeza, y el peso de la estaca cayó pesadamente sobre la desdichada sota, dejándola muerta para siempre.

— ¿Qué has hecho? — murmuró tristemente el caballo de espadas.

— Cumplir con mi deber; — gritó el rey, — *ya que yo no tengo sota, que no la tenga nadie*.

Y colorín, colorado...

— Toma, ¿y ese es el origen de tu manía? — preguntó el jugador á su amigo.

— Es natural: cualquiera le *apunta* á la sota, sabiendo que el rey la mató de un estacazo.

JOAQUÍN ARQUES

A mi querido Mtro. D. José Tragó.

UN RECUERDO

JOTA PARA PIANO.

J. NICOLÁS QUESADA.

All^o non molto.

Introducción.

Musical score for the introduction of 'Un Recuerdo'. The piece is in 3/8 time, key of B-flat major (two flats). It begins with a piano introduction marked 'All^o non molto.' The notation includes dynamic markings such as *ff*, *sf*, *f*, *cres.*, and *cen*. There are also markings for 'Red.' (Reduction) and 'm. d. rapido.' (moderato, then rapido). The introduction concludes with a *dim.* (diminuendo) marking.

Animato. *

Tempo di Jota.

Musical score for the main body of 'Un Recuerdo'. The tempo changes to 'Tempo di Jota.' and the character is 'Animato.' The notation includes dynamic markings such as *pp*, *sf*, *mf*, *f*, *cres.*, and *ff*. There are also markings for 'Red.' (Reduction), 'poco rall.' (poco rallentando), and 'dim.' (diminuendo). The score includes various musical notations such as slurs, ties, and fingerings (e.g., 1, 2, 3, 4, 5). The piece concludes with a final chord in 2/4 time.

Meno mosso.

Con motto

The musical score consists of six systems of staves, each with a treble and bass clef. The notation includes various musical markings and dynamics:

- System 1:** *a tempo. p*, *ten.*, *rall.*, *p a tempo.*, *cres.*
- System 2:** *f*, *pp piu mosso.*, *pp*, *leggiere.*
- System 3:** *mf tres corde.*, *cres.*
- System 4:** *poco rall.*, *cres.*, *rapido.*, *f ten.*, *a tempo.*, *mf*, *poco rall.*
- System 5:** *p*, *a tempo.*, *deciso.*, *cres.*, *m.d.*
- System 6:** *Menos.*, *m.i.*, *ff*, *f*

Throughout the score, there are numerous asterisks (*) and the word "Red." (likely a reduction or rehearsal mark) placed below the staves. The notation includes various musical symbols such as notes, rests, and dynamic markings.

m.i.
f *m.d.* *f* *f* *cres.*
Ped. * *Ped.* * *Ped.* *

Animato.
ff *pp* *marcato il canto.*
Ped. * *Ped.* * 2 *Ped.* * *Ped.* *

cres. *f* *ff* *tres corde.*
Ped. * *Ped.* * *Ped.* *

f *cres.* *ff*
Ped. * *Ped.* *

piu mosso. *f* *sempre f* *cres.*
Ped. * *Ped.* *

cres. *ff* *vivo.* *sempre f* *f* *D.C. al %*
Ped. * *Ped.* *

Queda terminantemente prohibido venderla por separado.



MATER DOLOROSA

LA CRUZ DE CRISTO

CORREN los siglos, sucédense las generaciones, cambia y se revuelve la forma y manera de ser de las naciones y de los pueblos, y á través de este perpetuo vaivén de las cosas humanas, hay un punto que permanece inmóvil y que, contrasta la acción destructora de los siglos, y señorea con su augusta majestad los pueblos, naciones y acontecimientos de la tierra. Este punto es la cruz que se levanta en el Calvario y de la cual pende exámine, sangriento y despedazado, el sagrado cuerpo de Cristo.

Esta cruz bendita, es el centro moral de la humanidad. A ella convergen y dirigen las miradas todas las generaciones. En ella encuentran su cumplimiento los deseos, las aspiraciones y las esperanzas de todos los pueblos. En ella se realizan los destinos del mundo. Todo lo que en el correr de los siglos cae al lado de allá de esta cruz está absorbido por irremediable lobreguez, solamente atenuada por los débiles destellos que esparcen en algunos puntos las esperanzas de las grandiosas realidades que se cumplirán en aquel misterioso objeto; todo lo que cae del lado de acá de esta cruz, á pesar de las miserias y desfallecimientos propios de la humanidad, está iluminado con una luz sobrenatural y penetrado de un calor de vida que alienta, y levanta y ennoblece por modo extraordinario la vida de la humana sociedad. Esta enseña soberana, en fin, es el punto más alto, la cumbre más elevada de los misterios divinos, trasunto de las relaciones de Dios con los hombres, símbolo de las misericordias inefables que la Majestad de Dios se ha dignado obrar sobre la faz de la tierra.

Mucho antes de que se realizara en esta cruz el misterio en ella encerrado, cuando la persona de Cristo era enigma insoluble para cuantos le rodeaban, cuando en torno suyo se agitaban y embravecían las pasiones más enconadas y toda la nación de Israel discutía y andaba dudosa y perpleja acerca de la importancia y significación de su persona, declaró Jesús, clara y expresamente, que cuando llegase la hora de cumplirse en él los divinos designios, y cuando terminada su predicación, como postrero acto de sumisión en la tierra, fuese llevado á los tribunales y sentenciado á muerte y levantado y clavado en el patíbulo de la cruz, desde aquel patíbulo ignominioso, atraería hacia sí todas las cosas, y todas las levantaría y transformaría, y les daría nuevo ser y nobleza, y dignidad y vida incomparable. En el estado en que se hallaban los ánimos, y en las circunstancias en que Jesús pronunció esta profecía, nada pudo parecer más extraño y absurdo; pero ninguna de las palabras del Redentor del mundo, ha sido cumplida más á la letra y en toda su plenitud; ninguna ha aparecido á los ojos de los hombres más hermosamente realizada.

¡Extraña en verdad pudo parecer, como asiento y cátedra de sabiduría, la ignominia de la cruz y la abyección de un patíbulo! Y sin embargo, al pie de este patíbulo han venido los sabios más ilustres de la tierra, á estudiar una ciencia que en vano habían buscado en los libros de los filósofos y en las escuelas de los maestros del siglo.

La luz que se ha desprendido de esta cátedra, ha dado á conocer á los hombres los más inefables misterios.

Allí ha sido revelada á la inteligencia humana la naturaleza de la majestad divina, esencia pura y sencilla que ama y que amando sale de sí y se humilla y entrega y sacrifica por sus criaturas. Allí ha sido apreciada y estimada y honrada la dignidad del hombre que el mundo antiguo no supo sino humillar, despreciar y aun odiar, y que á pesar de sus miserias y ruindades, es objeto regalado del amor y de la misericordia divina. Allí han sido revelados los designios de Dios sobre el linaje de los hombres, la comunidad y hermandad de todos los hombres entre sí, la paternidad divina sobre todas las criaturas racionales. Allí, en fin, han tenido solución todos los problemas morales que agitan á la humana inteligencia! El misterio de Cristo ha aclarado todos los enigmas y resuelto todas las dificultades. Las tinieblas del Calvario han alumbrado más que la luz fantástica de la ciencia y vana palabrería de los hombres. Y tan viva ha sido esta luz y tal claridad ha derramado en el entendimiento, que los ingenios más encumbrados, después de agotar sus fuerzas escudriñando los arcanos de la ciencia, han acabado por confesar con San Pablo que no hay más cátedra que la del Calvario, ni más ciencia que la de la cruz, ni más filosofía

que las que se aprenden en las santas doctrinas de Jesucristo crucificado.

¡Triste lugar de alivio y consuelo el asiento de un patíbulo! Y sin embargo, á éste patíbulo han acudido los tristes de la tierra, los desamparados del mundo, las víctimas del dolor y de la desgracia, para hallar una paz y un consuelo que en vano habían buscado en otras partes. Allí, al pie de esta cruz divina de donde pende el varón de dolores, y donde entre tormentos atrozísimos exhala su vida el Dios-Hombre, hecho víctima y propiciación por los pecados del mundo, donde le asiste su Madre afligidísima, tomando parte en la pasión y en el holocausto de su divino Hijo, han aprendido infinitas almas el misterio del dolor, el mérito de la paciencia, las gracias divinas vinculadas en el sufrimiento. Allí, á la influencia de esta soberana enseñanza, se han secado fuentes de lágrimas que parecían inagotables. Allí han recobrado amor á la vida, corazones que deseaban morir. Allí los ojos velados por las nubes de la aflicción y de la desgracia, han descubierto la faz de Dios, presente de una manera especial en los dolores y tribulaciones, aprendiendo á estimar los tesoros encerrados por la mano divina en la tribulación, y conociendo por dicha experiencia que lo que parece destinado á abatir la naturaleza humana es fuente de alientos soberanos, objeto especial del amor de Dios para con el hombre, regalo de su misericordia, corona con que la mano divina se complace en adornar la frente de los justos.

¡Raro principio de fuerza y poderío el madero de un suplicio! Y sin embargo, de este suplicio maldecido ha brotado la energía más grande y el estímulo más eficaz que ha obrado en el ser moral de la humanidad, y que penetrando en su cuerpo la ha maravillosamente avigorado y ennoblecido, abriendo á su actividad nuevos derroteros y magníficos, grandiosos horizontes. A la sombra de esta cruz, ha nacido la verdadera civilización y cultura del linaje humano. De allí, ha procedido la genuina libertad, el respeto al derecho, la conciencia de la humana dignidad, el sentimiento del lazo divino que, uniendo á todos los hombres entre sí, los enlaza, y forma de ellos una sociedad universal. Por la eficacia de esta cruz ha sido renovada la faz de la tierra. La grandeza y superioridad de los pueblos cristianos sobre los demás pueblos de la tierra, la mansedumbre de su legislación, todo cuanto hay en ellos grande y sublime, ha procedido originalmente de este santo madero. En él está el secreto del poder, de la fuerza, de la gloria de la humanidad verdaderamente civilizada. De él brota perennemente una corriente de amor que purifica las almas, que enciende los corazones, que levanta, transforma y santifica los espíritus. El bendito madero del Calvario, enhiesto en medio de las generaciones, es la prenda de la reconciliación de Dios con el hombre, el esfuerzo del débil, el remordimiento del malo, el refugio del penitente, el consuelo del justo, la esperanza del moribundo, la inspiración de la caridad que campea admirablemente gloriosa y fecunda, la nube misteriosa que anuncia la presencia de Dios en la tierra, el estandarte de la misericordia divina que, desplegado á todos los vientos, guía y conduce y es fuerza á los hombres en el duro batallar de la vida. La cruz de Cristo, en fin, es como el sol, la luz, el aliento y la vida del mundo.

Esta virtud y eficacia de la cruz de Cristo fué ayer, es hoy y será para siempre; y mientras exista la humanidad, y viva y obre y se desenvuelva en la tierra, no habrá para ella otro fundamento sino el que está puesto ya, que es la sagrada persona de Cristo, la verdad infalible de su doctrina, y la virtud incontrastable de sus merecimientos, cifrados en la enseña salvadora de la cruz gloriosa y bendita.

Así ha querido Dios que se realicen los destinos de la humanidad. Y cuando próximo el fin y acabamiento del mundo, esta misma humanidad haya de presentarse ante el Juez soberano de los vivos y de los muertos, antes de darse la solemne y fatal sentencia, aparecerá en mitad de los cielos esta enseña triunfadora, símbolo del amor, de la misericordia de Dios, y en la cual verán los buenos el principio y la esperanza de su glorificación, y los malos la justificación de la sentencia de su condenación inexorable.

MIGUEL MIR

(De la Real Academia Española.)





LA BUENA SEMILLA

I
CRISTO expira clavado en cruz. El dolor y la pena rebosan de los corazones. La iniquidad ha triunfado una vez más sobre la tierra. Todas las malas pasiones, un momento abatidas por la voz de verdad y esperanza que fluía de los divinos labios, recobran el imperio que siempre han tenido sobre los hombres. El mal arraiga de nuevo, y muy pronto ofrecerá á los mortales sus envenenados frutos. Los poderosos inicuos levantan otra vez las orgullosas cabezas, que una fuerza incontrastable doblará.

Cristo ha muerto clavado en cruz. Pero quedan su ejemplo y su doctrina. La buena semilla ha caído sobre la tierra, y en su seno, nunca agotado, germina.

El viento del desierto que sopla sobre las ruinas de Jerusalén, la esparce por todo el mundo conocido. Las azules olas del Mediterráneo la transportan sin esterilizarla, porque esa semilla tiene virtud divina. Dónde quiera que toca, arraiga. La tierra más ingrata, se convierte en fecunda, á su contacto. Los que advierten su poder omnipotente, pasmados y mudos, confirman el milagro. Cristo ha muerto en la cruz; pero su palabra queda entre los hombres. La Redención ha empezado.

« Amaos los unos á los otros.

» Todos sois hermanos, y mutuamente os debéis amor y auxilio.

» Los humildes serán ensalzados, y humillados los soberbios.

» No mataréis; no robaréis; no mentiréis; porque la sangre derramada mancha con indeleble marca al homicida; porque los bienes ajenos no aprovechan; porque la mentira seca el corazón. »

Doce hombres justos, repitieron por todos los ámbitos del mundo la santa palabra. Y todos los buenos y todos los humildes, se regocijaron. Y por vez primera entre los hombres, ensangrentados por siglos enteros de matanza y opresión, reinó la religión de amor, que palpitaba ya en los corazones de los mejores; pero sin forma y sin cuerpo.

II

Cristo ha muerto clavado en cruz. Su palabra vive entre los hombres. Y, sin embargo, el amor universal que predicara no ha dado los frutos que debiera. Los hombres continúan divididos en castas. El hermano no socorre al hermano; el hijo se aparta de sus padres; el marido no da por la mujer su existencia. En una misma ciudad, en una misma casa, se albergan la opulencia que derrocha en lo superfluo, y la miseria que mata á los que carecen de lo necesario. Unos salen en coche, en tanto que otros, por falta de zapatos se clavan en los pies espigas y cristales, desgarrando la carne que sangra con dolor. A un mismo tiempo, muere de indigestión el goloso opulento y de hambre el misérrimo. Se eleva templo al arte, y hay quien carece de hogar. Quedan yermos los campos, por falta de brazos, y millares y millares de hombres se adiestran en manejar las armas homicidas.

III

Torrentes de luz se escapan por los amplios cristales del restaurant. Es ya de noche y llueve. Desde la calle oscura y fría, un hombre contempla la brillante sala.

Mesas cubiertas de blancos adamascados manteles, dorados panecillos,



vajilla reluciente, copas y vasos de distintas formas y tamaños, botellas que guardan vinos de diferentes colores, fuentes plateadas en que humean carnes y pescados, flores que perfuman el aire, tazas llenas de obscuro líquido que desengrasa la boca, cigarros que embotan el pensamiento con su narcótico aroma, criados impasibles, silenciosos y diligentes, y caras congestionadas por el aflujo de sangre que los manjares ingeridos han hecho subir al corazón y que éste envía al cerebro y al rostro.

El hombre, después de mirar á través de los cristales, se aleja. Un clavo desgarró la carne de su pie. Un clavo, también desgarró los pies del Hombre-Dios.

IV

Cristo ha muerto clavado en cruz; pero su palabra ha quedado entre los hombres. ¡La buena semilla no puede morir, no puede ser infecunda! ¡Cómo la sienten crecer en sus corazones el que trabaja sin descanso, el que sufre injusta persecución, el que padece la mordedura del hambre, el que sufre ignorancia! ¡Qué seguramente se abre paso á pesar de todos los obstáculos! ¡Cómo llena de esperanza todas las almas en que arraiga!

Siglos y siglos han sido menester para que la materia cósmica se condensara en soles y planetas; continuas é incontables las batallas que las especies han sostenido, para afirmar su derecho á la vida contra otras



TRASCORO DE LA CATEDRAL DE BARCELONA

especies. Surge en una noche la barraca que el huracán derriba; tarda años en levantarse el monumento que desafía las edades. Nacen cada año millones de hombres; sólo cada siglo aparece, entre todos ellos, uno de esos genios que pasan á la posteridad. Entre sangre y dolores, vienen al mundo los hombres; á fuerza de sangre y de dolor, imperan las ideas. Mucho cuesta lo que mucho dura, y tarda en implantarse todo lo que debe prevalecer.

Por eso, la obra de la Redención es lenta.

No creáis, sin embargo, que la semilla ha perdido su potencia germinadora. Vibra y se agita en las regiones oscuras del pensamiento; arraiga cada vez con más fuerza; se esponja poco á poco. Y su trabajo invisible es tan poderoso y ha de ser tan fecundo, que la cosecha superará á todas las esperanzas.

« Soy la Resurrección y la Vida. El que cree en Mí, vivirá aunque haya muerto. Y el que vive en Mí, está seguro de vivir eternamente. »

V

La Envidia y el Odio, hablan con un hombre andrajoso y demacrado por las privaciones.

— ¿No sientes odio hacia ese potentado cuyo coche al pasar escupe sobre tu cara el barro del camino?

— Si tuvieras un arma, ¿no atentarías contra la vida de ese avaro opulento que acaba de negarte un mendrugo de pan?

El hombre contesta con firmeza:

— Hace tiempo que no hago caso de vuestras sugerencias. No siento envidia ni rencor, contra ninguno de esos dos hombres. A su pesar son de mi misma carne y están sujetos á los mismos dolores que yo sufro. La luz que ha penetrado ya en mi alma, inundará un día la suya, y entonces, nos pedirán humildemente perdón á mis hermanos de miseria y á mí, por sus faltas y por sus crímenes. Cristo no ha muerto en la cruz en que dejó que le clavarán, para redimir á los hombres. Su espíritu vive en cuantos sufrimos, y cada hombre que muere á mano airada, cada lágrima que se derrama, cada herida que sangra, contribuyen á la Redención y afirman la solidaridad humana. El que padece hambre, recuerda la palabra santa, y seguro de que no puede haber mentido, se conforta. El que sufre injusta persecución, trae á la memoria los divinos preceptos, y su pena se aminora. Borrada momentáneamente de las costumbres, vive la sagrada doctrina en todos los corazones ulcerados, y aquellos que la juzgan ó preterida ó muerta, despertarán de su error, cuando en hora inesperada la Religión de amor se expanda en floración admirable y en frutos de salud para la humanidad entera.

No; no ha muerto la palabra divina, entre los hombres. Durante los días de la Semana Santa, cuando después del invierno las fuerzas germinadoras de la tierra entonan universal *resurrexit*, esa palabra vibra con mayor fuerza, llevando á todos los corazones auras de paz y de esperanza.

Después de morir en la cruz, Jesucristo resucitó entre los hombres.

A. RIERA

LA RESURRECCIÓN ANTE LA CIENCIA

Los incrédulos modernos, si bien no se aventuran como los antiguos á negar la virtud y santidad de Jesús, y por tanto, á reducir sus milagros á simples acontecimientos naturales, han excogitado un medio ingenioso de explicar la resurrección, conforme á sus principios fisiológicos.

Paulus, Dam y otros, dicen que, según el testimonio de Josefo, algunas personas crucificadas vivían en la cruz tres y aun nueve días, como los dos ladrones, que á la noche no habían muerto, por lo que fueron quebrantados sus huesos; y, tomando de ello base, Pilatos resistiase á creer que Jesús expiara á los pocos momentos, hasta que el Centurión se lo aseguró. Pero, añaden, no hay cosa más probable que la fatiga, la angustia mental y la pérdida de sangre, produjeran el decaimiento, el síncope ó el desmayo; y en tal estado fué entregado el cuerpo del Divino Maestro á los fieles amigos, quienes le dejaron descansar tranquilamente en una bóveda sepulcral muy retirada, donde al poco volvió en sí Jesús de su desmayo, y se fué á buscar á sus discípulos. Según estos señores incrédulos, la lanzada que recibió el Señor en el pecho, no fué más que un rasguño ó una herida muy somera.

Probaré por partes la muerte y resurrección triunfante del Señor.

La muerte de Jesús, consta primeramente por las Sagradas Escrituras, en las que se refiere que al exhalar Cristo el postrer suspiro el sol se oscureció, la luna se eclipsó, el cielo se cubrió de luto, la Naturaleza, presa de terrible dolor, arrojó de su seno piedras y cadáveres, el rayo serpenteó y destrozó los árboles, los truenos retumbaron en las concavidades de la tierra, el velo del templo se rasgó; y por el aparato con que se verificó el drama del Gólgota, pensaron unos que era llegado el fin del mundo, mientras que otros, reconociendo al hijo del Carpintero como á verdadero Dios, huyeron espantados á llorar su crimen y á clamar misericordia al Eterno Padre. Nos pintan el dolor de una pobre Madre que, vestida de luto, llora lágrimas de sangre á los pies de su Hijo Crucificado.

Consta igualmente, por el testimonio de antiguos Santos Padres y escritores eclesiásticos, testimonio digno de crédito que Jesús murió en tiempo de los cónsules Rubellio Geminio y Jusio Geminio (año 782 de Roma), según claramente lo afirman Tertuliano, Lactancio, Julio Africano y otros. ¿Pero á qué citar testimonios de Evangelistas y Santos Padres y escritores eclesiásticos, que algún incrédulo rechazará acaso, por sospechosos de veracidad, cuando existen dictámenes y opiniones de eminentes médicos, en los cuales los teólogos apoyan su prueba?

Gruner, Bartholino, Triller y Eschenbach, suponen que el agua que salió del costado de Jesús era la linfa del pericardio; Vogler, que era el suero separado de la sangre; Richter, observa que el flujo abundante de sangre y agua, debe considerarse como sobrenatural y simbólico; Gruner, hijo, dice que la lanzada inferida por el brazo robusto de un soldado romano, con una lanza corta porque la cruz no era muy alta, debió

ocasionar, en cualquier hipótesis, una herida mortal; Gruner, padre, afirma que, aun suponiendo que la muerte de Jesús hubiera sido aparente al principio, el golpe de una herida, aunque fuera leve habría sido fatal, porque en el síncope ó desmayo, se considera que toda sangría debe dar este resultado, y que lejos de ser adecuados al estado de una persona desmayada las drogas y aromas para el embalsamamiento, en el recinto cerrado del sepulcro, sería el medio más seguro de hacer real la muerte aparente, porque produciría la asfixia. Moles, médico hipocrático y galénico del siglo XVII, dice, que habiendo sufrido Cristo violentos dolores, tanto físicos como morales, sus fuerzas estaban debilitadas y como abatidas, y por lo tanto, se hallaba en condición de sufrir por poco tiempo la situación de la Crucifixión; el célebre cirujano Cooper, después de un detalladísimo estudio anatómico de las heridas, confirma la profecía de que no se le rompió ningún hueso, costumbre usada entre los romanos, como lo hicieron con los dos ladrones, cuando los crucificados no habían muerto, máxime si el día de la ejecución era viernes, porque los sábados les estaba prohibido toda clase de trabajos. Edipión, de Edimburgo, atribuye la muerte de Jesús á la rotura del corazón; y el ilustre antropólogo artista contemporáneo don José Parada y Santín, dice, que como en Cris-

to existía una potencia, una voluntad superior á todos los hombres, y una gran fuerza intelectual para acallar sus dolores, el esfuerzo psíquico que hizo en el Calvario provocó el aniquilamiento que acabó con su vida.

Refutada la afirmación de que Jesús no murió, fácilmente me será probar que Jesús resucitó triunfante y glorioso.

En diferentes lugares de la Escritura, se habla de la timidez de los Apóstoles que llegó hasta negar, por tres veces, uno de ellos, San Pedro, á su Maestro; viéndose el Señor abandonado de todos ellos, así en su prisión como durante su Pasión, por temor á ser víctimas de las persecuciones de los judíos. Sólo Juan, el más joven de los discípulos, se atreve á presentarse en el Calvario y permanecer junto á la Cruz. Cuando Cristo, después de su resurrección, se les apareció, lo tuvieron por un fantasma, y se sobrecogieron de temor; y en buena lógica, se ha de deducir que si de la presencia de Jesús se atemorizaron ¿cómo habrían de ser capaces estos hombres, tímidos é indefensos, de atropellar un bien armado cuerpo de guardia? Y aun admitido todo esto: ¿con qué fin iban á hacerlo? Convenidos de la muerte de Jesús, debían mirarle ó como un impostor ó como un espíritu débil, que se había engañado á sí mismo con sus locas esperanzas; y lógico es convenir en que, por apoderarse de un cadáver, no



¡MAGDALENA! — DIBUJO Á LA PLUMA, ORIGINAL DE JOSÉ PASSOS.

Premiado en la última Exposición de Bellas Artes celebrada en esta ciudad.

iban á exponerse á las iras de los judíos. Aparte de que de hecho no se apoderaron, véase el testimonio de los guardias; véase igualmente que cuando prendieron á los Apóstoles y los azotaron, no fué por haber robado el cuerpo del Maestro, ni por haber publicado falsamente su resurrección, sino por controvenir á las órdenes, que les prohibía dar noticia de tan maravilloso acontecimiento.

Mas, dejando á un lado los argumentos y pruebas que nos suministran las Escrituras y los mismos judíos, tenemos la Arqueología, que con su lenguaje mudo nos suministra testimonios irrecusables, desde los primeros siglos del cristianismo, de la triunfante resurrección del Señor.

Entre otros, merecen citarse: un fragmento de sarcófago del Vaticano, en el que aparecen dos soldados, de pie, apoyados en sus escudos, y sobre ellos se eleva el monograma rectilíneo, que otras veces es una corona con la misma inicial ó distintivo, como se ve en un sepulcro de San Píato. El de San Celso, en Milán, que ofrece una representación más completa de la resurrección: las dos Marías están de pie, delante de la tumba, cuya puerta tiene la forma de una torre; una de estas piadosas mujeres, con la cabeza baja, contempla y señala con la mano el sudario del Señor, que se

halla colocado sobre el umbral, circunstancia que en el texto sagrado, se atribuye á San Juan y San Pedro; la otra, levanta los ojos al cielo y ve al ángel que baja para anunciar la resurrección; detrás del monumento está Tomás, posternado delante del Divino Maestro, tocando con el dedo la herida del costado. En uno de los relicarios que San Gregorio el Grande mandó á la reina Teodelinda, para sus hijos. En los mármoles de las Galias, como en San Píato, Manosque y Laissons; y muy principalmente, por hallarse, desposeído de su forma mística y figurada, la resurrección de un modo directo, en el bajo relieve de un sarcófago de la cripta de San Maximino, y en el de una urna de Milán, según Bugati.

Luego, la muerte y Resurrección del Señor, si se ha de convenir en buena lógica, queda probada por las Escrituras, por los Santos Padres, por la razón teológica, apoyada en la ciencia médica, por el testimonio de los guardias y silencio del pueblo judío, por los testigos presenciales y por la Arqueología. Luego, justo es exclamar: *Resurrexit sicut dixit*.

PEDRO GASCON DE GOTOR

C. de la R. Academia de la Historia

JULIO BORRELL



JESÚS ORANDO EN EL HUERTO



LA SEMANA SANTA Y LA ESCULTURA ESPAÑOLA

En los misterios que la Iglesia Católica conmemora en la Semana mayor ó Santa, han encontrado tesoros de inagotable inspiración los escultores cristianos de todos los países. Ya en lejanos tiempos, en plena Edad Media, eran famosos en las comarcas occidentales de Europa los llamados *Calvarios*, en los cuales se representaban los pasos principales de la Pasión y Muerte de Jesucristo Señor Nuestro, ó por lo menos, el que viene á ser síntesis del cruento drama del Gólgota ó dígase la Crucifixión del Redentor del género humano. Extendidos en la ladera de un monte, siguiendo el camino más ó menos angosto que conducía á un cenobio ó siquiera á un modesto santuario, las capillas en las cuales se hallaban representadas las dolorosas escenas de la Pasión, eran motivo para que delante de cada una detuviera su paso el peregrino y rezara oración devotísima; *Via Crucis* que terminaba al llegar al quinto misterio de dolor, en el que se le ponía ante los ojos el suplicio del Salvador en afrentosa cruz, para librarnos de la esclavitud del pecado. La piedra fué el material empleado comúnmente por aquellos modestos imagineros, no sin que á veces utilizasen cosa más pobre, como lo fué el barro cocido. El tiempo y el desdén injusto de los hombres; han destruido *Calvarios* en piedra y en barro, que eran testimonio elocuente del ingenio de los escultores medievales, á la par que muestra evidentiísima de la piedad de aquellas generaciones. En los restos de un Calvario, en barro cocido, que hemos llegado á ver, perteneciente sin disputa al siglo XV, en la testa de la Virgen Santísima resplandecía una expresión tan adorada, que llegaba al alma, á poco que atentamente se la contemplase, juntamente con una gravedad y una grandeza que señalaban el excelso carácter de la Augusta Madre. El que modeló la testa á que nos referimos, lo hizo sin pensar que resultase obra de artista, y acaso la devoción guió exclusivamente su mano. Al sentimiento que puso en su obra, agregábase un cierto aire naturalista que se adelantaba á su época, y presagiaba ya el cambio que introdujeron en la escultura los artistas florentinos del siglo decimosexto.

España en la ciudad centuria y en las dos inmediatas, vió repetidamente cómo sus primeros maestros se ocupaban en esculpir y en tallar obras que respondiesen á las ideas y á los afectos que en ánimos cristianos despierta la Semana Santa. Los Nazarenos, las Vírgenes de los Dolores, de la Soledad y de las Angustias que, procedentes de entonces, se veneran en iglesias españolas son en número considerable. Entre ellas las hay de mala mano, como se dice vulgarmente, debidas á escultores imperitos, aunque con frecuencia profundamente creyentes, que en sus bustos, en medio de las incorrecciones en el dibujo y en el modelado, acertaban en la expresión del sentimiento religioso y místico. De dos escultores habla con singular elogio la historia del Arte en nuestra tierra; dos maestros ambos en toda la extensión de la palabra, en los asuntos que tratan relativos á la Semana Santa. Otros pueden parangonarse con ellos, igualándoles en mérito en alguna imagen, aunque no teniendo, en el conjunto de sus trabajos, el relieve y la elevación que aquellos presentan. Fueron los dos maestros á quienes nos referimos, el sevillano Martínez Montañés y el murciano Salcillo, populares los dos en la región en que vivieron, y menos conocidos, fuera de ella, de lo que merecen serlo por su significación en la escultura de España.

Juan Martínez Montañés, que vivió en el siglo XVII, es autor de la imagen de Jesús Nazareno llamado el «Cristo del gran Poder», venerado en Sevilla por todos cuantos profesan las creencias católicas. Perteneció el Nazareno de Martínez Montañés á las imágenes de vestir, según se las llamaba y se las llama, porque el escultor se ciñe en ellas á tallar el busto y las extremidades, dejando el resto á manera de maniquí, al intento de que se le puedan poner las vestiduras riquísimas que ofrecen á la imagen la piedad de los fieles. El Nazareno á que aludimos, es obra soberbia de escultura, por la majestad y nobleza que se ve en la cabeza, y muy particularmente en la cara de Jesús; por la expresión de bondad derramada en todo el rostro, por el dolor que en éste se advierte y, en fin, por un conjunto de idealidad que cautiva los ánimos de los devotos y mueve á suspensión los de quienes lo contemplan, aun sin parar mientes en lo piadoso del venerado busto. El realismo del arte español aparece en esta imagen, unido á la unción, á la sublimidad, que el maestro imaginero supo sacar de su alma creyente. Martínez Montañés lo consideraba como obra prodigiosa, en el concepto de haber logrado para ejecutarla la misteriosa protección del cielo, sin la cual no hubiera conseguido realizarla tan perfecta. Admirábala él mismo y, según refiere Palomino, cuando el Jesús Nazareno salió en procesión por vez primera por las calles de Sevilla, el Montañés lo iba buscando por todas las boca-calles de la carrera, yendo fuera de sí, absorto y asombrado de que él lo pudiese haber ejecutado. El discretísimo y eruditísimo Cean Bermúdez, agrega por su parte que, sin ser su autor, debe confesar que en sus largos años de residencia en Sevilla hizo lo mismo que había hecho el escultor Martínez Montañés, y que no se daba por satisfecho si no veía la imagen dos ó tres veces en la tarde de su procesión.

Francisco Salcillo — Zarcillo pone alguien — y Alcaraz, nació en Murcia, en 1707, y alcanzó tanta ó mayor popularidad que su cofrade sevillano. Diéronsele y se la mantienen aún en el día, los pasos que labró para la capilla de Jesús en la capital mencionada, y entre los cuales sobresalen, por sus méritos más relevantes, los de «La Cena» y «La Oración del Señor en el Huerto». Fué Salcillo asimismo un idealista ó naturalista, puesto que de sus mismos contemporáneos sacaba las figuras y los rostros para no pocas de sus imágenes. En su casa recogía á pobres, peregrinos ó forasteros, con el deliberado intento de estudiarlos y sacar partido de ellos, para las imágenes que esculpía ó tallaba. El señor Marqués de Molins, que habló con grande acierto y encomio del escultor murciano en un discurso por él leído en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, hace ya algunos años, dice que: «Aun designan en Murcia á un judío de cierto paso con el nombre de *Berrugo*, porque es fama que lo copió de un aguacil afeado con semejanza deformidad». No era Salcillo de los naturalistas que sólo copian lo feo, antes muy al revés, iba tras de la belleza en el hombre y en la mujer, para imprimirla luego á sus Cristos, á sus Vírgenes y á sus Angeles; y así, «es fama—copiamos igualmente al señor Marqués de Molins,— que su propia bellísima esposa, en ocasión de haber perdido un hijo, le sirvió de modelo para la Virgen de las Angustias que se venera en la iglesia de San Bartolomé; así como una principal señora, cuyos ojos eran el encanto de los murcianos, fué original para modelar la estatua de Santa Lucía». Así, Martínez Montañés como Salcillo y como tantos otros escultores españoles, adoptaron para sus creaciones la escultura colorida, porque respondía mejor á su manera de sentir el arte. Uno y otro veían que en la naturaleza el color va unido á todo; uno y otro, buscaban la verdad en sus bustos; los dos ansiaban darles el sentimiento que animaba sus corazones; y para responder á todo esto entendían, con muy buen acuerdo, que el color era elemento preciosísimo y que no debían desaprovecharlo. Lo mismo entendió en nuestro Principado el celebrado Amadeu, á quien puede colocarse junto á los Martínez Montañés y á los Salcillos, por la religiosidad y belleza de sus esculturas, entre las que sobresale el hermoso busto de la *Virgen María leyendo*, que posee un conocido coleccionista barcelonés, y en el cual, bajo los rasgos físicos de una agraciada aldeanita catalana, se transparenta una delicadeza de concepto, un sentimiento devoto del todo, acordes con el asunto tratado por el modesto artista de nuestra tierra.

Todas las materias les sirvieron á los escultores de los siglos XVII y XVIII para asuntos devotos, llenando con ello los deseos de sus piadosos contemporáneos. Roldán de Sevilla y don Lorenzo Vila, éste también murciano, y de quien habla Pacheco en su *Arte de la Pintura*, modelaron en barro santos y santas, y muy particularmente vírgenes dolorosas, con peregrina destreza y buen gusto. Por figuritas de marfil, por Santos Cristos y Ecce-Homos, hízose famoso el valenciano Raimundo Capuz, y más que él todavía el padre dominico Fray Francisco Capuz, de la misma familia; quién ejecutó imágenes microscópicas en marfil y las hizo también con huesos de cereza, que es el colmo de lo delicado, á la manera de un escultor alemán que había adquirido singular reputación por idéntica destreza. La cera fué, por fin, materia muy empleada por los escultores, y que se prestaba á las exigencias de la escultura colorida. Todavía se conservan en España trabajos lindísimos y muy sentidos de esta clase. Pacheco, antes mencionado, afirma que en dicha especialidad sobresalió el pintor Pablo de Céspedes, sobre quien escribe: «No se pase en silencio la escultura de cera de colores... y así lo hizo Pablo de Céspedes aventajadamente en Roma», mencionando además Cristóbal Suárez de Figueroa, escritor del 1600, en su curioso libro *Plaza universal de todas las ciencias*, á Martín de Striso y á un yerno suyo, Juan Bautista, disputándoles por peritísimos escultores en cera; ocupación en que se emplearían aquí nacionales y extranjeros, á juzgar por los apellidos de algunos que labraron santos é imágenes con la expresada materia. También, entre las esculturas españolas en cera, dominan las que representan Nazarenos y Vírgenes de las Dolores y de las Angustias; confirmando todo esto el aserto que va al principio de este artículo, ó sea: que los misterios de la Semana Santa, han sido causa de inspiración en todas épocas, para los artistas españoles, y privilegiadamente quizás para los escultores.

F. MIQUEL Y BADIA

¡AMOR!

Fué cántico de Amor el primer canto.
¡Alzad el himno santo,
humanos seres, del Amor nacidos!
¡Llevad estrofas al celeste coro,
con que, en sus ejes de oro,
los astros giran, por el sol unidos!

Aun germinaban los futuros soles,
entre revueltas moles,
hórridas nubes y calientes vahos,
y pasaba el Espíritu Divino,
cual soplo peregrino,
sobre la faz del proceloso caos.

¡Fecundo soplo del Amor! La sombra
se tiende en blanca alfombra
que tiñéndose va de mil colores;
florido césped en las peñas brota,
y de su entraña rota
salta el agua á bañar plantas y flores.

¡Fuego inmortal! Cuando en el alma
prende,
la yerta sangre enciende,
hace en el hielo germinar las rosas;
vivo, aun de la muerte en el imperio,
si cruza el cementerio
los gusanos convierte en mariposas.

La fuerza del Amor es la que medra
en la piadosa yedra
que la muralla al torreón abraza;
anima flores y sazona frutos,
doma fieras y brutos,
y pueblos mil deriva de una raza.

El rompe de los odios la cadena,
tempestades enfrena,
sostiene la ilusión, colma el deseo,
regocijado forma los banquetes,
y en dorados pebetes
enciende las antorchas de Himeneo.

Por él nace la diosa Anadyomena;
rompe la mar helena
su cabeza gentil, á su cabello
las Floras ciñen fúlgida corona,
y un collar aprisiona
con hilos de oro su nevado cuello.

Juegos y Risas junto á Venus danzan,
y entre rosas, que lanzan
á sus pies, dicen halagüeños nombres;
y dan las Gracias á su talle leve
el cinturón que mueve
con su atracción los dioses y los hombres.

¿A quién el dios alado no sostiene?
En la noche, Selene,
por ver á su Endimión, baja del cielo;
y en unión y velada misteriosa,
Psiquis, de Eros esposa,
teme ver de su dicha roto el velo.

Todos aman: el grave anacoreta
cuyas noches inquieta
de adorable mujer la imagen gaya;
y el marino que evoca en los azares,
de los revueltos mares,
la hermosa virgen que dejó en la playa.

Amor enciende el faro de la luna,
vertiendo en la laguna
la blanca luz que alumbra el gondolero;
la piedra sacra del hogar caliente,
y en las veladas cuenta
la historia triste de Leandro y Hero.

¡Horrible soledad la del humano
que cae sin una mano
que lo levante desde el polvo yerto!
¡Cuán lúgubre el gemido de las olas
que lánguidas y solas
van á dormir en el peñón desierto!

Pero á veces el ángel es demonio.
Con Cleopatra y Antonio
se agita el mundo en hondas convulsiones;
y más que el áspid de la reina egipcia (1),
beso letal desquicia
el trono de los viejos Faraones.

¡Oh! Si al impulso de pasión violenta,
su túnica ensangrienta
Cíterea que en Palas se convierte,
en la tumba del pueblo que se acaba
cantar hace á la Caba
las bodas del Amor y de la muerte.

El Amor es virtud; pero ¡no ama
el pecho que derrama
de cíprias aras el impuro aceite!



¿Entre piedras y charcas cenagosas
no hay flores olorosas?
¿La pasión satisfecha no es deleite?

La más bella, clarísima alborada,
tiñe nube rosada;
del limpio manantial el agua brota
á veces turbia cual placer grosero;
y en el vapor ligero
del charco sube cristalina gota.

No eres tú, santo Amor, Venus celeste,
la que manchó su veste
de Corinto en los sacros lupanares,
cubrió de rosas el desnudo seno,
y apurado el veneno
del goce, murió al pie de los altares.

Tú surgiste en la cima del Calvario,
cuando bañó el osario
del paganismo sangre redentora:
la Virgen-Madre vió morir al Hijo,...
y lloró... y aun bendijo
á la raza deicida por quien llora.

¡Sér principio del sér, única fuente
de la vital corriente,
causa en todas las causas escondida:
Amor, besa mi labio moribundo,
y á tu calor fecundo
el germen brotará de eterna vida!

MIGUEL GUTIERREZ (Granada).

CRISTO EXPIRANTE

ANTE UN CUADRO

Tanto el rostro descansa humanamente
sobre el exáguie pecho que respira,
que en tan grandiosa creación se admira
la fe cristiana del pintor valiente.

Negro mundo de sombras por la frente,
como suelto vapor, flotante gira,
¡y hasta el gemido en la garganta expira,
ante el egregio funeral presente!

El sol extingue su sangrienta llama;
la voz de Cristo ¡Redención! exclama
y el eco triste ¡Redención! murmura;

¡pero el rumor del pueblo que se aleja
vibra en los aires, como amarga queja
que espanto y muerte y destrucción augura!

SALVADOR GONZALEZ ANAYA

LA PALABRA SANTA

Jesús de Nazareth contrito oraba,
Del templo ante los pórticos de jaspé,
Cuando se oyeron resonar, cercanos,
Confusos gritos y dolientes ayes.
Por vocinglera multitud seguida,
Casi desnuda, trémula, expirante,
Una mujer llegóse hasta el Maestro,
Y á sus plantas humilde posternándose,
Murmuró, con arrullo de paloma:
«¡Dilínqui por amor! ¡piedad! ¡salvadme!»
En tanto el pueblo aullaba con encono,
Homicida, brutal, inexorable:
«¡Qué se cumpla el precepto! ¡apedreadla!»
¡La hallaron sin cendales
Muy cerca de la cuna de sus hijos,
Entregada al placer la frágil carne!»
Jesús se irguió; besaba sus cabellos
El soplo de la brisa de la tarde;
Tendió la diestra hacia la turba indócil
Y así la dijo sentencioso y grave:
«Puede arrojarle la primera piedra
El que limpio se juzgue de maldades.»
Pasó un instante de silencio augusto,
Y huyó la muchedumbre, sin que osasen
Recriminar á la infeliz culpada,
A pesar de la ley, los más audaces.
La noche, ese dolor desconociendo,
Flotaba sobre el fondo de los valles;
Y la luna, pupila de la noche,
Surgía del abismo de los mares.
Volvió Jesús á la mujer el rostro
Y la dijo, prestando á su lenguaje
La armonía del céfiro que trueca
En cítara las ramas de los árboles:
«Cuando pienses en él, besa á tus hijos;
Vete y no peques más; ¡vuelve á ser madre!»

M. ESCALANTE GOMEZ

(1) Por egipcia.

LA CRUZ

Y LOS ATRIBUTOS DE LA PASIÓN

La cruz, en los primitivos tiempos del cristianismo, empleóse como signo hasta en los actos menos importantes de la vida, y especialmente en las ceremonias religiosas; es uno de los principales atributos de San Pedro, sobre todo en las catacumbas; la pusieron en los sepulcros de algunos santos, como señal de martirio; sirvió de coronamiento al cetro de los cónsules; se grabó en las monedas y en las alhajas; se dibujó en las ropas y en los edificios; lo mismo la llamada griega que la latina, usada indistintamente, como atestiguan monumentos.

Conócese la cruz con varios nombres, según la forma empleada para la crucifixión: *Decussata*, que parece una X ó aspa, llamada de San Andrés; *Commissa* ó *patibulata*, y según escritores antiguos *Tau*, en forma de T, que simbolizaba la vida entre los paganos. Según tradición de crédito, á esta clase pertenece la Cruz del Señor, tradición confirmada por los relicarios del tesoro de Mouza del siglo VI, y en el esgrafiado descubierto en la fachada del palacio de los Césares del monte Palatino, atribuido al siglo III, en el que hay una caricatura pagana insolentemente grosera y anticristiana, que representa la figura de Jesús crucificado, con cabeza de asno salvaje. *Immissa*, es la cruz citada por los Santos Padres, generalmente aceptada en todos los tiempos. Según D'Ross, ningún monumento con fecha presenta esta cruz antes del siglo V, aunque, por la estructura, presume haberla visto sin ella, correspondientes á los siglos II y III. Boldetti da noticias de otro ejemplar con cruz, fechado en 370 por los cónsules.

Ajusticiaron también los romanos, en postes, sobre todo cuando se trataba de prisioneros de guerra en número aterrador, según Josefo afirma.

San Justino que escribía en el siglo II, dice que la cruz tenía además otros brazos, por donde se pasaban las piernas del reo, para sostener en el centro el peso del cuerpo; aseveración de gran autoridad que ni en los tiempos antiguos ni en los modernos tuvieron en cuenta los artistas al crear sus Cristos.

Por los primitivos cristianos, cuando el simbolismo era aconsejado por la prudencia para evitar profanaciones, se presentó la cruz en formas diversas, siendo una de las más antiguas la cruz *gammada*, compuesta de cuatro gammas.

El martirio, con agravación de pena, era, cual fué el de San Pedro, con la cabeza del reo hacia abajo, ó cuando se dejaba el cadáver en el suplicio expuesto á la voracidad de las fieras, y también si se encendían hogueras al pie de la cruz.

Si tales salvajadas no se cometían, el reo vivía algunas horas en el suplicio, como sucedió á los dos ladrones, ó pasaban al día siguiente, y uno hubo que no murió hasta el tercer día.

La cruz, como suplicio, era pequeña, tanto, que muchas veces los pies del reo tocaban al suelo. Así debió ser la de Jesús, puesto que se reconoce que las de los ladrones eran pequeñas, y Santa Elena se ofuscaba ante la dificultad de distinguir la del Salvador, cuando obtuvo la gracia de hallarlas. Verdad es que algunos Padres y San Crisóstomo dicen que fué alta, sin duda apoyados en que algunas veces se usaron hasta de cincuenta codos, según Mardoqueo, y también fueron grandes las empleadas por Galba para determinados criminales, como afirma Suetonio.

Discrepan los evangelistas en la redacción del rótulo, más no en lo esencial, colocado á la cabeza del leño: *Hic est Jesus rex Judæorum*, escribe San Mateo; *Rex Judæorum*, San Marcos; San Lucas suprime el nombre de Jesús y está conteste con el primero; y San Juan, testigo ocular de la Pasión, escribe: *Jesus Nazarenus Rex Judæorum*, que es la inscripción que se leía en la tablilla hallada por Santa Elena: los dos últimos evangelistas añaden, que el escrito se repitió en las lenguas hebrea, latina y griega. Como rareza única, citaré la inscripción del Cristo de Rambona que dice: EGO SVM JESVS NAZARENVS.

Cuando el reo se clavaba en la cruz *patibulata*, ponían la tablilla en una varilla, supliendo la cabeza del leño.

Quizá para abreviar, los artistas escribieron con iniciales la inscripción, excepción hecha de los latinos que la suprimieron con frecuencia; los griegos pusieron algunas veces IC XC, y otras, usaron la primera y última letra del alfabeto; en otras, dibujaron LUZ MUNDI, entre el sol y la luna, lo mismo los griegos que los latinos.

Disipada la aversión de la Iglesia en presentar á Jesús en el suplicio como objeto de culto público, y abolida la tiranía pagana, desechó el simbolismo en el concilio undécimo, celebrado en el siglo VIII, y prefirió las imágenes.

De las que presentó en la escena del Gólgota, además del Crucifijo, son más importantes la de la Virgen Madre y la de San Juan, testigos oculares del acto. Los artistas, al principio, las concibieron poniéndolas de pie á modo de estatuas fúnebres, cuyas mejillas se apoyan sobre las manos, expresión de dolor recetaria de aquellos tiempos; también, emplearon los bustos colocándolos en los extremos del travesaño de la cruz, escribiendo sus nombres, ó las palabras que les dirigió el Señor, en griego ó latín.

Antes del siglo VIII, difícilmente pueden citarse ejemplares en que el artista haya puesto los dos soldados, el de la esponja y el de la lanza; sólo se conoce uno, el relicario de Mouza. Del siglo VIII hay otro, en que los soldados, de pie uno y sentado otro, echan suertes sobre la túnica del Señor, teniéndola en medio.

La costumbre de poner al pie de la cruz un cráneo de cordero en substitución del símbolo, es relativamente moderna. En el crucifijo del díplico de Rambona, en vez del cráneo, está la loba que amamantó á Rómulo y Remo.



CEDROS DEL LÍBANO

El sol y la luna, están en las pinturas, mosaicos y bajo relieves de los dípticos, á ambos lados de la cabeza de Jesús; el sol radiante, la luna en creciente unas veces; otras, dos semifiguras humanas que llevan sobre la cabeza corona real una, la otra el cuarto creciente, teniendo en una mano una antorcha encendida, y sobre la otra, una mejilla, como expresión de sentimiento y desconsuelo. En las cruces portátiles, ambos astros ocupan la parte superior del tronco, frecuentemente con la aclaratoria SOL-LVNA, ó poniendo una letra bajo otra, en posición que describe la perpendicular detrás de la luna.

Esta intervención de los astros, como accesorio de la crucifixión, no la emplearon los artistas exclusivamente en esta estación del Vía Crucis; en las pinturas murales de las catacumbas de Milán y en la resurrección de Lázaro, también están; por lo que el abate Martigny supone que los astros simbolizan: el sol, brillante por su propia luz, á la divinidad; la luna cuerpo opaco sujeto á las oscilaciones reflejas de luz y sombra, á la humanidad.

Como complemento de este trabajo, daré algunas noticias acerca de las reliquias de la Pasión. La inscripción es de madera ó de la corteza del árbol, las letras rojas, destacando sobre fondo blanco. Cuando Santa Elena la encontró, estaba intacta y muy legible la es-

El segundo, aseguran que presenta pruebas irrefutables sobre su autenticidad.

La *esponja* se venera en San Juan de Letrán, y según Baronio presenta un color sanguinolento.

La *lanza* la posee el Vaticano, desde que Bayaceto la cedió á Inocencio VIII, en 1492.

El *caliz* ó *calix*: hay dos ejemplares que se disputan la autenticidad; el *Sacro cativo*, del templo de San Lorenzo, en Génova, y el que ahora existe en la Catedral de Valencia.

El de Génova según la tradición, lo llevó Jesús á Cesárea, y los primeros cruzados, como botín de guerra, lo donaron á su patria.

Su forma es exagonal, labrado de una sola esmeralda; mide un pie de diámetro y cinco pulgadas de profundidad.

Del de Valencia habla también la tradición, en su origen; lo trasladaron á Roma los Apóstoles. San Lorenzo apremiado por el César para entregar los tesoros de la Iglesia, lo envió á Huesca su patria, á fin de evitar su pérdida. Cuando los agarenos invadieron aquella parte de Aragón, los cristianos huyeron á las montañas pirenaicas, llevándose las alhajas de sus templos, entre ellas el *caliz* del Cenáculo, las escondieron en las escabrosidades del terreno, y posteriormente en el Monasterio celeberrimo de San Juan



critura. En 1492, se halló en la bóveda de la basílica sesoriana, el único fragmento que se venera en Roma, en el templo de la Santa Cruz de Jerusalén: mide siete pulgadas de alto por trece de ancho, según la medida romana. Cuando se halló el fragmento, sólo se leía, en griego y latín, IS NAZARENVS RE; la inscripción hebrea se conservó legible hasta fin del siglo XVI, y en el XVII desapareció, dejando sólo vestigios; y lo mismo pasó con las letras IS de los textos griego y latino.

Entre los diversos clavos y espinas que existen en varias partes, muchos de ellos reproducción de los auténticos, se admiten como verdaderos, el clavo y la espina que se venera en la iglesia de Tréveris, según atestigua San Ambrosio, al tratar del descubrimiento hecho por Santa Elena, quién los donó á dicho templo; además, entre otros, lo confirman Rufino y Teodoreto, y está reconocido oficialmente por León X. La punta del clavo que se desprendió, la posee la iglesia de Toul, y un fragmento de la cabeza del mismo, la ciudad privilegiada de Tréveris.

La corona, muy incompleta por haberse distribuido en pequeñas partes entre determinadas iglesias, está en París, por donación del Santo rey Luis IX.

La túnica, también se guarda en Tréveris. Es de lana pura, según la opinión más general, conforme con la ley mosaica que prohibía mezclas; de lana y lino, según otra opinión. Su color obscuro, es ahora indefinido, tiene alguna rozadura y muy vagamente se observa que está manchada de sangre. Mide próximamente cinco pies de larga, y algo más desde la extremidad de una á otra manga, estando horizontalmente extendida; siendo cada una de pie y medio de longitud por uno de ancho, y desde debajo de las mangas, de un pie y dos dedos de ancho, y en la parte inferior, de cinco pies y seis dedos.

El sudario es de lino, muy ancho, de donde, según Beda, procede la costumbre de no celebrar la Santa Misa sobre seda ú otras telas ricas, que como el lino no son producto de la tierra; cuya opinión es ley por San Silvestre. Se venera en la catedral de Turín. Los otros dos paños con que además solían cubrir los judíos á sus muertos, están en la iglesia de Besançon y Cadouin, antes, de la diócesis de Sarlat, ahora, de la de Périgueux.

de la Peña, maravilla de la naturaleza, cuna de nuestra monarquía, rival de Covadonga, panteón de nuestros primeros reyes y de grandes magnates, monumento preciadísimo del arte románico, ruinas hoy..., á pesar de que debiera conservarse con religioso cariño. Los monjes lo regalaron al rey don Martín de Aragón, en 1399, quién lo depositó en la iglesia del Palacio de Zaragoza Arabe; mansión elegida para morada de la poderosísima monarquía aragonesa, también ahora muy postergada, donde estuvo hasta el 11 de Abril de 1424, en que, con otras reliquias, plugo á don Alonso V el cederlo graciosamente á Valencia.

El vaso, del tamaño de una naranja grande, según Llorente en su obra *Valencia*, es romano, y lo mismo éste que el pie, son hemisféricos, de agata color rojo obscuro; la montura especialmente es bizantina, y la ornamentación de la cebolla ó nudo del vástago, árabe español del siglo XII ó principios del XIII. La montura, el tallo, el nudo y las asas, están esmaltados en oro, lo mismo que el engarce, que además presenta treinta y ocho perlas, dos balaxes y dos esmeraldas.

A. GASCON DE GOTOR

C. de la R. Academia de S. Fernando.

FACETAS

LA CORONA

Las tinieblas aumentan la soledad de los arenales. Zóbir, tendido junto á su yegua, sueña. Sueña que un ángel, bajado del séptimo paraíso, refresca con sus alas el aire, y le dice:

«Eres el muchacho más apuesto y más arrojado que atraviesa el desierto. También eres el mejor. Allah se ha fijado en ti, y quiere llevarte á su lado. Pero para ello, precisa que en todo te muestres digno de El. Una grande y noble acción ha de ser el término de tu carrera. Y para que, aun viviendo esta vida, sepas que has merecido la bienaventuranza eterna,



LA VERÓNICA

fijate en el cielo. Cuando veas brillar en él una corona de luz, tu gloria es cierta. »

La visión se desvaneció en el espacio, y Zobir despertó. El creyente fué feliz desde aquel instante, porque no dudó de la aparición divina.

Montó á caballo, y á la madrugada había llegado á un oasis, donde siglos atrás se detenían las caravanas que van de Alhaitú á la Meca. Esmeralda engarzada sobre el oro candente de la arena, sin causa alguna aparente, se había secado el manantial que alimentaba su verdor. Cientos de hombres y camellos, fatigados y sedientos, contemplaban seco el antiguo cauce y se preparaban á morir.

El mancebo examina la fuente agotada, ve la angustia y la desesperación retratadas en el semblante de sus compatriotas, y, movido de súbita inspiración, manda cavar junto á un montón de grandes pedruscos. La faena es ruda, y á las pocas horas, todos los viandantes renuncian á ella. Tendidos sobre la arena, esperan la muerte. Zobir trabaja sin descanso, dentro del hoyo abierto. Al ahondar, siente una sensación de frescura. Allí está el agua. Pero las delicadas manos sangran, el cuerpo se rinde, los músculos se niegan á obedecer á la voluntad. El también está próximo á morir. Pero ¿van á perecer todas aquellas criaturas?

« ¡En nombre de Dios, Clemente y Misericordiosol... »

El pico se hunde en una quiebra de la roca. Pero ésta es enorme. Sin embargo, diríase que cede al impulso de una fuerza interna.

« ¡El Fuerte, el Poderoso!... »

Zobir redobla sus esfuerzos, y la piedra parece vacilar sobre su alvéolo.

« ¡Señor del universo y de los hombres!... »

La piedra queda volcada.

— ¡Agua! ¡Agua! — claman con infinita alegría los sedientos.

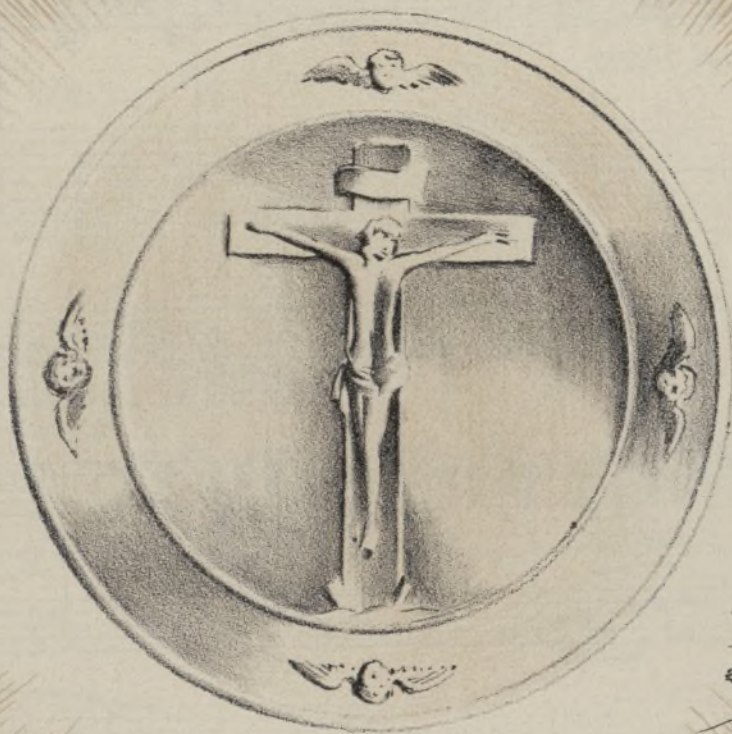
Y todos, hombres y camellos, se precipitan hacia el chorro que se eleva verticalmente y cae después, en cascada refrescante y salvadora.

Pero la roca, al perder su equilibrio, ha aplastado al que la descujó. Zobir alienta aún; pero la muerte se acerca, le va á estrechar entre sus brazos para la eterna huida.

Antes de morir, el noble muchacho contempla como sacian su sed los hombres y las bestias que ha salvado de una muerte segura. Sus ojos abrazan después el ancho cielo. Alrededor del sol, fulgura un círculo diamantino, con los siete colores del arco iris.

— ¡La corona! — murmura. Y sus ojos se cierran, llevando impresa en la retina la esplendente imagen de un halo centelleante.

¡Ave verum corpus!



ORIGINAL DEL MAESTRO

CÁNDIDO

CANDI

Ⲕ

Ave, verum corpus

PARA MEZZO SOPRANO Ó BARÍTONO

Con acompañamiento de piano ú órgano expresivo

CANDIDO CANDI.

Largo. (♩ = 58.)

Acompño.

mf ben legato. sfz: p sfz: p cresc:

Voz.

mf

A - ve, ve - ru me or - pus, na - tu de Ma ri - a

f dim: mf

cresc: dim:

Vir - gi - ne, ve - re pas - sum, im mo - la - tum in cruce pro - ho - mi ne;

cresc: dim:

p e cre scen - do poco a poco f

cu - jus la tus per fo - ra - tum, cu - jus la tus per fo - ra - tum, cu - jus la tus per fo -

p e cre scen - do poco a poco f

dim: *a Tempo.*
 ra tum, fluxit a - quae cum sanguine: es - to — no - bis prae gus - ta - tum, prae gus -
dim: *a Tempo.*
perdendo - si. *p dolce.*
 ta - tum, mor - tis in e - xa - nime,
p *mf* *dim.* *p*
 es - to no - bis prae gus - ta - tum, mor - tis, mor - tis in — e -
p *dim:*
p un poco accele - ran - do e cre - scen -
 xa - nime. O — Je - su dul - cis! — o — Je - su pi - e! o Je - su,
un poco accele - ran - do e cre - scen -

allarg: un poco f *pp* *1º Tempo.*

fi - li Ma - ri - æ! tu no bis mi - se - re - re!

do. *1º Tempo*

allarg: un poco f *pp* *mf*

cresc: *dim:*

O — Je - su, fi - li Ma - ri - æ! tu no bis mi - se - re - re.

cresc: *dim:* *pp e cre*

pp *p* *mf* *f*

O Je su duleis! o Je su pi - e! O Je - su, fi - li Ma - ri - æ! tu no - bis, tu no - bis mi - se -

scen *do* *poco* *a poco.* *f* *sfz*

re - re. A - men, a - men.

p e legato. *pp*

Queda terminantemente prohibido venderla por separado.

CECILIO PLA



A LO CADETE

Ayuntamiento de Madrid

LA DANAIDE

No sabe por qué fué condenado; pero sabe que la condena es inexorable. Pasan las horas, transcurren los años, caen en el abismo de la eternidad los siglos, y el castigo subsiste. Para substraerse á su rigor, emprende tremendos éxodos, cambia en cierto modo sus condiciones de vida, trabaja sin descanso, lucha contra la naturaleza, abrevia á veces su existencia. ¡Todo en vano! El suplicio continúa, el dolor no cesa. En el valle como en la montaña, en el seno de los mares como en el fondo del desierto, en las regiones abrasadas por el sol como en aquellas que la nieve cubre eternamente, en las comarcas fértiles como en los áridos pedregales, en las ciudades como en las chozas de los pastores, la pena cae con pesadumbre mortal sobre la Humanidad.

Nueva Danaide, quiere el destino que llene con su carne palpitante la oquedad desmedida, la sima enorme que abrió el Mal; y cuando parece que el abismo rebosa, que el castigo está á punto de cesar, una fuerza desconocida vuelve á hacer el vacío, y la perdurable labor continúa.

Los pueblos pastores terminaron su peregrinación á través de montes y colinas; surgieron las aldeas; tuvo cada hombre una choza que le cobijara, útiles que hicieran menos pesado su trabajo, campos que cultivar, bosques que roturar. Pudo creer la Humanidad que la vida sedentaria acabaría con el castigo que la había perseguido desde su aparición sobre la tierra. ¡Desengaño profundo!

Los hombres de una aldea se batieron contra los de la aldea vecina, codiciosos de sus tierras, que el deseo creía mejores que las propias. Para dirigirles en esas contiendas, eligieron jefes. La tiranía del fuerte sobre el débil, había nacido. Los jefes que durante la guerra habían mandado, continuaron mandando durante la paz. Los prisioneros hechos al enemigo, fueron utilizados por los vencedores, para cultivar sus campos. La explotación del hombre por el hombre había principiado. La esclavitud reinaba sobre la tierra. El castigo, en vez de terminar, arreciaba.

Las aldeas se convirtieron en villas, éstas en ciudades. Los esclavos engendraron hijos, y los hijos de los esclavos fueron esclavos á su vez. La Humanidad quedaba dividida en dos castas: la de los hombres libres y la de los esclavos. Aparecieron las primeras religiones. Se inventaron para consuelo de los hombres, y fueron su azote; quisieron dignificarlos, y les cubrieron de oprobio; para calmar la pretendida cólera de ridículos ídolos, se inmolaron millones de víctimas. El castigo era cada vez más tremendo. ¡La sima no se nivelaba!

Las ciudades se han convertido en naciones; los jefes en reyes. Un puñado de tiranos, y millones de esclavos: esto es la Humanidad en Asia.

El arte aparece, como antes la religión. Tampoco sirve para redimir á los hombres. La realización de sus creaciones cuesta la vida á miríadas de esclavos. Cada palacio de Babilonia, de Ecbatana, de Nínive, cada templo elevado á un dios, cada torre levantada para la defensa de un rey, significa el sacrificio de muchas vidas. Los hombres han perdido su voluntad con su libertad. El amo manda y

ellos obedecen; empuña un arma y ellos presentan el pecho al hierro; máquinas inanimadas, cuando alguno de sus hermanos se rebela, lo inmolan á un gesto del tirano.

Surgen Egipto y Grecia. La ciencia empieza á brillar, bajo aquellos cielos siempre serenos. ¡La poderosa fuerza quizá acabe con el eterno suplicio! No. Los sabios proclaman el reinado de nuevos dioses; pero proclaman también la necesidad de la esclavitud, las ventajas de una guerra victoriosa. Isis y Júpiter confirman la inicua sentencia.

A orillas del Tiber, se alza Roma. Las fronteras del mundo se ensanchan ante sus legiones, ante el vuelo de sus águilas. La ciencia del derecho aparece. Pero ese derecho no es igual para todos los hombres. La esclavitud es cada vez más horrible. Una familia patricia es más poderosa que un monarca constitucional. La riqueza engendra la corrupción. La corrupción trae de la mano la ruina.

En un rincón del Asia, suena una voz poderosa que predica el reinado de la paz. Esa voz dice que todos los hombres son hermanos. Quiere que el caído se levante y se humille el soberbio. Anhela que el rico abandone su palacio y el esclavo sus cadenas. Dispone que cesen las guerras y que el trabajo se reparta entre todos los hombres por igual. No matarás; no robarás; no harás á otro lo que no quieras para ti. ¡Gloria al Dios verdadero! ¡La religión del Crucificado acabará con el Mal! ¡La hora de la redención ha sonado!

Esa religión nace bañada en sangre. Los mártires caen por millones, bajo el hierro de los verdugos, mueren entre las garras de los felinos, perecen en las catacumbas, blanquean con sus huesos los caminos. Pero Roma se transforma. La ciudad de los emperadores es la ciudad de los papas. ¿Se ha redimido la Humanidad?

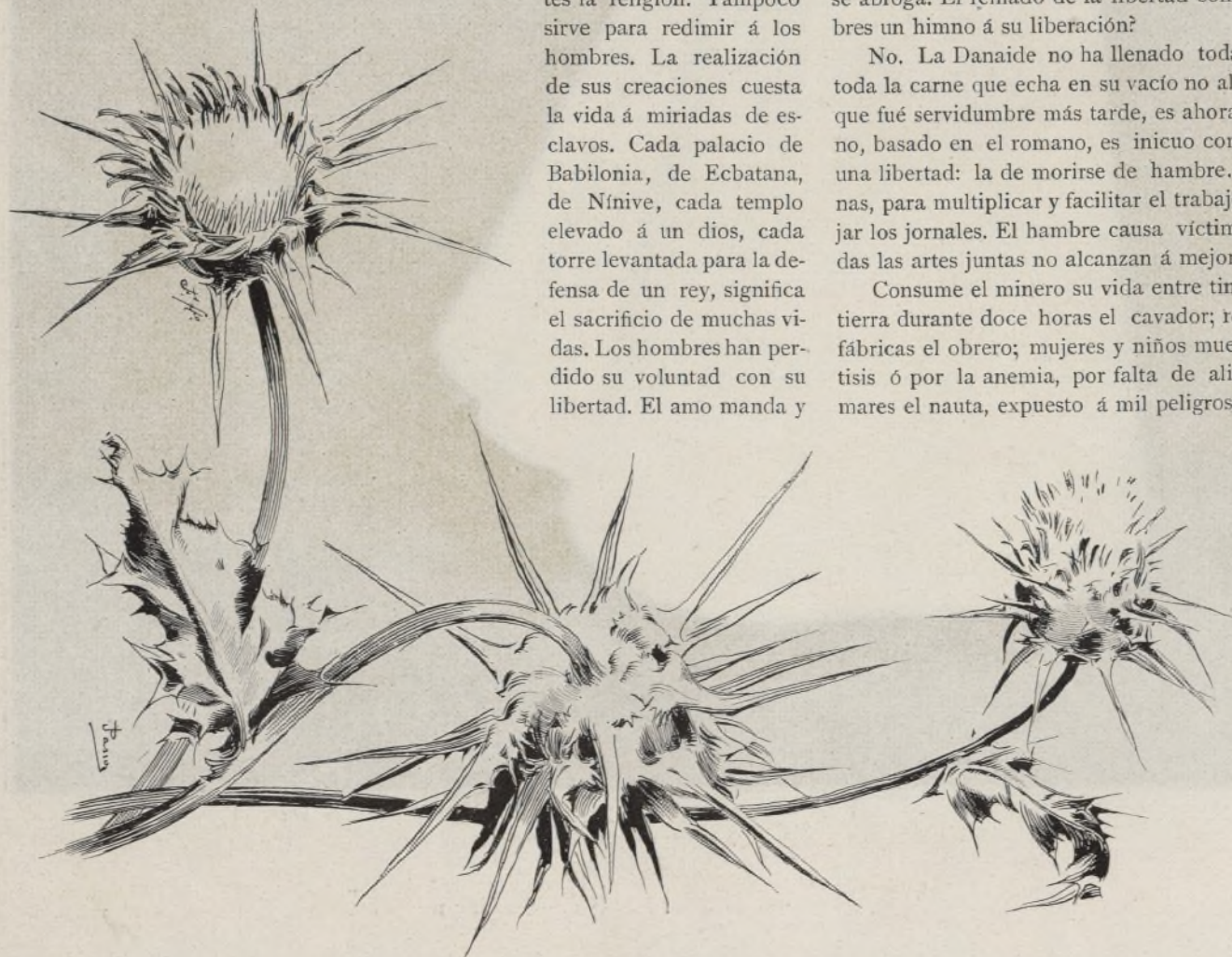
No. Los cristianos entablan fratricidas luchas contra los islamitas. Las dos religiones rivales chocan con espantable ímpetu, y ese choque hace correr ríos de sangre. En pos de la barbarie de la Edad Media, el resplandor del Renacimiento. Como el fuego que oculto durante mucho tiempo estalla al cabo, iluminando con sus rayos cuanto le rodea, así la humana inteligencia fulgura de nuevo. El arte y la ciencia progresan; parece que lleguen á la más alta cima que les sea dable alcanzar. Creeríase sentir un aura de libertad vivificando la tierra. Agoniza la nobleza; pero se crece el poder de los reyes. Al capricho y á la voluntad de varios hombres, se substituyen el de uno solo. Esos amos de las naciones sueñan todos con el imperio universal, como Alejandro, después de Icos; y para conseguirlo, ensangrientan el suelo de Europa. La esclavitud continúa.

La clase media proclama los derechos del hombre. La servidumbre se abroga. El reinado de la libertad comienza; ¿han de entonar los hombres un himno á su liberación?

No. La Danaide no ha llenado todavía su tonel. Toda la sangre y toda la carne que echa en su vacío no alcanzan á colmarlo. La esclavitud, que fué servidumbre más tarde, es ahora proletariado. El derecho moderno, basado en el romano, es inicuo como aquél. El esclavo tiene ahora una libertad: la de morir de hambre. La ciencia ha ideado las máquinas, para multiplicar y facilitar el trabajo. Lo que ha conseguido es rebajar los jornales. El hambre causa víctimas como en la Edad Media. Todas las artes juntas no alcanzan á mejorar la condición humana.

Consume el minero su vida entre tinieblas que la abrevian; trabaja la tierra durante doce horas el cavador; respira la atmósfera insana de las fábricas el obrero; mujeres y niños mueren á millares, consumidos por la tisis ó por la anemia, por falta de alimentación reparadora; surca los mares el nauta, expuesto á mil peligros; los que se llaman obreros de la inteligencia, agotan las fuerzas de sus cerebros en una labor ingrata; hay hospitales y hospicios, cárceles y lupanares; los esclavos de hoy son los amos de mañana, y los que ayer eran libres, hoy gimen cautivos. La gran Danaide, la triste, pobre y desconsolada Humanidad, trata en vano de llenar la sima profunda, profunda como su miseria, grande como su desventura. El castigo persiste implacable, y la Danaide sólo vive para cumplirlo.

R. MARTINEZ
DE LATORRE





BEBÉ

CARTA DE GUSTAVO AL AUTOR.

QUERIDO Luis: hace mucho tiempo que no te escribo... Tú creerás que te tengo olvidado; mas no es así... Los buenos, los verdaderos amigos, se escriben poco y nunca se olvidan. Tú, que tan aficionado eres á buscar la razón de las cosas, tal vez sepas en qué consiste esto.

Tarde te escribo y... ya ves, tarde y triste... El luto del sobre, ya debe haberte hecho suponer la sensible pérdida que lloro... ¡Mi pobre Fausta, falleció en mis brazos hace un mes!... ¿Recuerdas cuánto la quería? Pues fácil te será comprender mi dolor... Tú, que entonces te burlabas de nosotros cariñosamente, llamándonos el matrimonio de almíbar; tú, que tanto me hiciste reír con tu hiperbólico escepticismo, desesperación de mi pobre Fausta; tú, que tanto nos querías, estoy seguro de que llorarás, al saber que ha muerto aquel ángel inocente, que una tarde de estío, lloró porque tú aseguraste que el amor es el sexto sentido de la bestia humana. « — ¡Dichosos los que lloran ante la verdad! » — dijiste tú, sonriendo. Y agregaste: « — Eso prueba que aun conservan ilusiones en el alma y puros los sentidos... incluso el del amor... » Tal vez me equivoqué en mis observaciones; pero, creí notar en tus ojos y en la expresión de tu semblante, algo que, si no era envidia, debía de parecerse mucho á ese sentimiento, en ocasiones ruin y perverso y á veces revelación del dolor... ¿No envidian al dichoso los que sufren? Pues esa envidia no es un sentimiento bajo, mientras no llegue á los límites del odio; es un lamento justo, digno de compasión.

Como puedes ver por lo inconscientemente que me dejo arrastrar por los recuerdos, ya voy teniendo alguna afinidad contigo, que vives de los tuyos, entregado al eterno análisis del por qué de muchas cosas que no tie-

nen remedio ni será fácil que lo tengan jamás... Y es que el dolor, en cuanto nos pilla solos, se torna más y más cruel. ¡Desgraciadamente, no tengo aquí nadie que le estorbe en su obra!... ¡Cómo ha de ser! A él me entrego con el recuerdo de mi Fausta, hasta que algún buen amigo, más desocupado que tú, venga á alejarle con su presencia y sus consuelos... Mas, dejando aparte ya mi sentimiento, del que seguramente participas, voy á exponerte el segundo fin con que te escribo esta carta.

Haré un poco de historia, ocupación muy propia en quien no tiene cosas más útiles que hacer.

Como tú sabes, Fausta estuvo á toda pensión en el colegio de Ntra. Sra. de Loreto, hasta pocos días antes de casarse conmigo... Pues bien, en mis visitas al colegio, conocí á una compañera de Fausta, que desde el primer instante, llamó mi atención por su excepcional hermosura, atención ó admiración que, notadas por la que tanto me quiso, fueron causa de uno de esos espeluznantes dramas sin forma ni color, que se originan en la mente, se desarrollan en el corazón y se desenlazan en los ojos con cristalinas y ardientes lágrimas.

Aunque sólo dos ó tres veces volví á ver aquella belleza sobrenatural, aun ahora, al evocar su recuerdo, me parece estar contemplándola con su traje de colegiala y su aturdimiento de revoltoso pajarillo... ¡Pobre niña!... Hoy que, casualmente, conozco su historia, recuerdo con pena su

hermosura de virgen triste, digna del lamento de uno de esos seres sobre-humanos, que lloran una eternidad las desventuras ideales de cualquier criatura espiritual y misteriosa.

Cómo he conocido la historia de Carlota, que así se llamaba aquella encarnación de la belleza, te lo diré luego... Ante todo, voy a describirtela lo mejor que sepa; y ten por seguro que mis frases, por encomiásticas ó hiperbólicas que lleguen á parecerte, serán, de fijo, pálidas y pobres, con relación á la hermosura de aquella infeliz.

Carlota, era la miniatura de una Venus... más ideal que la de Milo. En su cuerpo, la carne casi era un pretexto para formar un sér, pues el alma, parecía desprenderse de él y envolverlo, rodeándolo de una aureola vaga y como esplendente... La luz de sus ojos azules, su virginal sonrisa, aquellos cabellitos dorados que orlaban su rostro en caprichoso torbellino, y aquellas facciones finísimas, casi sin línea que las determinara, y lo esbelto y vagoroso de su figurita, cuyo contorno parecía esfumarse en un ambiente de átomos de luz, hacían, querido Luis, de Carlota, más que una criatura terrena, el engendro de la poética fantasía de un soñador enamorado de lo ideal... Sin embargo, el fondo de aquella pobre criatura, era tan humano como podrías apreciar por algunas cartas suyas, que adjuntas te remito.

Muerta mi adorada Fausta, recogí de sus muebles cuantos recuerdos de nuestro amor contenían, y entre los recuerdos, hallé las cartas de Carlota, por las cuales he conocido su historia.

Ahora bien ¿para qué te las remito? Puedes suponerlo... Al leerlas, creí que podrían servirte para escribir un libro tan conmovedor como interesante. También podría tener su poquito de trascendentalismo; pero como en este terreno habrías de atacar sentimientos, convertidos ya en instituciones del alma, te aconsejo que tuerzas por otros derroteros.

Si te decides á hacer un libro de las cartas de Carlota, dímelo cuando me contestes... Que sea pronto, eh? ¡Sólo como estoy con los recuerdos de mi pasada dicha, tus cartas serán un consuelo para mí!

Adiós, Luis; te abraza cariñosamente, tu amigo del alma,

GUSTAVO.

Córdoba, 4, Febrero, 98.

A la sincera pena que me causó la noticia de la muerte de Fausta, modelo de esposas amantes, sobrepúsose al punto la curiosidad que despertó en mí, cuanto Gustavo me decía de la espiritual Carlota. Nada tuvo, pues, de extraño, que me apresurase á deshacer el paquete y á leer las cartas que contenía, escritas unas en elegante y satinado papel, otras en pliegucillos bastos, sucios... Aquellas cartas me hicieron sentir y, sobre todo, pensar. A no haberme preocupado con la causa de los infortunios de Carlota, los hubiera llorado, como es muy posible que los lloréis vosotros, mis lectores, al conocerlos por ella misma, pues, como escribí á Gustavo «no seré yo quien pretenda describir las amarguras de sus tormentos... Jamás el artista podría ser tan sincero en la expresión, como lo fué ella al confiar á Fausta sus penas. El libro de su existencia lo escribió Carlota misma... El arte sería menos sincero que el dolor, porque el dolor es muchas veces el artista más sublime y fecundo.» Esto escribí á Gustavo. Firme en mi idea, ahí van, á continuación, las cartas de Carlota. Vosotros, al leerlas, lectores amigos, ved, si, como Gustavo, encontráis algo trascendental en ellas, algo que, como mi amigo decía, pueda ser un justo ataque á sentimientos convertidos en instituciones de las almas. Si de las cartas de Carlota, se desprende tal ataque, sufrirlo, porque es la voz del infortunio, la voz de vuestra víctima, y toda víctima tiene derecho á quejarse... Si nada descubrís en su odisea, si no os hace pensar á la vez que sentir, será... que nos equivocamos Gustavo y yo.

CARTA PRIMERA.

Querida Fausta: No te puedes imaginar la alegría que me ha causado tu carta... Al anunciarte mi boda, pensé que tal vez no llegaría á tus manos mi esquelita, por haber cambiado tú de residencia. Sigues en el mismo punto, gozando con Gustavo de tu felicidad, bajo ese cielo que los poetas nos describen siempre azul y siempre alegre, y en verdad que mucho lo celebro, querida, puesto que ha sido causa de que reanudemus nuestra buena amistad... Siempre te quise mucho, bien lo sabes, y si ahora estuviese junto á ti, tu *Bebé*, como en el colegio me llamabais todas por mi figurilla de muñeca rubia y pálida, te demostraría que en mi corazón, no mueren los sentimientos cuando están arraigados tan hondo como el cariño que te profeso... Pues sí, amada Fausta; me he casado y soy feliz, tan feliz como tú dices serlo, tan feliz como las dos soñábamos que lo seríamos... ¿Te acuerdas, Fausta, de nuestros sueños?... ¡Cómo me río ahora al recordarlos! De fijo que tú también te ríes... «— Me casaré con Gustavo, — decías tú. — Es moreno, de patillas negras, ojos negros y corazón muy grande, todo para mí.» Tú siempre habías soñado á tu galán con patillas y banquero. Ni tú ni yo, concebíamos á un banquero sin patillas ni á un militar sin buena estatura, valiente y con bigote rubio... Esta era mi obsesión, mi ideal: un uniforme muy vistoso y con muchos entorchados en el pecho, una espada invencible y un bigote rubio y sedoso á la borgoñona... ¡Qué risa! Si aquellas regañonas madres del colegio, hubiesen sorprendido nuestros ensueños con ayuda del pájaro verde parlanchín, terror de las pequeñuelas, de fijo que se hubiesen horrorizado y nos hubieran despedido... Pero como ellas nada sabían, nosotras paseábamos por el jardín, comunicándonos nuestros íntimos pensamientos, y unas veces eras tú y otras veces era yo, la que, haciendo de galán, ofrecía el brazo, para luego trocar los papeles, diciendo: «— Bien; ahora seré yo la mujercita...» Y me colgaba de tu brazo, diciendo bajito y con el soñador arrobo que pensaba dedicar al sér amado: «— ¿Me querrás siempre, nene mío? ¿Querrás mucho á tu mujercita?...» Chica, me ahogo de risa al acordarme de esto... ¡Qué tontas, Jesús! ¡qué tontas!... Apenas si hay diferencia de aquello á esto... La misma que debe de haber entre el

cielo de las estampitas que nos daban las monjas y el cielo que el firmamento nos oculta.

Mi ideal se ha realizado... Tengo maridito, que, si bien no lleva uniforme, gasta toga que le cae divinamente... Es abogado, y hay que oír la elocuencia con que pide la absolución para su defendido, aunque éste haya dado muerte á su madre, ser el más santo de todos. Si creyeran á mi Pepe, este mundo sería un presidio suelto. ¡Claro! pues si es tan bueno... y tan guapo... ¡y me quiere de un modo...! Es rubio y lleva toda la barba, barba que yo le peino todos los días cinco ó seis veces. En fin, si algún día vienes á Madrid, ya te convencerás de que he tenido buen gusto.

Antes de seguir dándote detalles de mi nuevo estado, debo manifestarte que mi tía, á quien conociste en el colegio cuando iba á verme, murió hace un mes. Esto me causó gran sentimiento, pues, como sabes, la hermana de mamá era el único sér que me quedaba en el mundo... Pero, eso sí, se murió oportunamente, porque de la herencia de mis padres ya no quedaba un céntimo... Mi esposo, quería llevar á los tribunales á la difunta, por malversar bienes de menor, pero... contentóse con hacerle entierro de última clase.

Volviendo á mi nuevo estado, te diré que vivimos juntos, Pepe, su mamá y yo... Nuestra casa es encantadora: un segundo piso de la calle de Alcalá. Vamos alguna vez á los teatros, y en cuanto Pepe se acredite, que con el talentazo que tiene, será pronto, nos abonaremos al Real, sin que lo sepa la madre de mi Pepe... ¡Oh! Ella es muy ahorrativa y dice que se debe guardar para la vejez... Tiene razón, indudablemente; pero, está la vejez tan lejana todavía, que ahora bien podemos ir al Real.

En medio de mi ventura, no quiero ocultártelo, tengo mis ratitos de malhumor... ¡Ay, Fausta! témome que te vas á reír de esta locuela; pero quiero decírtelo todo para probarte que aun soy para ti, el mismo *Bebé* del colegio, aquél que nada te ocultaba, y que algunas veces se declaró culpable de tus travesuras. La causa de mi malhumor, no es otra que el mucho cariño que mi madre política profesa á mi Pepe, vamos, á su hijo... Hay que ver cómo se sienta en sus rodillas y le besuquea el rostro y le dice ternezas como «*bien de mi vida*», «*alma mía*» y todas esas frases, en fin, que yo pensé eran de exclusivo uso de las mujercitas enamoradas... Tú, afortunadamente, no habrás sufrido este tormento... Gustavo no tiene madre, lo que tal vez sea una desgracia para él; pero, créeme, es una suerte para ti... Vamos ¿qué le dices á tu esposo, si su madre ya le dedica las mismas frases que tú tenías guardadas para él, tiempo y tiempo, en el fondo de tu corazón? ¿Está bien que una señora anciana diga esas cosas?... ¡Ay, Fausta! Tú, que tienes más años que yo y llevas algunos de casada, dime algo que me convenza de que no es una usurpación lo que la madre de Pepe hace conmigo.

Faltan pocas líneas para terminar este segundo pliego de mi carta... No dirás que soy perezosa ni que olvido á la que siempre lloraba cuando las monjas me imponían algún castigo... Te quise, te quiero y te querré siempre.

Saluda á tu esposo en nombre mío y de mi familia, y tú recibe un beso y un abrazo, locos como aquéllos de tu constante

Madrid, 14 Enero, 90.

Bebé.

Tu casa: Alcalá, n.º... segundo, derecha.

CARTA SEGUNDA.

Inolvidable Fausta: ¡Por fin, tras dos meses de esperar y cuando ya creí que nunca contestarías, llega á mis manos tu cariñosa respuesta!... Y á fe que la recibo en los mejores momentos... ¡Ay sí! en esos momentos en que comenzamos á dudar de la razón, y que, según Román, un íntimo amigo de mi esposo, que con frecuencia viene á vernos, son las sendas diversas por donde la humanidad camina hacia la locura... Sí, sí, Fausta; yo creo que voy á volverme loca... Mi nido de amores, el santuario de mi corazón, se derrumban, se desmoronan apenas contruidos, y en mi alma domina ya el terror, enemigo del raciocinio. «— No seas tonta, — me dices en tu carta; — las madres siempre son madres y tienen sagrados derechos sobre sus hijos, derechos que nosotras, las mujercitas enamoradas, debemos respetar... Lo que tú tienes son celos, Carlota... No te enfade mi franca acusación... Tu mamá política, no ha de robarte el cariño de tu esposo, con sus expansiones maternales...» ¡Qué equivocada estás, mi buena Fausta! Me priva de su cariño y, poco á poco, acabará por robármelo todo.

No creas que por acoger tus palabras incrédulamente, dejo de agradecerlas; ellas me prueban la constancia de aquel cariño que me tenías en el colegio... ¡El colegio!... ¡Qué hermosos tiempos, Fausta!... Todo eran risas alegres, inquietud de avejilla, ilusiones y ensueños gratos... ¡Todo pasó!... Hoy he de pensar cómo y cuándo me río, para no ser inoportuna; hoy he de ver cómo me muevo y lo que hago, porque hay quien fiscaliza mis actos con rigurosidad más austera que la de aquellas bonachonas madres... ¡Oh, Dios mío! ¿Qué se han hecho mis alas? Yo, que al volar á los brazos de mi Pepe, con el corazón rebosando alegría y cariño; yo, que al entrar en este gabinete, prisionera en los brazos de mi esposo, me abrasaba roja de emoción y sintiendo ese afán y pudoroso miedo, de la que se halla al borde de lo soñado y nunca conocido, experimento hoy una tristeza infinita, unas ansias de llorar que me ahogan, y un frío horrible que recorre mi sér con tal violencia, que parece me azotan con un látigo de hielo... Y en cambio, la cabeza me arde y en las sienes siento un golpear horrible que me enloquece... Hay momentos, ahora mismo, en que ebría de dolor, al creerme sola, sin cariño alguno, viendo tan sólo el rostro severo de mi madre política y el gesto violento de mi Pepe, me entran ansias de gritar: «— ¡Mis alas, dadme mis alas, para volar á mi colegio y soñar allí que soy el adorado *Bebé* de mis compañeras.

(Continuará.)

LUIS DE VAL.

MARIANITO

Cuenta, cuenta como fué.
—Pues bien; escuchad.

«Ya sabéis que tan luego me cosieron en las mangas las estrellas de teniente, me destinaron al Batallón Expedicionario n.º 2. ¡Qué soldados los de mi compañía! Casi todos eran manchegos, de los de guitarra en bandolera, y más aficionados á las nacionales navajas de triples muelles, que al extranjero cuchillo del Matüser. ¡Eal, dimos el último estrujón al alma, al oír la última nota de la marcha de Cádiz, y... cataplán, cataplán, salió el largo tren de agujas, tomó una curva, y adiós Madrid.

Llegamos á Barcelona, embarcamos, y entre seguidillas y vascas, pesadumbres y jolgorio, recuerdos y realidades, anécdotas y consejos, anclamos en la bahía de Manila.

A la banda de estribor flameaba al viento en el fuerte de Cavite la alegre bandera roja y gualda, y no lejos empezaban las trincheras enemigas. Frente á ellas nos encontramos bien pronto, y que allí se batió el cobre, magistralmente ya os lo contó el capitán Fortunato, que por más que es coronel..., para Madrid entero y para nosotros, siempre será el capitán Fortunato.

Levantando y cayendo, y unas veces curándome heridas, y otras haciéndolas, vine á dar en una barrancada de los «Doce Apóstoles» que con sus graníticos peñascales resguardan la entrada de Silang. ¿Cuánto tiempo permanecí allí? No lo sé. Sólo recuerdo que recibí un golpe en el pecho, perdiendo el conocimiento.

Al volver de mi letargo, — y aquí empieza mi historia — me encontré sobre el *sahig* entrelazado de cañas de modesto *bahay* indio. Varios soldados tagalos me rodeaban. De entre ellos se adelantó uno que debía ser de alta graduación, y mostrándome la placa que yo llevaba al pecho cuando caí, y la cartera que guardaba en la guayabera, me dijo, en tono breve: — Esta placa que entre vosotros es signo de valor y de honor inmaculado, te ha salvado la vida. Mira la abolladura que detuvo nuestra bala. Esta cartera, — añadió, — podrá salvarte segunda vez. Aquí hay un retrato que para mí y los míos es sagrado, ¿Cómo te llamas?

—Diego Miranda,— respondí; más con curiosidad que con temor.

—¿Tu padre fué el alcalde mayor don Lope Miranda? — En efecto, tal cargo ejerció aquí en mejores tiempos; Lope es su nombre, Miranda su apellido, y ese que en la mano tienes su retrato.

—Salir todos, — dijo en tagalo á su gente.

Quedamos solos.

—Escucha, castila, una evocación y una historia: Sangre vertida por los tuyos, amasó en la de mi madre odio y venganza. De esa sangre mame yo, y sin embargo, para mí, tu vida es sagrada.

Se pasó la mano por la frente aquel hermoso ejemplar de la raza india, y cual si penosamente recogiera sus recuerdos, continuó su misteriosa narración.

—Pronto hará dieciocho años. Era el 24 de Julio de 1881, ¡bien me acuerdo! A las once de la mañana levó anclas con rumbo á España el



ESCENAS DE TALLER. — Cuadro de JOSÉ LLOVERA.

hermoso vapor *Cádiz*. En aquel barco, entre otros pasajeros, iba tu padre, el mío y yo, que era entonces un niño. Tenía ocho años. Los fuertes calores de aquella época y la bravia monzón del Noroeste, agravaron la enfermedad de mi padre. Antes de llegar al «Estrecho de las Lágrimas», sintiendo el enfermo que se aproximaba su última hora, llamó á don Lope, y á mi presencia le dijo estas solemnes palabras. — Usted es bueno: los indios le llaman *amama*. Voy á morir. Sea usted padre de mi pobre Marianito, — aquel Marianito era yo. Mi padre murió, y el tuyo lo substituyó en cariño, cuidados y amor.

El tagalo llora pocas veces; su moral, para quien mal los conoce, dicen que es indefinida. Lloran poco, pero lloran, y aquel hombre lo hizo ante mí, que fuertemente emocionado seguía sus palabras, evocadas al conjuro de aquella luctuosa noche del «Mar Indico».

—Tu padre y yo le velamos toda la noche. Al alborar, un largo silbido, dado desde el puente, anunció la fúnebre *maniobra* de la inhumación. A una segunda orden, cuatro marineros sacaron el cadáver, envuelto en embreada lona, tendiéndolo en una tabla que pusieron horizontal sobre la borda de babor, con la que formaba cruz. — ¡Listos! — gritó el oficial de cuarto. — ¡Listos! — se repitió en el puente, y aunando movimientos con la regularidad matemática de á bordo, cesó de girar la hélice. La tabla fué buscando lentamente la vertical, y el cuerpo, resbalando, cayó en el inmenso Océano. Una línea abierta y cerrada inmediatamente en el abismo, terminó aquella fúnebre escena. La hélice volvió á girar, y el primer rayo del sol naciente alumbrando lejanos contornos de africanas y arábicas tierras, fué el epílogo de aquel drama, en que no hubo más oraciones que las de tu padre. El mío no era católico, y yo no sabía rezar.

Agobiado por tan dolorosa narración, quedé largo rato en silencio el jefe tagalo. Hablar yo, hubiera sido profanar aquel dolor.

—Bien ves, — me dijo al fin, — que para mí eres sagrado, pues eres mi hermano. Sea cualquiera el término de esta lucha, cuando vuelvas á tu querida España, dile á don Lope que mi deuda fué pagada. Esta noche serás conducido por gente mía á la más vecina playa; embárcate allí y reúnete á los tuyos. Nada te exijo, valiente eres, y á Dios le pido que jamás volvamos á encontrarnos en guerra. — Y esto diciendo, extendió un salvo conducto, dió algunas órdenes en tagalo, y después de estrechar mis manos, se alejó no habiéndole vuelto á ver.

Llegué á Manila salvo, más no sano. Esto me obligó á embarcar, proporcionándome el poderos contar este episodio de mi vida.

Poco ha tenido que poner de su parte el autor de las anteriores líneas. No ha hecho más que darles forma. Son verídicas, en su mayor parte. En la camarera de bitácora del *Cádiz* se guardará el *rol* correspondiente al viaje que rindió aquel vapor en Barcelona el 1.º de Septiembre de 1881.

En aquel cuaderno, y en la página que corresponde al 15 de Agosto, está registrada la partida de defunción del padre de Marianito, se dan detalles de la entrega de éste al don Lope, y situación del lugar de la sepultura. De la observación que se hizo, se encuentra en el punto que forma la conjunción de las líneas 11º—40' latitud Norte y 57º—46' longitud Este, del meridiano de San Fernando.

El huérfano del *Cádiz*, hoy es general tagalo. Si cuando lea estos renglones, — que los leerá, — queda en su campo algún prisionero español, que complete la veracidad de esta historia, poniéndolo en libertad.

Así se lo pide por nuestro conducto el bueno de don Lope.

J. ALVAREZ GUERRA

R. VERDUGO LANDI



OBRA DE CARIDAD

F. SANS CASTAÑO



OBRA DE INIQUIDAD



SAN MIGUELÍN

(CUENTO ORIGINAL)

siempre ventanas, balcones y puertas se hallaban cerrados, — tenía abierta una ventana del piso bajo...

Allí nadie habitaba. Los guardas de la finca vivían tras de la corralada del Palacete; de abuelos á nietos, sabíase en el pueblo, que sólo muy de tarde en tarde iban al Palacete los señores, y así una vez al mes hacíase en este prodigioso caserón la limpieza.

¡Cuánto se hablaba de las bellezas, que dentro del Palacete existían! ¡Quién las viera!

Pedrín fijóse en aquella abertura, y primero se puso de puntillas en los pies para mirar, luego entróle la tentación de encaramarse al balcón de la ventana, y al fin, la irresistible idea de entrar... de entrar... en lo maravilloso.

Y lo hizo.

Valerosísimo curioso, investigador atrevido, — poeta lleno de los invisibles impulsos hacia lo bello, lo grande, lo extraordinario, — entró.

No habrá que decir cual fué su asombro al ver las magníficas arañas de los techos, doradas y llenas de prismáticas lágrimas; ante los cuadros admirables y riquísimos muebles, mullidas alfombras, relojes de pajarillos de movimiento, pues con tocar un botoncillo, revolaron y piron cual vivos; y por último, qué sorpresa la suya al entrar en un salón y ver en él una multitud de muchachos repartidos por todas partes, — bien que mayor sorpresa le causó comprender que no eran sino reproducciones de su propia imagen, por los magníficos espejos. — Pero en aquel paraíso ofreciósele un árbol de bien y de mal... una magnífica mesa, en la cual había innumerable reunión de figuras lindísimas de marfil, de plata, de porcelana, esculturas preciosas... y entre ellas un San Miguel... deslumbrador.

Casco de plata, de plata la espada; carita hermosa de ángel valiente hecha de marfil; qué alas, qué coraza, qué actitud, qué bonito santo... y qué grotesco y horrendo el vencido diablo que tenía á sus pies. — En el escudo del ángel se leía el *¡Quid sicut Deus!*

Toda la vida se estaría uno mirando aquella imagen... ¿Por qué no llevarla, para que madre la viese, y aun para contemplarla él, Pedrín, el embelesado Pedrín. Como ocurrió, difícil es decirlo. Entróle un temblor al niño, alargó la mano, se apoderó de la figura, buscó la salida fácil y pronta... y luego huyó, bajando apresuradamente por la misma ventana y á todo correr, hasta la aldea.

Una vez que se vió en su casa, en el pajarcete... detúvose á mirar su San Miguelín... ¡Qué bello, qué lindo!... pero entonces el terror más fiero apoderóse de su corazón; pues comprendió que era una insensatez intentar enseñárselo á madre. — ¿Qué le diría ésta?

¡Dios mío, Dios mío! ¿qué había él hecho? ¿Robar? No, porque lo volvería á poner en el mismo sitio en que lo había hallado; pero ¿cómo?

¡Ah, qué espanto!... Ya no había remedio, era necesario ocultar aquello... hasta que ocasión oportuna se ofreciese para restituirlo á su mesa del palacio. — Esperaría.

La fatalidad obra con rudeza... Los dueños del Palacete, los condes que jamás iban por allí, fueron á los pocos días, y bien pronto se supo en la aldea que del Palacete faltaba el San Miguelín, de inestimable valor.

¿Qué haría Pedrito? ¿Qué haría? ¡Horrible fué su penar! Perdió alegría y colores, fuerza y brío, palabra y hasta las ganas de comer y el sueño. ¡Horrible desgracia!

Pronto fué notado el cambio que el niño venía sufriendo, su madre estaba aterrada y sin consuelo. — ¿Qué tiene el muchacho que demedra y se pone amarillo y los ojos se le apagan? ¿Enfermó? ¿De qué mal? Dios nos asista, acuda y ampare, y vengan ahora los males y el chico se nos desgracie, — decía el pobre bracero, padre de Pedrín.

Enflaquecía el niño, no tenía alientos para el habla, acurrucado, tristón, solitario, se arrinconaba, y no hallaban modo de animarle y alegrarle. El señor médico estaba confuso. — «No sé qué mal tenga, como no sea mal de nervios, que es mal que por acá no conocíamos».

Ni las manzanas de oro con tintas de grana, como joyas regias, ni las agri dulces manzanas, incentivo primero del humano deseo, tentaron jamás á Pedrín, aunque las viera saliéndose en sus ramas y entre hojas, por las paredes del huerto ajeno; ni los arracimados y brillantes frutos del cerezo y del guindo, ni las acuosas sandías..., ni, en fin, las dulces embriagadoras uvas, con las cuales, como por mil manos, le brindaban los viñedos, inspiraron la idea de la rapiña al muchacho.

El séptimo mandamiento, no sólo estaba escrito para él en el catecismo, como ley de Dios..., sino que tenía en las entrañas; la honradez habíala heredado por naturaleza.

Sus robos furtivos, no eran robos... Entraba á la parte con los gorriones y los verderones, en los zarzamorales del campo y contorno de las fuentes...; pero estos ásperos y espinosos arbustos, corresponden á los bienes comunes, á los bienes no rotulados ni apropiados de las umbrías selvas ó de las vastas soledades del campo.

Jamás deseó Pedrín cosa ajena.

Tan sólo, y ello ha de decirse por cuanto importa á la historia, admiraba con verdadero asombro el muchacho, en la dehesa del Conde — y á ella para entregarse á la admiración iba, — sólo admiraba el Palacete de Milflores, como la mayor maravilla del mundo.

¡Oh, qué portento era el Palacete!

Aunque guardados por ajustaje del trabajo escolar, tenía en la memoria los términos geográficos, y en su imaginación pintábase la geometría de esferas, círculos, parábolas y elipses de la descriptiva del mundo...; pero mundo verdad, mundo verdad, no había para el niño aldeano, sino el mundo que pisaban sus pies y entrábale por los ojos en vivos colores, por el oído en murmullo de fuentes, gorjeo de pájaros, campanillas y balidos de ganado, y por el olfato, en ambiente purísimo y en aire embalsamado, disperse de las hierbas aromáticas.

Decir queremos que el mundo de términos, líneas, signos y medidas... era un símbolo, una pelota rayada y pintada de colorines... Más allá de la sierra que, en contorno casi circular, rodeaba el valle castellano en que se hallaba su aldea... no creía en más mundo, sino en vagas é hipotéticas regiones, casi cuentos de vieja.

Montes había mejores que Silla - Gineta, ríos más caudalosos y bellos que Arro-alto, ermitas ¡qué decir ermitas? templos más hermosos que el del Cubillo y aun que la iglesia del lugar; fuentes más ricas que la de Quiebra-cántaros...; pero palacios más hermosos que el Palacete de Milflores, en la dehesa del Conde de Milflores, no podía ser. ¡Contra, que no podía ser!

Imagínese el lector cual no sería la emoción de Pedrín, cuando una mañana, al llegar á la altura del Palacete, descubrió que éste — en el cual

¡Pobre y estrecho pechito para contener un demonio como el del remordimiento, soportar un fuego como el de la engañosa vergüenza y resistir el devorador gusano de un secreto pesar! ¿Qué haría? ¿Confesar su falta?

— Padre toma un berinche y se le pone roja la cara, colorados los ojos y de calentura fulminante... se muere... si es que antes no me mata.— Pensaba el muchacho.— Malo no sería que me matase, si él no muriera ó si luego viviendo no le quedase una pena gorda... la de que la gente pudiera decirle... tuvo hijo ladrón.

¿Qué hacer? ¿Destruir el objeto robado? ¿Cómo? Si era un santo y tal vez estuviera bendito. Devolverlo procurando que nadie descubriese al ladronzuelo... esto era difícil y expuesto... Antes morir que verse ante todos culpado.

¡Cuánto hacían padre, madre y la gente para consolar á Pedrín, de la pena que en el veían y no se explicaban!

— ¿Quieres que te llevemos á nuestro señor del Cubillo?

— No, no; — decía el niño — ¡no tengo fuerzas! — añadía — ¡no tengo fuerzas para ir allá!

Ni el cumplimiento de antigua promesa de llevarle á la feria de la ciudad, ni la promesa de mercarlo un potro cuando fuesen por el lugar los



gitanos, ni el traje nuevo, ni cosa alguna lisonjera curaban el mal de Pedrín.

En cama se hallaba consumiéndose en fervor calenturiento; flaco, flaco que daba espanto mirarlo. ¡Cuántos lloros en su casa, cuántas penas!

¿Qué haría...? Allí bajo la almohada, entre un envoltorio de trapos, guardaba como un avaro la figurita... allí en la cama, sufría Pedrín terrores y sobresaltos de muerte, por miedo de ser descubierto... ¡Cómo, con terrible violencia, le chascaba el pecho su aterrado corazón...!

— ¿Qué quieres mi amor? ¿Qué mi cariño? ¿Qué deseas hijico de mis entrañas? — díjole una tarde madre... más afligida que nunca... — dímelos...

— ¿Qué? — El niño moribundo tuvo una inspiración. — ¿Qué deseaba? pues bien que llamasen al señor cura; él le aliviaría.

Rápidamente fué llamado el señor cura, entró bondadoso y entristecido, encerráronse en el cuarto porque así lo suplicó Pedrín, y allí en la semiobscuridad, una manecita fría y escuálida puso entre las suyas un objeto, y una voz como un suspiro dijo:

— Nadie lo sabrá. ¡Perdón! nadie, nadie lo sabrá sino usted, señor cura, y yo, y Dios... ¡El San Miguelín!

A los pocos días muy de mañana, gran ruido había en la cocina de casa de Pedrín; todos hablaban de la novedad, el objeto perdido en el Palacete, habíanle ya encontrado. Tal noticia era la del día. En esto la voz agónica de Pedrín llamó:

— Padre, madre... bésanme sus mercedes — dijo, y en su frente recibió los besos de sus padres y poniendo sus helados labios en la áspera y honrada mano de su padre, volvióle en último beso, el aliento de vida que de él había recibido, y el alma de aquel ángel voló al cielo... segura de que el secreto quedaba en lo hondo, sagrado é inmenso, de la religión.

JOSÉ ZAHONERO



MADRID ELEGANTE

Ahora que el Carnaval de 1899 ha pasado ya á la categoría de los recuerdos, no veo inconveniente en que levantemos, para los lectores de esta Revista, algunos antifaces que han ocultado rostros aristocráticos y hermosos. Antes hubiera sido indiscreto revelar los nombres de las damas, y aun de los caballeros que ocuparon en la Batalla de Flores, carrozas engalanadas, tomando activa parte en la fiesta; hoy, si tal indiscrección existe, será más leve, y hallaremos seguramente perdón á nuestra falta, en el afán informativo que guía nuestra pluma.

El primer premio para carrozas, consistente en una magnífica ponchera de cristal de roca y *vermeil*, de tanta elegancia como riqueza, fué adjudicado y ciertamente en justicia á la de los *Chinos* ocupada por más de treinta jóvenes en su mayoría socios del *Nuevo Club*, vestidos con elegantísimos trajes de raso, bordados en sedas y oro; figurando, entre otros, los Duques de Huéscar (primogénito de los de Alba), de Luna (de la Casa de Granada), el Conde del Real, don Carlos y don Manuel Crespi de Vallaurá, hermanos del Conde de Orgaz, el Marqués de Santa Cruz, primogénito de la Duquesa de San Carlos, don Luis y don José Gil Delgado, don Valentín Menéndez y don Alberto de Sedano, este último el verdadero organizador de la Mascarada.

El premio se ha rifado recientemente entre los socios, habiendo correspondido á don Alberto de Sedano.

Uno de los premios para coches engalanados fué adjudicado á la señora doña Matilde Acuña de Le Motheux, que ocupaba un *breck*, vestido de rosa y verde, en compañía de su hija, de la Marquesa de San Miguel de Híjar, de las señoritas de Dominé y de Onteiro, del Duque de Montemar y otros amigos.

Llamó también la atención otro coche de *dominós* ocupado por las Condesas de Oliva y de Luna, hijas del Duque Viudo de Béjar, por las hijas de la Condesa de Patilla y por la joven Condesa de San Julián.

Con el baile de *Cabezas* celebrado el lunes de Carnaval en el palacio de los Marqueses de Monteagudo, han concluido todas las fiestas del invierno, pues aunque algunos salones han continuado abiertos, ha sido solamente para reuniones de intimidad. Así, la Marquesa de Squilache, siguió recibiendo *en confianza* los viernes por la noche, y por aquellos salones han seguido desfilando las eminencias de la política, pues sabido es que la ilustre dama cuenta con gran número de amigos en todos los partidos políticos.

Dicha señora, cuya actividad es verdaderamente prodigiosa, ha renunciado á sus relaciones que el día primero de Junio dará una fiesta en sus salones á la que los caballeros habrán de asistir con fracs de colores y las damas con tocados de flores ó de insectos; una verdadera apoteosis de la primavera.

Para descansar la Marquesa de Squilache organiza actualmente en Motril, donde se encuentra, una rifa á beneficio de los pobres que cuenta con magníficos premios, concedidos, entre otras personas, por S. A. la Infanta Doña Isabel, las Duquesas de Ahumada, Viuda de Bailén y Mandas, las Marquesas de la Laguna y Coquilla, Marqués de Casa Pavón, Conde de Caudilla y Belasevain, señores Echagüe, Silvela (don Eugenio), Díez Mortein, Fernández de Heredia, Gudal, España, Prida, General Marín, Romaguera, Rojas (don Federico), Nieto (don Emilio), Condesa de Orgaz, Marqués de Santa Genoveva, y señores de Sanmillán, sin faltar por supuesto, uno magnífico de la organizadora de tan notable rifa.

Muy pocos días ha permanecido en la Corte el Senador del Reino, Marqués de Vistabella, pero en esa breve temporada ha sentado casi diariamente á su mesa á gran número de amigos, quienes han podido admirar las nuevas obras de arte con que se ha enriquecido la ya valiosa colección del hotel de la Castellana. Su esposa é hijas permanecen en París.

Los Príncipes de Wrede acaban de terminar su instalación en el hotel que fué de la Duquesa de la Torre, habiéndolo hecho con tan refinado gusto y extraordinaria esplendidez que es hoy aquella morada una de las más bellas de la Corte; la mayor parte de los salones están decorados y amueblados conforme al gusto de la época de Luis XVI, siendo todos los muebles auténticos, y, resultando un conjunto tan elegante que recuerda las descripciones hechas por los hermanos Goucourt en los interesantes libros consagrados á las mujeres célebres de Versalles.

La sociedad aristocrática confía en que muy pronto se han de celebrar brillantes fiestas en el hotel de los Príncipes de Wrede.

Y no va más por hoy; el que esto escribe supone que la pasada época cuaresmal habrá sido bastante penitencia; para sus bellas y amables lectoras; quienes, si prolongara esta crónica, encontrarían tal vez demasiado dura la que mensualmente les impone su cronista.

MONTECRISTO



MTRO. JUAN BAUTISTA ESTRADÉ. Fot. J. Martí.

Autor de la pieza de música que acompaña á este número.

PARTE POLÍTICA DEL PROCESO DE CRISTO

I. — La tienda, el arca, el tabernáculo, el querub, el sacrificio, la sangre de los cabritos y de los toros, constituían toda la vieja liturgia israelita, y esta vieja liturgia israelita se contenía y encerraba en el templo levantado siglos atrás, por Salomón, y reconstruido en la edad misma del Evangelio, por Herodes. Las colecciones del Talmud y las historias de Josefo, nos hablan á una, con admiración idéntica, de aquel extraordinario lugar. El historiador, que había viajado mucho, declaró el más bello sitio esclarecido jamás por los resplandores del día.

II. — Desde lo alto del jardín de las Olivas descubriásele en su conjunto. Y aquel sitio escogió Jesús para profetizar su ruina. Celebrándolo mucho los discípulos, como solían todos los judíos, Jesús dijo: « No quedará de tanta mole piedra sobre piedra. » Todo lo construido por Herodes cayó, en cumplimiento de la divina palabra, y si quedan algunas cortinas ruinosas donde se hallan empotradas piedras que parecen moles, ante las que todavía lloran los hijos de Israel, estas piedras enormes, cual montañas, pertenecían al viejo templo de Salomón, prometido por David á su pueblo.

III. — En las aras, en los altares aquellos, amenazados por la palabra de Cristo, veía el sacerdote judío, sobrepuestos y consagrados por una tradición oral incesan-

acerbidades, empanpan todos ellos con sus lágrimas, los pedruscos enormes y las ciclópeas moles restantes del es-

te, no sólo el sacro altar de Salomón y de David, relativamente modernos; aquellos otros en que Abraham quiso inmolar á su hijo Isaac, en que Noé ofreció su primer holocausto al retirarse las aguas del diluvio, en que Abel presentó sus cándidas ofrendas, en que Adán inició tras el pecado su reconciliación religiosa con el mismo Dios que acababa justamente de castigarlo y herirlo.

IV. — El templo representaba para el judío su historia entera, sus héroes y sus mártires, sus patriarcas y sus profetas, el Dios revelado á Moisés en las zarzas del Oreb, y el Mesías prometido por Esdras y por Daniel, en los cautiverios y en los destierros. Á todo había ocurrido la previsión de los constructores, despertada por las tradiciones litúrgicas. No se podían contar sus atrios, no se podían abrazar sus columnas; de cedro incrustado y esculpido sus techos, de mármol blanco sus pilares, de piedras multicolores y clarísimas ágatas sus pavimentos, de varias pero regulares figuras sus patios, de bronce sus puertas, de riquezas indecibles sus tesoros; una legión sus sacrificadores, su altar una fortaleza; innumerables las fuentes y más innumerables todavía las víctimas; en lo alto el santuario dorado por dentro y fuera; una parrá de oro en los alféizares, un velo babilónico en los enverjados; la mesa de las proposiciones á un extremo, á otro el candelabro de los siete brazos, entre ambos el ara de los incienso; por doquier los varios sacerdotes con sus túnicas de largas mangas, con sus cinturones bordados, con sus turbantes multicolores, algunos con sus tiaras semi persas, ofreciendo aquí las abluciones, allá los perfumes, más lejos las lecturas, en otro sitio los holocaustos, y en todas partes el rito legado por cien generaciones y trascendente á todos los tiempos.

V. — Así el pueblo creía su templo tan perdurable como su Dios. En vano le contaban las leyendas y tradiciones antiguas, que un día, el construido por Salomón y preparado por David, se derrumbó en aquel mismo sitio. No quería pensarlo; antes bien, aguardaba con viva fe y con segura esperanza el Mesías y el mesianismo. Aquel sacerdocio, nacido con la tierra misma, preservado por Dios de las aguas del diluvio, en su ministerio de conservar la vieja idea tradicional, no debía tener interrupción alguna. Los siglos se mellaban contra las piedras del Templo, mas no se resentía, no, sobre sus cimientos, tan sólidos como la columna sustentadora de la tierra.

VI. — Y, sin embargo, Cristo dijo que se desplomaría todo él, arruinándose y desapareciendo hasta sus fragmentos y sus raíces. No hacía un siglo que Pompeyo lo profanara y no debía transcurrir un siglo, antes de que la profecía del Salvador se cumpliera. Mas para el materialismo judío, amenazar al templo, era tanto como amenazar á Dios. Hoy mismo los israelitas, que han pasado en sus padres por veinte siglos de humillaciones y

pléndido templo de Salomón.

VII. — Así es que los acusadores, concitados contra el Salvador, echábanle tres cosas en cara y le hacían reo de tres capitalísimos crímenes: primero, anunciar la ruina del templo; segundo, presentarse como hijo del Señor y Mesías; tercero, creerse, por descendiente de Salomón y David, rey del pueblo judío. El Sanhedrín se movió, á este movimiento de indignación popular. Los escribas, los fariseos, los ancianos, congregáronse para entender en el caso y condenar al culpado. Hacía de fiscal, toda la población judaica, y hacía de juez, todo el judaico sacerdocio.

VIII. — Las condiciones del Sanhedrín en la edad aquella de Cristo, resultan especialísimas y muy dignas de maduro estudio. Como el Senado en Roma, este cuerpo sacerdotal, jurídico y legislador, tenía muchas facultades en confusión é indeterminaciones increíbles. Acordes con la tradicional política de su eterna ciudad, los romanos dejaban, en una especie de federación gigantesca, gobernarse los pueblos á su guisa, con tal que les reconociesen suprema soberanía eminente y les pagasen el debido tributo. Así el Sanhedrín judío gozaba de sus facultades políticas, de sus facultades religiosas, de todo su poder, incluso el jurídico, en aquello que no se opusiese á la dominación romana y al romano imperio.

IX. — Esta grande asamblea litúrgica podía, pues, perseguir y castigar á los criminales. Mas como en aquellos días, sobreexcitada la vía judaica por la conquista y dominación extranjeras, hubiese á cada paso revueltas no castigadas por el poder oficial, incapacitando completamente de indisponerse con sus correligionarios y compatriotas, el pretor ocurría de suyo á las necesidades públicas, persiguiendo y castigando los desórdenes, aunque resultaran sus promovedores, fieles al dogma bíblico y pertenecientes al pueblo judío. He aquí explicado el proceso de Jesús.

X. — Los jueces y ancianos reuniéronse por la noche, tras la sacra cena, y decretaron el apresamiento. Jesús, profundamente humano en toda su vida, lloró, vaciló antes de resolverse al supremo sacrificio; pero, una vez resuelto, lo abrazó y lo consumó sin vacilaciones hasta el fin. Inútilmente los discípulos y apóstoles dormían mientras los concitaba él á que vigilasen; inútilmente Judas lo vendió por un puñado de monedas; inútilmente lo negó Pedro; inútilmente los fariseos rasgaron sus vestiduras al oírle y le insultaron, y escupieron tantos sayones como desataran para perseguirlo y prenderlo; penetrado Jesús de que su obra redentora se perfeccionaba con aquel sacrificio suyo, lo aceptó en conformidad con su divino ministerio, muriendo por todos nosotros. A esto debemos nuestro Redentor y nuestra redención.

EMILIO CASTELAR



NOTAS ARTISTICAS. — DIBUJO AL CARBÓN, por G. CAMPS.

LA VIDA

Primero la niñez dulce y serena,
sin inquietud ni pena,
resbalando entre juegos y sonrisas:
¡puro y naciente albor, fresco capullo,
indescifrable arrullo
de hojas y ramas, pájaros y brisas!

Feliz después la juventud despierta,
como la flor abierta,
y perfuma el amor los corazones:
¡ardiente claridad, fijo deseo,
misterioso aleteo
de sueños, de esperanzas, de ilusiones!

Luego la ancianidad, triste y sombría,
como nublado día,
entre recuerdos al sepulcro marcha:
¡sombra crepuscular, seco ramaje,
tristísimo paisaje
de olvido y muerte, lobreguez y escarcha!

MERCEDES DE VELILLA

LA BATALLA DE VILLALAR

LA batalla de Villalar es uno de los acontecimientos más grandes que registra la historia de nuestro país.

A ella precedió el levantamiento de las *Comunidades Castellanas*, y la formación de la *Santa Junta*, en Avila.

De un lado combatieron los soldados del rey y de los nobles; del otro, las milicias de los pueblos y de las ciudades.

Para estimar y comprender mejor toda su importancia, dividiremos esta reseña en tres partes:

Causas que promovieron el levantamiento de las *Comunidades* (unión de pueblos).

Formación de la *Santa Junta*, en Avila.

Batalla de Villalar.

Agitada, como nunca, aparece Castilla á la subida al trono del primer monarca de la casa de Austria, Carlos I, quien sabedor apenas de la muerte de su abuelo, Fernando el Católico, intenta tomar el título de rey que se le otorga,— á pesar de que nuestras leyes se oponían á ello,— merced al Cardenal Cisneros, Regente á la sazón; pero á condición de que en todos sus actos le precediese el nombre de su madre Doña Juana, vulgarmente apellidada la *Loca*, reclusa en Tordesillas.

La turbulenta nobleza, para vengarse de los agravios que decía le habían inferido los reyes católicos, promueve los motines de Mayorga, Burgos, Salamanca y Valladolid.

Cisneros recoge el guante, y levanta, frente al ejército de los grandes, las milicias provinciales, que toman el nombre de su respectiva ciudad; ordena una pesquisa contra los bienes de los nobles, y cuando éstos se presentan á exigirle los poderes con que gobierna, les responde, señalándoles las milicias formadas bajo sus balcones:

—Mirad; esos son mis poderes, y con ellos gobernaré á Castilla hasta que vuestro amo y mío venga á tomar posesión de su reino.

Don Carlos pagó tanta lealtad y los consejos de que apartase de su lado á los flamencos que traía de Gante, su país, y cuyo número, avaricia é insolencia dañaba á los castellanos, negándose á verle, y enviándole una fría carta en que le autorizaba para retirarse á su diócesis de Toledo; carta que fué la causa de la muerte del ilustre Cisneros.

Con efecto; los nobles flamencos venden los cargos públicos y extraen la moneda, sobre todo la de oro, con tal escándalo, que el pueblo dió en cantar bajo los balcones del favorito Chievres:

«Que Dios os guarde doblón de á dos,
Que Monsiur Xebres no topó con vos.»

Don Carlos tan sólo convoca las Cortes de Aragón, Cataluña, Valencia y Castilla, para exigirles tributos y más tributos.

Elegido emperador de Alemania, por muerte de su abuelo Maximiliano, decide marchar á coronarse, y vuelve á juntar las Cortes en Santiago de Galicia, cerca de la Coruña, en cuyo puerto quería embarcarse, faltando á las leyes que exigían una ciudad en *tierra llana* de Castilla.

Protestan los diputados y le piden:

«Que corte los abusos introducidos en el reino;

Que no salga de Castilla;

Que no se vendan los cargos públicos;

Que la Inquisición sólo mire al servicio de Dios, sin oprimir á los pueblos;

Y que se administre pronta y recta justicia.»

En Villalpando, camino ya de Santiago, recibe Don Carlos á los Procuradores, *repreniéndoles por su atrevimiento*; á pesar de lo cual le siguen á Santiago, resueltos á cumplir su mandato.

Niéganse los diputados de Toledo y Salamanca al nuevo subsidio que les exigía, y son desterrados.

En la Coruña, á fuerza de *cohechos* y por un voto de mayoría, obtiene el subsidio; y Don Carlos parte para Alemania, dejando por Regente á su preceptor el cardenal Adriano de Utrecht, y por capitán general á don Antonio de Fonseca (22 de Mayo de 1520).

Herida Castilla entera; la nobleza, por el desvío con que Don Carlos la había tratado, dejando por Regente á un extranjero; el clero, por el nombramiento de un joven alemán, Guillermo de Croy, para arzobispo de Toledo; y las ciudades, por no haber visto atendidas sus quejas, empieza el levantamiento de las *Comunidades*, reuniéndose en Avila la llamada *Santa Junta*, compuesta de nobles, clérigos, diputados y populares; encargándose de la formación de un gobierno nacional, que empezó declarando nulos los poderes del cardenal Adriano y del Consejo Real.

El Consejo, para castigar á Segovia, cuyos vecinos arrastraron al Procurador Tordesillas, en castigo de haber votado en la Coruña el subsidio, faltando á las órdenes que llevaba, quiso sacar de Medina del Campo la artillería que allí había reunido Cisneros, y como sus habitantes se negaran á entregarla, el capitán general Fonseca mandó incendiar la población con todas las ricas mercaderías almacenadas para su famosa y próxima feria.

Segovia, y á su frente el regidor don Juan Bravo, prometieron vengar el desastre de Medina y lo cumplieron.

Pretende Adriano ampararse de la reina Doña Juana; pero los populares se le adelantan, y la noble señora dice al ilustre capitán de la gente de Toledo don Juan de Padilla y al valiente don Juan Bravo, después de recibirles y oír sus quejas, con gran benevolencia y agasajo:

—Mientras que yo pueda remediar eficazmente los males de que os quejáis, seguid haciendo todo lo que convenga al bien público.

Entonces, la *Santa Junta* pasó á instalarse al lado de ella, en Tordesillas; y Padilla marchó á Valladolid, cuya ciudad le recibió en triunfo.

Al saber Don Carlos que la nobleza ayuda al levantamiento, se humilla ante los que había despreciado, nombrando por gobernadores al Almirante y al Condestable de Castilla, y por capitán general al Conde de Haro.

A partir de este momento, los grandes procuran no sólo abandonar, si que traicionar á las comunidades.

Mientras la *Santa Junta* se entretiene en mandar á Don Carlos el célebre *Memorial de agravios*, consignando todas sus quejas y reclamaciones, los nuevos gobernadores levantan gentes, traen socorros de Navarra y dinero de Portugal, y Adriano rehace en Riosco el Consejo Real, al tiempo que el Conde de Haro va juntando un numeroso ejército en la villa de Melgar.

Encarcelados, sin respeto á su carácter de embajadores, los portadores del *Memorial de agravios*, en Worms, la *Santa Junta* reúne bajo sus banderas 17.000 hombres que tiene la imprudencia de poner á las órdenes del noble don Pedro Girón, quien, secretamente, entendiase con los imperiales, hasta que descubierta su traición se ve forzado á huir.



LA BATALLA DE VILLALAR

Nombrado jefe de las tropas populares don Juan de Padilla, verdadero ídolo de las comunidades, los nobles tratan de adormecerle y desprestigiarle con mentidos tratos de paz, logrando de él una tregua, que no debió concederles, después de los triunfos de los populares en Ampudia, Morujón y Torrelobatón.

Al cabo, y sabedor del aumento del ejército imperial, salió de Valladolid al frente de 7.000 peones, 500 lanzas y alguna artillería, para recoger la gente que le enviaban de Toro y Zamora, marchando el último, a fin de proteger la artillería, que iba en el centro.

El ejército imperial, al mando de Haro, compuesto de 6.000 peones y 3.000 jinetes, avisado por sus espías salió de Tordesillas, — de cuya villa había logrado apoderarse, — siguiendo a los comuneros hasta avistarlos en los campos de Villalar, pequeña villa a siete leguas de Valladolid, situada sobre un cerro en la margen izquierda del río Hornija.

Padilla mandó desplegar a los populares en línea de batalla, mas la maniobra se hizo muy difícil por estar encharcado el terreno, particularmente los sembrados, con la copiosa lluvia que desde el amanecer estaba cayendo.

Los comuneros, a quienes la lluvia azotaba de cara, cegándolos, fatigados por una jornada de siete leguas sobre un terreno lleno de lodo, trataron de ganar el pueblo, así para guarecerse como para fortificarse.

Para colmo de desdichas su artillería, *por una inicua traición*, había caído en un barranco, del que no era posible sacarla; suceso que los imperiales aprovecharon para cañonearlos primero y después para acometerlos con su caballería y aprovechándose de la confusión, desbaratarlos.

Padilla, Bravo y don Francisco Maldonado, — capitán de la gente de Salamanca, — trataron de rehacer sus huestes, logrando por un momento conseguirlo, y ayudados por los bizarros capitanes don Juan de Luna y don Juan de Figueroa pudieron rechazar a la caballería realista, *en la que iba la flor de la nobleza*, procurando conservar el paso del puente sobre el Hornija, hasta que nuevos y repetidos cañonazos de los imperiales, y la lluvia, que no paraba, aumentaron la confusión de los populares, desordenando sus filas y comenzando la huida, ellos siempre tan valerosos.

Desesperado Padilla, exclamó:

—No permita Dios que digan las mujeres de Toledo y Valladolid que traje sus hijos a morir y después me salvé huyendo... Y con cinco escuderos de su casa y al grito de *Santiago y Libertad* se entró por entre los escuadrones realistas, derribó del caballo de un bote de lanza a don Pedro de Bazán, hasta que despedazada la astilla en fuerza de repartir golpes, y acometido por un centenar de enemigos cayó del caballo, quedando prisionero de don Alonso de la Cueva a quien entregó su espada y manopla.

Don Juan Bravo, empeñado en la noble tarea de desenlazar la artillería, y don Francisco Maldonado, que procuró detener a los que huían, abandonados de los suyos, cayeron igualmente prisioneros, no queriendo huir.

Entre los perseguidores de los comuneros distinguieronse el fraile dominico Juan Hurtado, que gritaba desaforadamente: — «¡Matad a esos impíos y disolutos, eterno descanso gozará en el cielo el que destruya esa raza maldita!» y el caballero don Juan de Ulloa que cuando vió prisionero a Padilla le *azotó el rostro con su guantelete*.

El resultado de tan triste jornada fue, cien comuneros muertos, cuatrocientos heridos y mil prisioneros.

Padilla, Bravo y Maldonado, fueron conducidos a Villalar y el tribunal, compuesto del doctor Cornejo y los licenciados García Fernández y Salmerón, los sentenció a morir degollados, como así se ejecutó al siguiente día.

Las cartas de Padilla a Toledo, su ciudad natal, y a doña María Pacheco, su esposa, no pueden leerse sin derramar lágrimas y de buen grado las copiaríamos, a contar con mayor espacio.

Llegada la hora del suplicio, como en la carrera fuese gritando el prisionero:

—Esta es la justicia que manda hacer S. M. y en su nombre los gobernadores, en estos caballeros, mandándoles degollar por traidores...

—Mientes tú, y aun más quien te lo mandó decir, — exclamó altiva y fieramente Juan Bravo, — traidores no, más celosos del bien público y defensores de las libertades.

A lo cual replicó Padilla con noble entereza:

—Señor Juan Bravo, ayer fué día de pelear como caballeros; hoy lo es de morir como cristianos.

Bravo guardó silencio; pero al llegar a la plaza y ver el tablado, dijo al verdugo:

—Mátame a mí el primero, porque no vea la muerte del mejor caballero que queda en Castilla.

Y la cuchilla segó su garganta.

Llegó al cadalso Padilla y dijo al verle:

—¡Ahí estáis vos, buen caballero!...

Levantó los ojos al cielo y entregó su cuello al verdugo.

Maldonado tuvo que sufrir la inmensa pena de ver degollar a sus dos amigos, muriendo el tercero.

En Villalar no se perdieron las libertades de Castilla y sí las de España entera, pues de haber triunfado los populares en aquel día, se hubiesen afianzado las de Valencia, Mallorca, Aragón y Cataluña, que luego cayeron bajo el poder del mismo Don Carlos, de Felipe II y de Felipe V.

Sobre el rollo de Villalar fueron tasadas las cabezas de Padilla, Bravo y Maldonado, y sus restos mortales, que yacían al pie, se exhumaron de orden del gobierno en 1821, trasladándolos a la catedral de Zamora; y el 24 de Abril de 1889, se inauguró en Villalar un obelisco en memoria de los tres heroicos comuneros.

E. RODRIGUEZ-SOLIS

¡MERCEDES!

MAZURCA SALÓN
para piano



Original de
JUAN BAUTISTA ESTRADÉ

Dedicada a la distinguida señora
D^a MERCEDES GARAU DE SOLÁ

†

A la distinguida Sra. D^a Mercedes Garau de Sola.

¡MERCEDES!

MAZURKA

JUAN B^{ta} ESTRADÉ

Tiempo de Mazurka.

Introd. *p* *pp rit.* *a tempo.*

Mazurka. *p* *f* *p* *f*

The musical score is written for piano and is in 3/4 time. It begins with an introduction labeled 'Introd.' with dynamics *p*, *pp rit.*, and *a tempo.* The main section is labeled 'Mazurka.' and features a variety of musical notations including triplets, quintuplets, and slurs. Dynamics range from *p* (piano) to *f* (forte). The score is divided into four systems, each with a treble and bass staff joined by a brace. The key signature has one sharp (F#) and the time signature is 3/4.

This page contains five systems of musical notation for a piano piece. Each system consists of a treble staff and a bass staff. The key signature is one sharp (F#). The notation includes various musical elements such as chords, single notes, and slurs. Dynamic markings 'f' (forte) and 'p' (piano) are used throughout. The first system begins with a forte 'f' marking. The second system features a forte 'f' marking in the bass staff. The third system includes a piano 'p' marking in the bass staff. The fourth system contains a triplet of eighth notes in the treble staff. The fifth system also features a triplet of eighth notes in the treble staff. The notation is written in a clear, professional style typical of early 20th-century musical publications.

Fin.

f

f

f

p

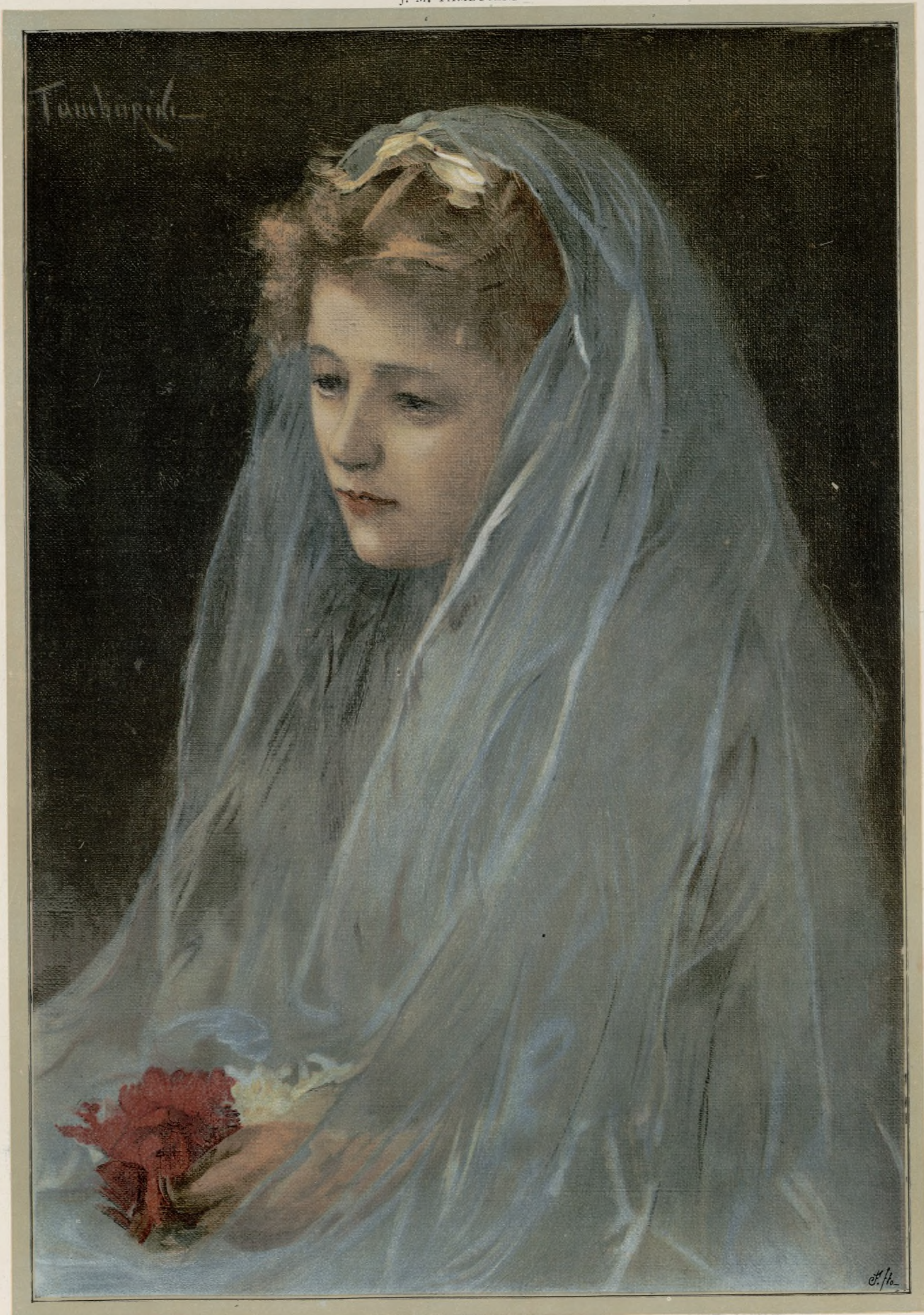
cresc.

al § hasta Fin.

p

Queda terminantemente prohibido venderla por separado.

J. M. TAMBURINI



FLORECILLA DEL CAMPO

Exposición Robira (Facud' l'era, 5, 7 y 9.)

Ayuntamiento de Madrid

ESPOSAS MODELO EN ESPAÑA

En la infancia de las Sociedades, en aquellos tiempos de la remota civilización oriental, la mujer ofrecía, para desdicha de la humanidad entera, los caracteres de la más humillante dependencia. Se la consideraba injustamente como esclava, de su propio esposo. La repugnante poligamia dominó en todos los países, hasta llegar la gloriosa era del cristianismo, en que, otorgándose al sexo débil sus justos derechos, se trocó á la sierva en compañera del hombre, y se sancionó de una manera solemne su unión con él; siendo este el cimiento de la nueva sociedad, que se alzó fuerte y robusta sobre las ruinas de la antigua. El matrimonio fué entonces la legítima y dulce consagración del amor; y la mujer, dotada de un alma noble y elevada, no olvidaba nunca que se debía toda ella á la felicidad de un solo hombre, y que la unía á él santo é indisoluble lazo; cumpliendo así los altos fines que en la tierra le están encomendados.

De aquellas amantes esposas conserva nuestra Historia sublimes ejemplos; alguno de los cuales nos proponemos narrar en este y otros sucesivos artículos.

HIMILCI

Fué ésta la digna compañera de Aníbal; de aquel hombre superior, considerado por Napoleón I como el admirable guerrero de la antigüedad. La perfecta hermosura de Himilci y la cándida pureza de su infantil sonrisa, cautivaron al gran caudillo, precisamente el día en que éste recorría la ciudad de Cástulo, recogiendo los justos laureles que en entusiasta ovación le prodigaban los castulonenses. En aquel momento, el intrépido guerrero sintió en su corazón esa gota de rocío que desciende sobre el cáliz de la vida, llamada amor. La ambición de las victorias para su patria, y la de ser dueño de aquella criatura angelical, amalgamáronse en su alma y en su espíritu; y consideró como glorioso trofeo el unir á ella su existencia. Bien pronto el indomable debelador de Roma, realizó su sueño de ventura, haciendo su esposa á la elegida de su corazón.

Himilci, la amante compañera de Aníbal, fué también una de las mujeres más amantes de su patria. Utilizaba el arma del amor en beneficio

su esposo en todos los combates, compartiendo con él los azares de la guerra; pero, Aníbal, al proyectar introducir un ejército en Italia, atravesando los Alpes, empresa gigantesca, titánica, impulsada por su odio á los romanos, no quiso exponer ni á su mujer ni á su hijo, el inocente Aspar, á los grandes peligros que debían presentársele, y decidió partir solo.

Llegó el día terrible de la despedida. Juntos se dirigen á orillas del mar. Allí está el bajel que se balancea impaciente sobre la inmensa superficie del agua, como si quisiera abreviar el triste coloquio de los amantes esposos. Aníbal se desprende de los brazos de su fiel consorte, y después de estampar amorosos besos en las mejillas del tierno infante, entra precipitadamente en la embarcación. El héroe olvida por un momento la patria, y deja que su corazón se desborde en raudales de amor y sentimiento hacia aquellos dos seres tan queridos para él.

La quilla del buque hiende la líquida inmensidad, y desaparece flotante entre los pliegues de las olas, mientras la desolada esposa, con la mirada fija en el azulado espacio, vierte lágrimas de amargura que, comprendidas de sus ojos, brillan en sus mejillas cual preciosos diamantes. Cuando las brumas del horizonte envuelven por completo la embarcación, la madre estrecha en sus brazos al pequeñuelo, y el beso maternal se confunde, en aquel rostro infantil, con el que transmite, en alas de su imaginación, á aquel hombre que la ama con el amor intenso y profundo con que saben amar los grandes héroes.

Aníbal logró realizar sus ensueños de gloria, obteniendo nuevos triunfos, al poner en práctica aquella empresa colosal en que tuvo que vencer á la naturaleza, para humillar más tarde á los romanos; pero, mientras coronaban sus sienes los laureles conquistados con tanta bravura en su heroica batalla, la espada del dolor atravesaba el corazón de Himilci. Peligraba la vida de su hijo amado. Un decreto del Senado cartaginés, impulsado por fanáticos errores, motivaba el horrible pesar de la infeliz madre. Había éste determinado, para que los Dioses protegiesen á Aníbal, ofrecer en holocausto á la voraz divinidad los niños de las más ilustres familias cartaginesas; renovando así los antiguos sacrificios á Saturno. La suerte adversa quiso que fuese uno de los designados el hijo del gran caudillo. En tan supremo instante, la madre siente en su corazón toda la fiereza de la leona herida: hierve el sentimiento materno en su pecho, como terrible oleaje al batir las inamovibles rocas; sus miembros adquieren un vigor extraordinario; y con su hijo en los brazos, se presenta ante el Senado, defendiendo heroicamente la vida del tierno niño. La energía y la elocuencia de su palabra, inspirada por el amor maternal, la sangre española que se revela en su porte imponente y conmovedor, y más que estos sublimes sentimientos del alma, su exuberante hermosura, verdadera riqueza escultural, conmovieron tanto á los senadores cartagineses, que prorrogaron el plazo, hasta consultar con Aníbal aquella tenaz resistencia.

La contestación del intrépido defensor de Cartago no se hizo esperar. « Si la sangre inocente ya vertida — dijo — no fuese suficiente para tener propicia á la divinidad, juro derramar sangre de romanos, en inmensa hecatombe, hasta saciar á Saturno de humanos sacrificios. Himilci es mi esposa, y Aspar la esperanza de la patria, por ser hijo de Aníbal. »

No había transcurrido mucho tiempo, cuando, en la batalla de Cannas, cumplió su promesa, dejando tendidos en el campo del combate cincuenta mil romanos, haciendo prisioneros á doce mil, y mandando á su patria multitud de anillos arrancados á los cadáveres; anillos que, en lugar de la sangre de su hijo, fueron repartidos en el vestíbulo del Senado cartaginés.

Regocijado el pueblo con tan gloriosos sucesos, y reconociendo el mérito de la compañera de Aníbal, en cuyo corazón se veían esmaltados los más nobles sentimientos de piedad y amor hacia sus súbditos, llevóla triunfante al templo de sus Dioses, en compañía de Aspar, que ya consideraban como sucesor del insigne guerrero.

Al ver Himilci asegurada la vida de su hijo con estas demostraciones de cariño y con los señalados triunfos de su amante esposo, su corazón regocijábale de contento, mecido por las más risueñas y halagadoras esperanzas. Lo propio sucedía á Aníbal, sólo al imaginar el feliz momento de estrecharla en su amoroso seno; pero, en vísperas de realizar tan dulce ilusión el afortunado vencedor de Roma, la muerte cruel y traidora llevóse entre sus brazos de nieve á aquella compañera tan querida y á aquel hijo en quien cifraba todas las esperanzas para el porvenir. Una terrible epidemia que invadió la Bética, arrebatóle aquellas dos vidas, dejándole en el mayor aislamiento, é inspirándole el hondo despecho que le apartó de la gloriosa senda comenzada; sin que lograran adormecer su dolor los embriagadores placeres de Capua. La terrible guadaña cortó de raíz la felicidad del héroe; mas, su nombre con sus victorias y trofeos, quedó imperecedero en la Historia, así como el de Himilci, mujer sublime: el más bello modelo de esposas y madres.

JOSEFA GUTIERREZ



de sus conciudadanos; y los magníficos impulsos de su alma bravía hallaban eco en el corazón de su esposo, quien identificado con sus nuevos hermanos, abrió caminos, construyó fuertes, limpió el país de salteadores, y edificó en las cúspides de las montañas ó á orillas de los caminos, torres que protegían á los viajeros, lo propio que á los habitantes del campo, y mantenían comunicaciones y severa vigilancia en todas nuestras comarcas.

En Himilci cifraba Aníbal todas las esperanzas de su porvenir. ¡Cómo no, si llevaba en sus entrañas al hijo deseado! Este vió la luz primera, cuando la destrucción de Sagunto; enardecido en el afortunado conquistador el natural deseo de acrecentar su fama con nuevas victorias.

Aquella mujer de alma hercúlea, por cariño, acompañaba siempre á



¡Madre mía! ¡madre amada!
Desde el día en que á no verte
me condenó de la muerte
la implacable condición;
nunca tu nombre he invocado,
en placeres ni en enojos,
sin lágrimas en los ojos
y en la mente una oración.

Hoy llego hasta el frío lecho
en que tus restos reposan;
hoy ¡madre! mis manos osan
á tu sepulcro llamar.
Perdona si tu descanso
altera mi voz impía;
mas, me falta ¡madre mía!
un modelo que copiar.

Polvo eres ya, y un solo átomo
no hallaré en tu sepultura,
de la gentil hermosura
con que el Señor te adornó.
Vano es, de entre las cenizas
que surja tu cuerpo espere;
pero el alma nunca muere,
y esa ¡madre! busco yo.

Quiero aspirar la poesía
que en tu memoria se encierra;
envía el alma á la tierra,
deja que llegue hasta mí...;
deja, aunque llanto copioso
mi pecho filial taladre,
si he de cantar á una madre,
¡que te cante, madre, á tí!

A tí, que fuiste en el suelo
iris de eterna bonanza,
dulce raudal de esperanza,
bálsamo á todo dolor.
A tí, que dejar supiste,
como una estela gloriosa,
entre mi cuna y tu fosa
todo un poema de amor.

El primero en tus entrañas
tuve albergue pasajero,
y el dolor más rudo y fiero
te hice ¡madre! conocer...;
mientras me dabas gozosa,
á trueque de tantas penas,
con la sangre de las venas
una parte de tu sér.

Débil tronco, rosal tierno;
del amor á los arrullos,
¡cuántos fragantes capullos
diste al jardín terrenall!
¡Cuán hermosos, cuán lozanos
los capullos florecieron
y sus cálices abrieron
en el materno rosál!

Ni uno solo de tus hijos
bebió en pecho mercenario
el sustento necesario
á su creciente vigor:
todos, todos encontramos,
de tus fuerzas á despecho,
savia de vida en tu pecho,
en tu regazo, calor.

Cada sér que diste al mundo
puso, hiriendo tu belleza,
una cana en tu cabeza,
trazó una arruga en tu tez:
aun recuerdo que decías,
en ellos tus ojos fijos,

«cuando la traen los hijos
bienvenida la vejez»!

Desde el instante solemne
en que alcanzó el hombre amado
todo el tesoro guardado
en tu cuerpo virginal...;
renunciaste al mundo entero,
de tu pecho en el santuario,
para subir el calvario
del cariño maternal.

Y ya se hundió en Occidente
el sol que, al darte alegría,
rosadas tintas vertía
en tu rostro encantador;
y ya surgió en el espacio
triste luna agonizante,
para bañar tu semblante
con su pálido fulgor.

Sobrado niños nosotros
para observar tu quebranto,

sin dar valor á tu llanto,
mucho te hicimos llorar;
¡mucho! labraron impíos
de tu martirio la palma,
siempre un temor en el alma,
á cada instante un pesar.

¡Cuán cariñosa y risueña
nos mostrabas, madre amada,
la virtud, engalanada
con su ropaje mejor!
¡Con qué amoroso desvelo
detenías nuestro paso,
si ignorante entraba acaso
en la senda del error!

¡Con qué inefable dulzura
se infiltraba en nuestro oído
tu rezo, en pos repetido
por nosotros á compás!
¡Cuál sellabas con un beso
esa plegaria sublime
que en el cerebro se imprime,
que no se olvida jamás!

¡Cuántas auroras te vieron
meciendo al hijo adorado
y con canto improvisado
convivándole á dormir!
¡Cuántos días, cuántas noches
te hallaron junto á su lecho,
estudiando de su pecho
el agitado latir!

Más de una vez, cuando, estéril
tu cuidadoso cariño,
los ojos del tierno niño
se iban cerrando á la luz...;
vi en los tuyos desbordarse
tanto llanto ¡madre mía!
como la Virgen María
derramó al pie de la Cruz.

Aun dentro de mí resuenan
los ayes de tu tormento
al sentir su último aliento,
al darle el postrer adiós.
Aun tu horrible pugna miro,
un cuerpo al otro abrazado,
por retenerle á tu lado
ó partir juntos los dos.

¡Qué labios sino los tuyos
besaran con embeleso
á la muerte! ¡dónde hay beso
de mayor excelsitud!
Para trazar ese cuadro
maternal, fueran infieles
de Murillo los pinceles
y de Espronceda el laúd.

Corta vida, eterna lucha;
y cuando, ¡madre querida!
no hubo ya para otra herida
lugar en tu corazón...;
la vista fija en los mismos
que tu existencia troncharon,
tus pupilas se velaron
con el último crespón.

Adiós, y perdona ¡madre!
al mirar mi desconsuelo,
si teniendo en ti el modelo
no lo he sabido copiar.
¡Cuerpo, púdrete en el fango
de la mundanal escoria:
alma, vuélvete á la gloria,
que es dónde debes estar!

SALVADOR CARRERA

NEURASTENIA

RASGO AUTOBIOGRÁFICO

Los que somos profanos en el arte de Esculapio, si no tenemos el derecho de decir barbaridades cuando de asuntos patológicos se trata, estamos, por lo menos, excusados de emplear el endemoniado tecnicismo de los doctores pedantes: podemos, pues, hablar como en familia.

Yo me permito dividir las curaciones de las enfermedades en dos clases: positivas y negativas. Llamo positivas, las que se hacen valiéndose de medicamentos; y negativas, las que se hacen no valiéndose uno de lo que le hace daño, es decir, por obra y gracia de la higiene, más claro, no tomando remedios.

Y, aunque trato en mis escritos de no exhibirme, obedeciendo en eso al método impersonal que Flaubert practicaba; como fui una vez héroe de una curación negativa, me veo en el lamentable caso de poner en escena el odioso yo...

Es la neurastenia una enfermedad tan antigua como el hombre. Desde que existen hombres, ó animales con sistema nervioso complicado, y causas que puedan determinar un desequilibrio en ese sistema, ha habido neurópatas. Esto, de puro sabido, raya en perogrullada. Pero no vayan á creer que lo digo así, á humo de pajas, es un decir: no. Lo digo, porque he leído escritos de autorzuelos que pretenden pasar por eruditos á la moderna, que hablan de «la nueva enfermedad que padece esta generación», de «el triste y lamentable mal de los intelectuales refinados á lo Verlaine, etc... En lo que sí convengo, es en que la neurastenia sea una dolencia chic, como diría Bonafoux, porque es achaque muy socorrido para darse ínfulas de modernista à outrance, y, por lo tanto, ha de figurar en lugar honorífico entre las innumerables conquistas del esnobismo...

Fuí víctima, no ha mucho, de un largo y hermoso caso neurasténico. Llevaba una vida tan desarreglada y tan á la moderna, que, más de una vez, á causa del desequilibrio orgánico en mí producido, estuve á punto de ser inducido al más aterrador de los dualismos: el manicomio ó el suicidio. Mis delitos de lesa-higiene eran cinco, nada más: beber mucho café, hasta siete copas diarias; fumar muchos cigarrillos, hasta dos paquetes de á 18 al día; beber mucha cerveza, hasta diez botellitas antes de comida; leer mucho, hasta un volumen diario; y estar enamorado, bárbaramente enamorado, como cualquier Tirsis de las églogas de antaño, ó como cualquier Ramón de las Doloras de ogaño...

Era un espectáculo que, en otro, hubiérame dado ganas de reír á carcajadas, pero que en mí no podía ser nada jubiloso; el que los nervios exhibían en el teatro de mi infeliz individualidad fisiológica. Era un infernal aquelarre, en que la sangre, el corazón, la médula espinal y la masa encefálica tenían que tomar parte, quieras que no, con *susto mayúsculo* del mísero ser humano donde la función se celebraba. Unas veces, se me iban los brujos á la cabeza, me hacían cosquillas, y sentía como si me suspendiesen por un hilo ó una cuerda, de cuyo extremo superior tirasen con fuerza misteriosa. Otras veces, un oleaje de sangre parecía que quisiese hacer estallar la laboriosa viscera de las pasiones, y, entonces, con una mano me *tapaba* el pecho del lado izquierdo, para que no se rompiese la valla de carne y hueso, y con la otra me apretaba la boca, para que al corazón no se le ocurriese escabullirse por allí. De cuando en cuando, sentía como si me clavasen un dardo finísimo en mitad del corazón, como para probarme que, á pesar de todo, vivía, puesto que sentía dolor. Ya era como un hálito de fuego traidor que me quemaba la frente, cuando menos lo esperaba, ó ya como un cosquilleo, con algo de lasitud melancólica que iba jugueteando desde el estómago, pasando rápidamente por el torax y perdiéndose allá, en las alturas, en alguna circunvolución del cerebro, tal vez... ¡Cómo me *tomaban el pelo* los malditos nervios, cuando yo estaba más descuidado!... Una vez, fué durante un almuerzo, en casa de mi ex novia; estábamos todos muy contentos, muy parlanchines, cuando, de repente, y sin darme lugar á reflexión, viniéronme unas ganas de llorar, una infinita coacción lagrimsa, tan ineludible, que tuve que salir

del comedor, gimoteando como un *nene*, y me encerré en un cuarto, á verter lágrimas á raudales... Otra vez, iba por una calle (por fortuna era de noche); cuando menos lo esperaba, se me vino hacia el pecho y hacia la cabeza, de yo no sé qué lejanías, una tropa de duendecillos invisibles, pero espeluznantes, como si fuesen los mensajeros de mi muerte próxima, algo que me obligaba á morir al galope; y yo veía la *guadaña de la muerte* afilada para mí, y tanto, que me dije desesperado: «Si llego á aquella esquina *sin morirme, estoy vivo*: me habré salvado...» Y, efectivamente, llegué, es decir, *resucité*, y, para celebrar *mi triunfo*, lancé un grito, un grito atronador de loco furioso, que asustó á una señora, amiga mía, que tomaba el fresco en una ventana, y me preguntó si me habían dado algún balazo...

Tuve que hacerme ver de un médico. Era mi situación, en verdad, desesperante. Mis amigos se lamentaban de mis *tonterías*; y á un buen anciano, que me apreciaba mucho, le oí decir: «es lástima que esté así, porque era un muchacho que prometía...»

Escogí para la consulta al doctor H. Seijas, un médico joven, muy inteligente, muy enamorado de la ciencia y amigo mío. Después de un detenido diagnóstico, me dijo con cierta gravedad: — «Tu cerebro necesita fósforo... Vas á tomar lo que te indique en la receta que extenderé...; pero lo que tú más necesitas, ante todo, es abandonar por completo, pero *por completo*, ¿entiendes?, el café, los cigarrillos, la cerveza, los libros y... el amor...»

— Podías aconsejarme más bien que me suicidara...

— Nada... fósforo para el cerebro y... mucha higiene...

Es claro; lo que era fósforo me faltaba; eso lo sabía yo, aunque lo que me quemaba la sangre algunas veces no podía ser cosa de hielo, sino algo que tenía ó debía tener relación con un fósforo... cuando se frota. Obedeci casi por completo: dejé el café, que cambié por chocolate; dejé la cerveza, que cambié por agua fresca; dejé los libros, que cambié... no recuerdo por qué cosa; casi dejé los cigarrillos, que disminuí hasta seis; y traté de dejar el amor, alejándome de *mi adorado tormento* y yéndome á admirar *niñas vestidas de verde y adornadas con jasmínes* (cafetas) en las haciendas de mi padre.

Un mes después, estaba curado. Los nervios, los brujos del organismo humano, dejaron de jugarme malas pasadas: el cerebro volvió á irradiar con su fósforo de otros tiempos; el corazón volvió á su antiguo ritmo; la sangre no se permitió ya el lujo de encenderse por nimiedades... y volví á ser todo un hombre...

Tabaco, cerveza, café, libros y amor: cinco causas distintas de neurastenia y una sola calamidad verdadera. Muchos escritores se inspiran fumando. La cerveza hace muchas veces el papel de *numen* entre los alemanes. El café inspiraba ironías y sarcasmos á Voltaire. Los libros inspiran mucho á todos los *emborronadores de cuartillas* que carecemos de originalidad; y el amor... el amor marea como el tabaco, embriaga como la cerveza, excita como el café y... enseña cosas muy tristes como muchos libros...

Esa pentarquía despótica del mundo culto, si, por separado, proporciona á veces cosas sublimes, en unión proporciona el célebre paso á lo ridículo, al que impulsa la obsesión de lo nuevo, llevada á la exageración. Más allá de ese ingente barrio latino de la bohemia *fin de siglo*, en donde se incuban á veces genios, están las *fronteras de la locura*, como en el caso de Guy de Maupassant.

Si se quiere rendir culto á esa pentarquía, y no exponerse á *carecer de fósforo*, es menester hacerlo... dosimétricamente; porque, vamos, eso de no tener fósforo, es decir, exponerse á estar á oscuras, es el *non-plus-ultra* del ridículo, en quien tenga la pretensión de poseer un cerebro que *despida luz*...

ANTONIO S. BRICEÑO

EL BUEN MOZO

CABO, señora, — dijo Santiago á Genoveva, la hermosa viuda de triste faz y figura majestuosa, — de reforzar la entrada del jardín, con doble barra de hierro. Lo mismo hice ayer, con las puertas de la granja y las ventanas del piso bajo.



— No está de más, Santiago, — exclamó Genoveva. — Todas las precauciones son pocas, tratándose de peligros tan graves.

— Son, señora — añadió el criado, — unos vecinos terribles los huéspedes del bosque. La comarca entera

está aterrorizada. ¡Se cuentan cosas espantables! Luego, nos encontramos aislados, la quinta más cercana dista lo menos una legua. En caso de sorpresa, nadie podría acudir en nuestro auxilio.

— Por eso, es necesario redoblar las precauciones y extremar la vigilancia, — repuso Genoveva. — Desde que esa horda de miserables mero-dea por estos contornos, se ha apoderado de mí una constante preocupación. Mis sueños son asaltados por horrosas pesadillas, y á cada momento se me figura ver levantarse sobre mi pecho un puñal asesino....

La puerta de la sala donde estaban Genoveva y Santiago se abrió suavemente, y un precioso niño de ojos azules y cabellos rubios apareció en su dintel, permaneciendo inmóvil un instante. Luego, cantando y riendo, se lanzó hacia Genoveva y saltó sobre sus rodillas.

Genoveva, estrechó apasionadamente el niño entre sus brazos, y le cubrió de besos. Después de aquel desahogo maternal, exclamó, reanudando su conversación con Santiago:

— ¿Dicen que el capitán de la cuadrilla es un joven tan simpático como arrogante?

— Eso cuentan los que le han visto, — respondió Santiago. — Alto y fuerte, de ojos negros y pelo ensortijado. Y por cierto, que el chico debe tener corazón de tigre, á juzgar por las atrocidades que comete. Su última víctima, ha sido un pobre arriero á quien, después de robar cuanto llevaba, colgó de un árbol. Poco antes, degolló á una anciana que volvía del monte con una carga de leña, y después de matarla, con una piedra enorme la aplastó la cabeza.

— ¡Qué horror! — murmuró Genoveva, oprimiendo nerviosamente contra su seno al niño que, con los ojos muy abiertos y las cejas fruncidas, escuchaba atentamente.



llegado á operarse en su temperamento una reacción favorable? Y de no ser así, ¿cuál sería el presidio devorador de aquella encarnación de la fiera humana, ó cuál el patíbulo cuyo tablado había sostenido su cuerpo, pletórico de vigor y de salud, arrastrado allí por la fuerza tremenda de una inconsciente predisposición al mal? Aquí Genoveva se detuvo, procurando prolongar su impresión dolorosa, y encontrando en ella una especie de consuelo acre, que la producía opresión angustiosa en el pecho y sensación de frío de aguja en las sienes. Luego, evocó la memoria de sus luchas homéricas y sus combates cruentos, para olvidar aquella pasión desastrosa, que había dejado para siempre, en el fondo de su espíritu, la estela imborrable de los ideales sin esperanza. Más allá, lanzando su memoria hacia adelante, recordó su matrimonio, por conveniencia, con el burdo pero rico propietario, padre de su hijo. Los disturbios inacabables y las sempiternas disensiones de su hogar, causados por la diferencia de educación y la incompatibilidad de caracteres, su viudez temprana y sin dolor, y su retiro y aislamiento voluntarios á aquellas soledades, donde vivía sólo consagrada al cariño de su hijo, lo único glorioso que para ella encerraba el mundo. Y mientras la tarde caía en brazos de la noche, aquella alma orgullosa, noble y honrada, gimió con el sollozo de las grandes melancolías, y volvió, sin querer, á inmergirse en el recuerdo del gran amor de su vida, en el recuerdo de Germán, el petimetre simpático y bello, que con la misma tranquilidad que echaba flores á las muchachas, saltaba, por entretenerse, con la punta de un alfiler, los ojos á las palomas...

Era la alta noche.
En la granja reinaba absoluto silencio.
No se oían, como otras veces, los breves y roncós aullidos de León, que anunciaba,

— Y apenas pasa día, sin que ese mónstruo sacie sus crueles instintos en algún desdichado; — añadió Santiago.

— Corren rumores de que van á organizarse batidas, para su captura; — dijo Genoveva.

— Me parece difícil que lo consigan, — repuso Santiago, — porque esa gente parece que tiene alas, como los gorriones. Desde hace un mes, la guardia civil los persigue, sin poder dar con ellos. Algunas veces, los ven entre los matorrales lejanos; pero, cuando llegan, ya han desaparecido. Rodean aquellos lugares, escudriñan las peñas y las zarzas, y... nada. ¡Cómo si se los hubiese tragado la tierra! No encuentran huellas ni vestigios de su paso. Al siguiente día, es seguro, un cadáver aparece en el sitio opuesto de aquel en que se les busca.

— ¿Y la cuadrilla se compone de cinco hombres? — interrogó Genoveva.

— Sí, señora, de cinco, — respondió Santiago; — pero aseguran que la mano que ejecuta es la del *Buen mozo*, como llaman al capitán. Los otros son sus espías y cómplices. ¡El que asesina es él!

En esto, el niño rompió á llorar.

— ¡Tengo miedo, mamá, tengo miedo! — gritó.

Levantóse Genoveva, procurando tranquilizarle con una lluvia de caricias, mientras Santiago se sonreía bondadosamente.

— Anda, Santiago, — dijo Genoveva; — llévale al jardín y distráele un rato. Hemos hecho mal en hablar de estas cosas delante de él. Por Dios, no dejes de cerrar tu mismo, antes de que anochezca.

— Descuide la señora, y confíe en mí, — repuso Santiago. — Con el refuerzo de las dobles barras de hierro, la entrada es imposible. Aunque saltaran la verja del jardín, se encontrarían con que la casa era un fuerte inexpugnable. Además, tenemos por centinela á *León*, enemigo que no se deja vencer fácilmente.

Santiago saludó y salió de la habitación, llevándose al niño, que continuaba llorando.

Genoveva arrastró una mecedora hasta la ventana, abrió los cristales y se sentó frente al horizonte. La tarde comenzaba á caer. Corría el mes de Marzo. La brisa perfumada que subía del parque, al rozar la frente de la viuda, la produjo una sensación deliciosa; y hundiendo la mirada en el fondo del bosque donde realizaba sus hazañas *El buen mozo*, terror de aquellos humildes campesinos, Genoveva, abstraída, sintió pasar por su alma, como un sueño, toda su historia. Su niñez dichosa y alegre, su adolescencia alumbrada por el sol del único amor de su vida, por su gran amor consagrado á Germán, aquel petimetre tan simpático y gallardo, como perverso; de elevada estatura, complexión recia, dulce sonrisa, ojos negros y pelo ensortijado, que con la misma tranquilidad que echaba flores á las muchachas, saltaba, por entretenerse, con la punta de un alfiler, los ojos á las palomas; aquél jovencuelo que también la idolatró con locura, y á quien ella, en un arranque de suprema energía, abandonó, por no poder vencer sus impulsos de criminal innato. ¿Qué sería de él? ¿Habría

ladrando, hasta el movimiento de las hojas.

Una lámpara de tenue luz, velada por una bomba de cuajado cristal, alumbraba débilmente la alcoba de Genoveva.

Esta dormía.

Junto á su lecho, en una preciosa cuna de caoba, recamada de flores, dormía el niño.

Un ligero ruido que sonó en el dormitorio, despertó á Genoveva, quien abrió los ojos y creyó por un momento sufrir la visión de Germán. Pero, al vencerse de que el que tenía en su presencia era él, él mismo, con su airoso continente, sus ojos negros y su pelo ensortijado,... lanzó un grito terrible.

El buen mozo, que, con la sonrisa en los labios y el puñal en la diestra, adelantaba con paso cauteloso hacia la cuna, volvió la cabeza, y al ver á Genoveva, verticalmente rígida sobre el lecho, con el rostro lívido y las cruzadas manos, furiosamente tendidas hacia delante, palideció de una manera intensa, dejó caer el puñal, llegó hasta el niño, que seguía durmiendo, le besó en la frente,... y desapareció como había entrado, como una sombra.

PEDRO BARRANTES



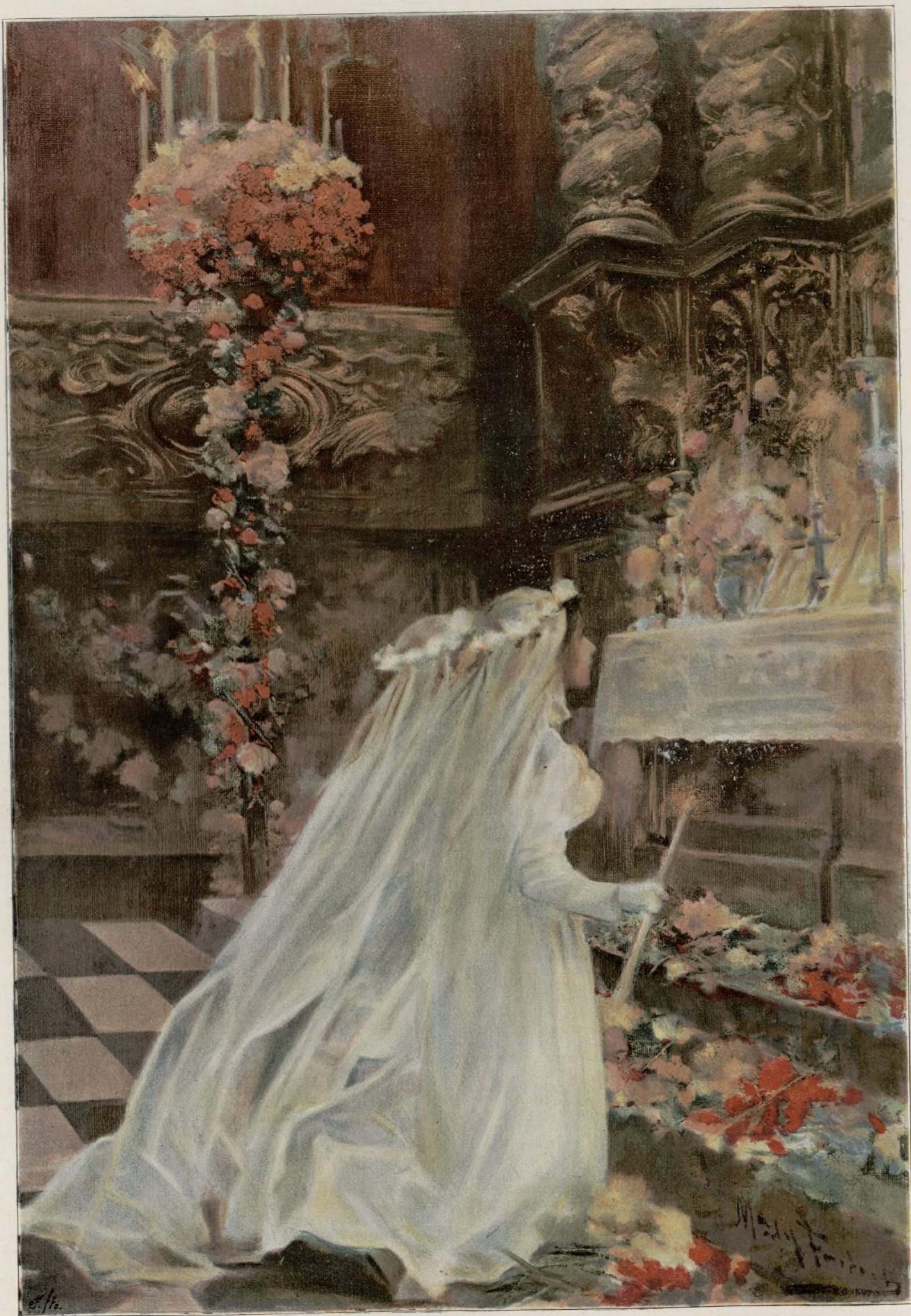
RAMON ALSINA



GALAS DE MAYO

Ayuntamiento de Madrid

A. MAS Y FONTDEVILA



LA PRIMERA COMUNION

Ayuntamiento de Madrid

BEBÉ

(Continuación).

No te extrañe encontrar manchas y borrones en estas líneas... ¡Estoy llorando, Fausta, estoy llorando!... Tal vez te asombre tanta desesperación y tanta tristeza... Para que no me tildes de loca ni de muñeca, te explicaré cómo por momentos, el nido se enfía, y mi Pepe y yo, sus moradores, enmudecemos como aves tristes ó enfermas.

Si, me privan del cariño de Pepe; sí, sí que acabarán por robármelo... ¿Quién? Su madre; una señora que sería una santa perfecta, si no fuese tan egoísta en sus sentimientos maternales. Además, esta buena señora, que me decía, abrazándome, cuando me casé con Pepe: «— Ahora tendré dos hijos», me engañó de medio á medio... Debí decirme: «— Ahora tendré dos hijos en vez de uno; dos hijos que me mimen, me cuiden, y á quienes yo imponer en todo mi voluntad. » Sí, Fausta de mi alma; aquí, sólo ella manda. Yo no soy otra cosa que la mujercita de su hijo, á la



cual puede tratar ella como á una chiquilla, sin que la chiquilla tenga derecho á ordenar la menor cosa, sin previa consulta y discusión... Haber dicho que necesitaban una hembra para recreo del señorito, y hubiéramos estado todos al cabo de la calle... No hay ninguna de nosotras que, al casarse, no haya pensado: «— ¡Qué bueno debe de ser, estar unida á un hombre á quien se ama, para el cual se vive, inventando una caricia ó una travesura nueva cada hora... El mandará, yo mandaré; entre los dos volveremos loca á la criada y luego nos volveremos locos los dos de tanto querernos y tanto reirnos... Y saltamos, saltamos, ó por lo menos, nos erguimos sobre las puntas de los piecitos, como si fuéramos á abrir las alas y volar en busca de tanto bien, con el rostro iluminado por la satisfacción y los ojos brillantes de alegría... Pues ahora, imagínate si es triste sentir que cae sobre tu cabeza, la fría losa de la autoridad de una madre, que quiere que seamos juiciosos y ahorrativos hasta el exceso y formales hasta el fastidio... ¿Soñabas correr por la casa persiguiendo

do á tu maridito como una loca, para darle un beso ó cogerle las flores que te quitó de la cabeza para enfadarte agradablemente? Pues no se corre. « ¿Qué es eso? ¿Hay chiquillos en la casa ó personas formales que constituyen una familia? » ¿Te gusta darle á tu esposo un pedacito de dulce después de morderlo tú?... ¡Imposible! Allí delante, tienes á la santa señora, que no permite esas babosidades, como ella dice, añadiendo que eso es faltar al respeto á los ancianos. En nosotros, sería falta de respeto, pero en ella es poca consideración no dejarnos solos alguna vez. ¡Solos! ¡Si los celos la devoran cuando, por fuerza, se aparta de nosotros para ir á descansar!... ¡Ay, Fausta! ¡esto es horrible! La nieve de la ancianidad, está apagando el fuego de la juventud... Hasta yo experimento el frío de la vejez... El amor, siente entumecidas sus alas; ya no aletea, ya no es travieso, ya no sonríe... Triste, sintiendo frío, aun está junto á nosotros por compromiso; pero ya lo verás, Fausta, ya lo verás: el día menos pensado, hace un esfuerzo, abre las alas... y se lo encuentran, alegre y retozón, deshojando flores y corriendo por el huerto, las inocentes niñas del colegio de Loreto.

Llevo escritos tres pliegos y estoy cansada... ¿Ves? Comunicándote mis penas, parece que se me ha aliviado un poco la cabeza... Si estuviéramos juntas... ¡y en el colegio!... Tú, tal vez encuentres exagerada mi desesperación; pero ¡si estuvieses en mi caso...! Hay tantos detalles imposibles de describir...

Adiós, mi querida Fausta... Nadie sabe que te escribo... Comprenderás que la índole de mi carta, no es para leída á Pepe ni á su madre...

Saluda en mi nombre á tu esposo, y tú recibe un abrazo muy apretadito, de tu amiga

CARLOTA.

Madrid, 20 Marzo, 90.

P. S. Si al contestarme, hablas de lo que en ésta te digo, escríbeme, por Dios, á nombre de mi doncella, que se llama Celestina Diéguez, y así, tu carta no la leerán mi suegra ni mi marido.

CARTA TERCERA.

Fausta querida: ¡Cuánto agradezco tus consuelos! ¡Qué afán tan noble descubro en tus palabras! Encontrando exagerado mi dolor, me aconsejas la resignación para esperar el día en que, sola con Pepe, pueda gozar lo que tú y tantas otras habéis gozado!... ¡Esperar!... ¿Y la juventud? ¿espera también la juventud? No, la juventud pasa, y presiento que si el corazón se enfía del todo, la vida en adelante ha de parecerme más triste, doble arida que ahora, por que no tendré dulces recuerdos que acaricien mi mente y caldeen mi corazón... ¡Una vejez sin recuerdos gratos!... ¡Qué cosa tan triste! ¿Verdad, Fausta?

Me aconsejas en tu hermosa y consoladora carta (consoladora por lo tierna), que le diga á Pepe lo mismo que á ti, y él, seguramente, sabrá poner término á mi aflictiva situación, si es cierto que me ama... ¡Ay, Fausta mía! ¿Crees que Pepe no siente lo mismo que yo, aunque no se atreva á confesármelo? Cien veces en cien noches, juntitos en el lecho, hemos abierto la bálbula del corazón, para dar salida á todo lo que en él guardamos: anhelos, nostalgias de felicidad y de paz, penas, dolores, todo, todo... ¡hasta tonterías de esas que convertimos en grandes cosas los que amamos, y que lo mismo concluyen en una explosión de besos, que en una explosión de llanto!... Entonces, mi Pepe me da la razón; estoy en lo justo; su Bebé, como él me llama también, es un ángel, su Bebé tiene derecho á ser la amita de su corazón, á reír, á cantar, á correr, á besarle siempre, siempre, siempre... Lo que dice el amigo Román, que creo haberte mencionado ya: «La juventud es la felicidad.» Bueno, pues yo soy joven y no veo la felicidad más que de once á una de la noche, y esto, cuando mi señora suegra no prepara durante el día, un eclipse total. Mi felicidad, viene á ser hermana de un Cupido lascivo, porque casi siempre se me aparece con él... Cree, Fausta, que muchas veces, me repugna mi felicidad... ¡Ay! Yo no sé si todos los hombres serán como Pepe; pero, si lo son, ignoran como él, que á la mujer joven que sueña y ama, no siempre le palpan á un mismo tiempo, el corazón y la carne... Pero, no quiero seguir ahondando en este terreno... Eso... aun sería soportable, y hasta me parece que no sucedería, si nuestra felicidad pudiera ver solita la luz del sol.

Vuelvo á la conducta de Pepe, puesto entre su madre y yo... Algunas veces le compadezco sinceramente; otras, me descorazona su falta de energía... Para que tú juzgues mejor el por qué de mi compasión y de mi pena, el de la pena de Pepe y su falta de energía, así como también sus fatales consecuencias, trataré de describirte, lo mejor que sepa y con todos sus detalles, un día cualquiera de estos que, unidos por el tedio, forman la cadena de mi vida infeliz. Verás:

La economía impone que se planche en casa toda la ropa, escepto las camisas, cuellos y puños de Pepe... Esto está muy bien y es justo, no siendo millonarios... Para algo aprendí á planchar en el colegio... Ya estoy con las manos en la ropa, cuando entra mi madre política, á buscar con cuidado una pieza que tenga algún descuido; luego, hace observaciones sobre si se echa mucho ó poco carbón en el hornillo, sobre si las planchas han de estar más ó menos calientes, y hasta sobre si cuando ella era joven, se planchaba de otro modo, con lo cual, da á entender que ella lo haría mejor... Ya siento impulsos de decirle, «pues hágalo usted, señora», cuando me ordena que la ropa de su hijo no la planche, pues la planchará ella, y como si replico hay jarana, callo y obedezco, ocultando mis lágrimas. ¿Limpias un mueble? pues ella lo limpia luego también, como si yo lo hubiera hecho mal, para decir cuando se presenta la ocasión, que ella lo hace todo. «¡Qué sería de la casa sin mí!» ¿Coloco una cosa en un sitio? pues ella lo traslada á otro, como persona del mejor gusto imaginable. ¿Digo yo blanco? pues ella dice negro... ¿Hay paciencia que baste? No es posible... Los seres somos de carne y hueso, no de piedra, y por paciencia que una tenga, se exalta... En calidad de conversación familiar, te ofrezco la siguiente de mi suegra, sumamente agradable: — «¡Las madres!» ¡Oh! Cuando yo muera (que será, seguramente, después que yo) ¡cuántas veces me ha de nombrar mi Pepito! Lo que él dirá: — ¡Como mi madre no había otra! ¡sólo para mí vivía!... Ya verás como dice eso, Carlota; yo no lo oiré, pero tú, sí... Y es lógico; no hay nadie como una madre para querer á los hijos, y los hijos, cuando son tan buenos como mi Pepe, á nadie quieren como á su madre. Naturalmente, madre no hay más que una, mujeres... mujeres hay muchas, ¡muchas!... Un buen hijo, entre la mujer ó la madre, se queda con la madre, porque ésta es antes que todo. »

Vamos, convén conmigo, querida Fausta, que hay para comerse... á besos, á esta buena señora, cuando habla así... Mujeres hay muchas, las madres son antes que todo ¿eh? ¡Mentira! ¡mentira! La mujer es antes que la madre, porque si no hubiera mujeres que amasen, las madres no existirían.

¡Fausta, Fausta! La razón se me escapa; me veo ya en los senderos de la locura de que habla Román, el amigo de mi esposo... ¡Esto es horrible!... Esta señora manda, ordena, dispone, organiza y no hay quien la ataje en sus excelentes dotes de ama de su casa... ¡Su casa!... Luego yo no estoy



en la mía; yo tengo esposo, pero no tengo hogar; estoy aquí como de limosna, no soy la madre, que lo es todo, soy la mujer que no es nada, porque hay muchas, ¡muchas! y se me puede substituir... ¿Por qué me casé, Dios mío? ¿Por qué no estoy aún en mi colegio de Loreto, soñando... ¡soñando siempre!... ¡siempre!...

CARLOTA.

Madrid, 9 Abril, 90.

CARTA CUARTA.

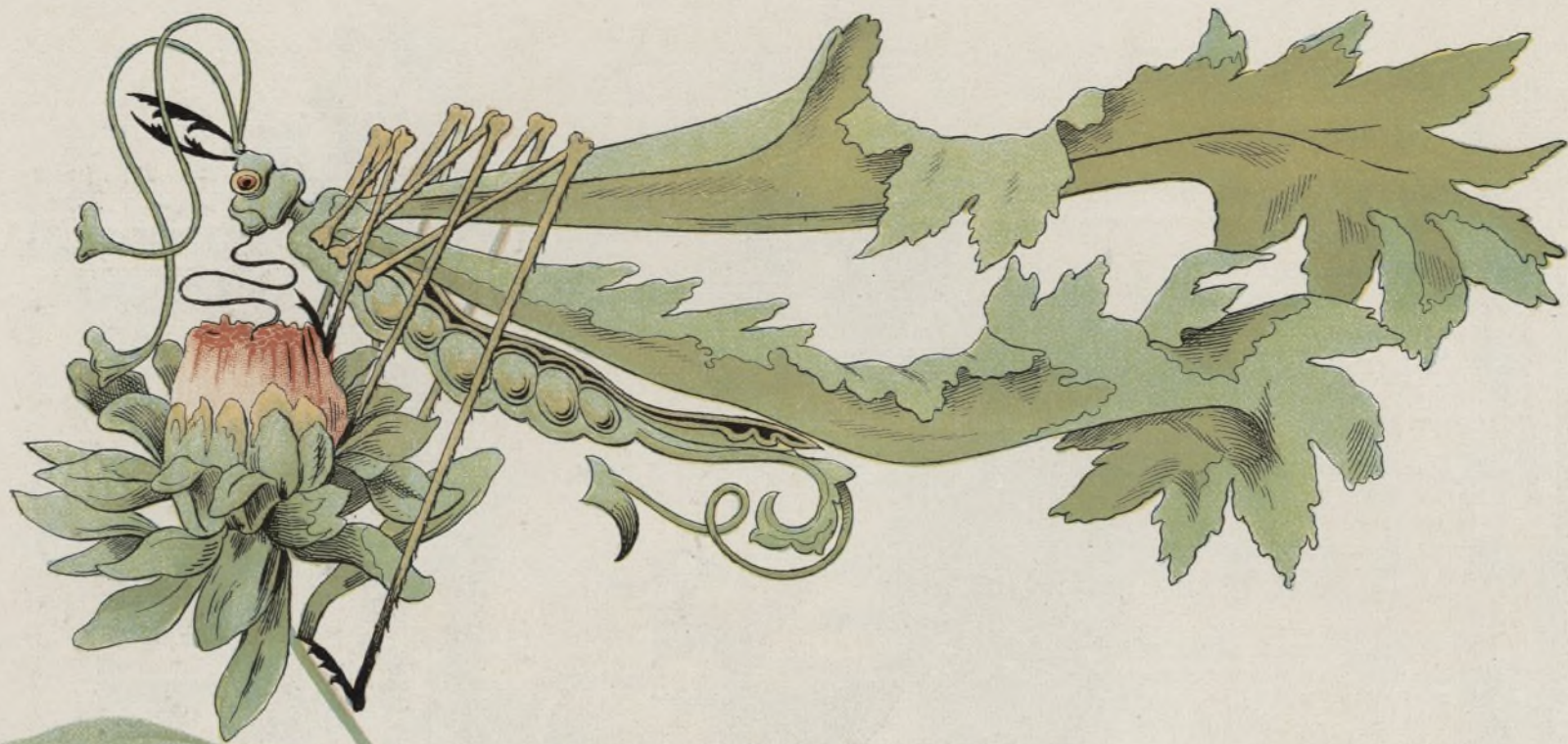
Fausta de mi alma: Tu interés me conmueve... Hace cuatro días te escribí y hoy vuelvo á tener carta tuya, manifestándome lo intranquila que estás, por faltarle á mi carta la explicación respecto á la actitud de Pepe, entre su madre y yo, y por lo brusco del final, sin un beso siquiera para ti... ¡Qué talento el tuyo! ¿Estás intranquila? No te pareces en penetración á mi suegra, que achaca mi palidez á mi temperamento, que supone vicioso... ¡Teme que muera tísico su hijo, que está como una bola y rojo como un congestionado!... ¡Oh amor maternal, cómo ciegas! Esta madre santa y diligente como ninguna, no ve que ocurre todo lo contrario de lo que ella, más que suponer asegura, mirándome con el asco que miraría al vicio en persona, mientras yo, voy creyendo, juzgando por lo que me sucede, que ser esposa y ser manceba, equivaldría á lo mismo, si no existiesen las consideraciones sociales.

¿Qué hace Pepe cuando se altera la aparente y momentánea tranquilidad de esta casa? Pues, antes se encogía de hombros, trataba de apaciguarnos, sin dar á nadie la razón, y agotaba el arsenal de frases ambiguas. Más tarde, por consejo de Román, apenas se iniciaba la discordia, cogía el sombrero y se largaba á la calle, de donde volvía malhumorado y nervioso, como hombre que ha reflexionado mucho sin provecho alguno. Pero, ahora es distinto; ahora toma parte en nuestras reyertas, y unas veces da la razón á su madre, para luego llorar conmigo, á solas en el lecho, donde cree

que me convence con sus besos que, poco á poco, son más húmedos y ardientes, lo que equivale á ser más repugnantes, y otras veces, cansado de culparme á mi, reprocha á su madre sus manías, lo cual atrae sobre mí, el odio de esta señora, que rompe en exclamaciones... — «¡Jesús, Dios mío!... ¡Mi hijo reconvenirme! ¡Ah! Y todo por esa mujer que me lo ha robado ¡me lo ha robado!» — Y rompe en sollozos y su rostro se inunda de lágrimas... Lo que entonces ocurre, no te lo puedes imaginar, querida Fausta, con todos sus violentos contrastes, aunque yo te lo describa extensamente... Pepe, que es buen hijo, demasiado buen hijo para ser buen esposo, trata de borrar con caricias el mal efecto de sus reproches, y se arrodilla ante su madre, y la besa, y le seca las lágrimas y, como reparación á ella, me dirige alguna que otra frase dura en su presencia... ¡Débil!... ¡siempre débil! Ni sus caricias á su madre son sinceras ni siente las insultantes palabras que me dirige en tales momentos. Y así va creciendo en él, una aversión sordida al hogar, que en vano trata de ocultarnos á las dos. Yo volvería con inmenso placer á mi colegio de Loreto, pero él, gustoso se alejaría de nosotras...

LUIS DE VAL

(Continuará).



LA SIEMBRA

La tierra que parecía exhausta, después de entregar á los hombres el pago de sus entrañas en forma de granos cargados de principios vitales, después de haber hecho florecer los árboles y dar vida á miríadas de insectos,... como la hembra de fecundo seno, siente de nuevo la fiebre de la encarnación. No pueden sus entrañas permanecer inactivas. La ley de vida que le fué impuesta, quiere que conciba sin tregua ni reposo. ¡Salud y honor á la gran madre! Tus hijos han arrancado las plantas anuas que mantienen su existencia, los árboles se han despojado de su vestidura pomposa, los tubérculos que nutres en lo más recóndito de tus entrañas, han visto la luz del sol que vivificaba sus hojas, y has empezado la lenta reabsorción de los tallos decapitados, de las raíces sin tronco, del ázoe que vaga libre por la región del aire. Las primeras heladas del otoño y las persistentes lluvias que sueltan las nubes saturadas de agua, han extendido sobre tu gran cuerpo, un manto obscuro y una atmósfera de indecible tristeza. Aquellos que por primera vez te contemplaran, creerían que has agotado tus fuerzas y que descansas en brazos de la muerte.

No saben tu vitalidad inagotable; ignoran que cuando pareces entregada al reposo, es cuando más vivas hablan en tu seno esas voces que no desoyes nunca, y que te llaman á una nueva concepción. No puedes permanecer estéril, madre de la vida, y no bien te sientes redimida de los dolores de la maternidad, un anhelo poderoso, un deseo incontrarrestable exige que la eterna génesis se renueve, que la perdurable creación continúe.

¡Sembrad! ¡Sembrad, sin descanso! ¡Caiga la buena semilla dentro de la entraña fecunda! Abrid los flancos de la muerta viva, y la inerte simiente, en contacto con la tierra, renovará el milagro de la fecundidad, autora de la existencia.

¡Sembrad! ¡Sembrad, sin descanso! ¡Sembrad la buena semilla! Y por cada grano que sembréis, recogeréis cien granos, y cada esfuerzo tendrá decuplicada recompensa.

No dejáis sin semilla los campos. La naturaleza no puede permanecer inactiva.

Si no la fecundabais con el trigo y con los otros granos que sirven para alimento del hombre, las alas del viento se encargarían de subsanar vuestro descuido, y las zarzas y toda clase de plantas silvestres crecerían ufanas. ¡Sembrad! No dejéis yerma la tierra. Ella misma, produciendo las plantas que podéis aprovechar, os indica que para ser útiles necesitan sus fuerzas marchar por determinado camino. ¡Sembrad! ¡Sembrad, sin descanso! ¡No os duela el esfuerzo; no penséis en el trabajo y en el cansancio que engendra! Pensad únicamente en la cosecha que ha de colmar vuestros afanes, en el premio espléndido que recibiréis por vuestro trabajo, cuando veáis rebosando la troj, fermentando el mosto en los toneles, ardiendo el tuero en el hogar, y el grano que sembrasteis, calentando vuestro estómago, dando nueva fuerza á vuestra sangre, y más generosas y amplias ideas á vuestro cerebro!

La inteligencia del hombre es un campo tan vasto y tan fecundo como los que sobre el haz de la tierra distingue vuestra mirada. ¡Muchos se disputan el derecho de sembrar los campos de la tierra! ¡Cuán pocos tienen la abnegación de sembrar en el campo más fecundo aún de la inteligencia humana!

Si abandonamos la tierra á su propia dirección, las tierras de pan llevar se convertirán en bosques y selvas. No disminuirá su poder generador; pero se enderezará á otro fin. Los bosques no son útiles al hombre, sino cuando aprovecha su madera; las plantas menudas, muchas veces se pudren en el mismo punto en que han nacido, y sólo como abono aprovechan. Hombres somos y para la sociedad vivimos. No dejemos, pues, sin cultura el espíritu de nuestros hermanos.

Así como, en el seno de la tierra vegetal, sembráis los granos de trigo, sembrad ideas en el espíritu del hombre. No os arredre el cansancio; no creáis que pueda ser ingrata vuestra labor. No penséis en la fatiga presente; imaginad la cosecha futura. Por la fecundidad que en la tierra advertís, medid la fuerza germinadora de la inteligencia. Si los organismos rudimentarios, escondidos entre materias muertas, producen las maravillas de vegetación que encantan vuestros ojos, adivinad las maravillas que un organismo tan perfecto como es una idea puede producir, en contacto con la materia rediviva que integra el cerebro del hombre!

¡Sembrad! ¡Sembrad, sin descanso! ¡Sembrad la sana doctrina, como sembráis la buena semilla! ¡Sembrad, de continuo!

Sobre la tierra virgen de las vírgenes inteligencias caiga la semilla que ha de fructificar. ¡Que la cultura acabe con el yermo de la ignorancia! ¡Que la idea despierte la ideal! ¡Que la bondad llame á la bondad, antes que el abismo llame al abismo!

¡Sembrad! ¡Sembrad sin descanso! ¡Que las palabras santas de fraternidad y de amor arraiguen en la tierra, ha tiempo estéril!

Cuando todo promete la vida, cuando todas las energías y todas las células piden el germen que se reproduce, el aura vital que fecunda la materia y las almas; suene de una vez el grito de redención, la fórmula sagrada que ha de crear nuevos organismos, ha de engendrar nuevas vidas y ha de hacer que la humanidad progrese, por la religión del amor, la santa, la que viene de lo alto, la que redime cuanto emerge del campo inmenso, tan descuidado como fecundo, de la espiritualidad humana.

¡Sembrad! Decid á nuestros hermanos que ya ha llegado la buena nueva; que ya ha terminado el reinado de las castas. Anunciad que los hombres serán hermanos de los hombres; que los favorecidos por la suerte se considerarán dichosos con poder socorrer á los que padezcan hambre ó persecuciones; que los poderosos fraternizarán con los humildes; que la justicia imperará sobre la tierra, si acaso queda un déspota que se atreva á esclavizar á uno solo de sus semejantes.

¡Sembrad! ¡Sembrad, sin tregua ni descanso! Y decid á los que duden, á los que se humillan voluntariamente, porque han pasado siglos y siglos bajo los hierros y amarrados á la argolla, que sus tribulaciones deben terminar, porque sus hermanos han reconocido que la tiranía sólo males engendra, y es cizaña y no trigo, rémora y no hélice, castigo y no premio, azote de los hombres, condenado á desaparecer desde el momento en que la ciencia ha hablado y las supersticiones callan.

¡Sembrad! ¡Sembrad, sin descanso! ¡Aun cuando la fatiga os rinda, aun cuando el trabajo os extenúe, por más que la labor persistente y continua agote vuestras energías,... sembrad, sembrad!

Por el trabajo perenne se elevan las razas; por el esfuerzo persistente, mejoran los hombres; por el estudio, son fecundas las ideas. Labra el campo el humilde, que tiene fe en las fuerzas nunca agotadas de la naturaleza. Los que sabéis y podéis, labrad, labrad, sin desmayo, en el campo más vasto y más fecundo de la inteligencia humana. Y cuando, como fruto bendito de vuestra labor, veáis que todos los hombres empuñan las armas de la paz, en vez de las homicidas armas; cuando advirtáis que la solidaridad y el amor reinan sobre el mundo;... entonces, sólo entonces, arrinconad el arado y recogeos en vuestras casas, esperando la óptima cosecha, que será vuestra obra.

Entretanto, ¡sembrad! ¡Sembrad, sin tregua ni descanso! Que no hay semilla que resulte estéril cuando cae en buen terreno, ni hay idea que no fructifique, si la razón y la fe abren el surco en que cae.

F. TOMAS Y ANDREU

UN ARGUMENTO

I

COMO rico..., ¡vaya si era rico el tal don Pancho! Al menos pasaba por ser el más rico de la capital! Y eso que ésta era de las pocas que sostenían la fama de ricas, que desde tiempo inmemorial gozaba, gracias al trabajo, ingenio y buenas costumbres de la mayoría de sus habitantes.

Las gentes desocupadas y las que no lo estaban, en sus pequeños ratos de ocio, habían calculado... que no podía calcularse el fortunón que don Pancho guardaba en su palacio, y los más enterados ó que creían estarlo más, se recreaban en amontonar, en su imaginación por supuesto, las infinitas talegas llenas de oro que aquel Creso atesoraba, y deducir después, inocentemente, las mil y pico de cosas que con todo aquello podrían hacer, suponiendo que á sus manos se viniera por arte de Birli Birloque.

Don Pancho, había llegado á ser el prototipo de la riqueza, y el término de comparación obligado siempre que de gente adinerada se trataba; su nombre gozaba de la popularidad de los reyes, y no cedería ante ellos en doblones, seguramente; era el punto de mira de toda la población, y si fuera cierto que los oídos de las personas chillan cuando estas andan en lenguas de alguien, ¡me río yo del ruido de las masas orquestales de Wagner, ante el que sufrirían de día y noche los pobres tímpanos del richacho don Pancho!

Había el bueno de mi hombre conseguido, además de su fortuna, que resultaba una bonita adquisición, fama de « tener cosas ». Realmente, después del dinero, es de lo primerito que debe procurarse quien se estime en algo, y quiera lograr un puesto superior, al de los demás mortales.

Con « cosas », un hombre puede considerarse dueño absoluto del terreno que pisa, de suerte que ¡calculen ustedes lo que podría el don Pancho de mi cuento, con cosas y dinero!

Pues podría, sencillamente, tenerlo y no gastarlo, que era lo que al parecer se había propuesto, á juzgar por el poco uso que hacía de sus metales, así se lo pidieran recoletos descalzos.

Quiero decir, que no tenía entre sus vicios el del despilfarro ni mucho menos, y que antes de sacar una peseta de su bolsillo, lo pensaba mucho, lo volvía á pensar, y con frecuencia la dejaba sin que le viera el sol, en el sitio mismo en que la tenía. Una virtud á toda prueba.



CLAVELES PARA EL BALCÓN. — Cuadro de F. SANS CASTAÑO.

¡Y que no había tenido el hombre ocasiones de ponerla en la piedra de toque! Porque ¡es claro! el desvalido, el emprendedor, el que busca la limosna, como el que quiere un consocio; todos, en fin, los necesitados de ayuda, protección, sombra ó dinero; lo primero que habían hecho siem-

pre, era pensar en el fortunón colosal de don Pancho, y á él acudieron, aun llevando en la conciencia el firme convencimiento de que de la entrevista, si la lograban, habrían de sacar, poco menos poco más, lo que el negro del sermón.



LIMOSNAS PARA LA VIRGEN. — Cuadro de F. SANS CASTAÑO.

II

Digno pendant de don Pancho, era doña Mariquita, la mujer más pizpereta, movediza, intrigantuela y amiga de hacer favores, que ha parido madre.

Figuraba en todas las asociaciones benéficas y no benéficas, en las listas de todos los abonos, en las reseñas de todos los bailes, en las mesas petitorias de todos los templos.

Como no hay función sin tarasca, podía asegurarse que no se movía la hoja en el árbol, sin que doña Mariquita tuviera en ello parte más ó menos activa. Era la mujer indispensable. Y no se crea, por lo que llevo dicho, que la tal señora fuese una arpía digna de figurar en los aquelarres de las brujas, y que su tipo reclamaba la escoba consabida, para cabalgar sobre ella, y visitar en tal forma los mochuelos de las torres y campanarios, y sorberse el aceite de las lamparillas. Nada de eso. Era una señora fina, elegante, de modales aristocráticos y vestidos primorosos, de excelente palmito y agradable conversación; argumentos todos indispensables, si bien se fijan ustedes, para lograr en una sociedad tan frívola como la nuestra, el puesto que había conquistado puede decirse que por derecho propio; haciéndose respetar y aun querer de todos, y dando ocasión justificada por su actividad, energía y talento, á que más de una vez se la aplicase aquella frase célebre de:

— ¡Es mucho hombre esta mujer!...

Pues señor, que sucedió un día lo que con frecuencia desconsoladora ocurre en el mundo: una catástrofe. Pero no se crean ustedes que una catástrofe de tres al cuarto, sino de esas que conmueven las entrañas de los adoquines, y que no podía por menos de lacerar el corazón sensible de doña Mariquita. Creo que se trataba de unas inundaciones espantosas, ó de un incendio no menos espantoso, ó... como me dice el que me proporciona estos recuerdos, *de algo parecido*.

Y... ¡allí deberían ustedes haber visto á doña Mariquita, desplegando todas sus artes, todas sus mañas, todos los poderosos medios que la sugerían sus caritativos sentimientos, para sablear al prójimo, en beneficio de los damnificados!

Durante unos días, se consagró por completo á mitigar penas, prodigar

consuelos, enjugar lágrimas. ¡Hermosa tarea! Doña Mariquita era la encarnación del ángel de la caridad, y puede asegurarse que ni comió, ni durmió, ni descansó, pensando sólo en los medios de practicar la más hermosa de las virtudes.

Organizó tómbolas, dispuso rifas, abrió suscripciones, con una decisión, un heroísmo y una buena voluntad, que no había más que pedir. Para ella — según decía, — no hubiera pedido jamás un pedazo de pan; pero para los pobres, todo á todo el mundo.

Y unos por verdadera vocación, otros por darse tonos de filántropos, muchos por complacer á una dama y el resto por quitársela de encima, es

el caso que doña Mariquita consiguió donativos de gran importancia y no poco valor, para los pobrecitos que, gracias á ella, se vieron en parte compensados de las desgracias sufridas.

Pero doña Mariquita no estaba satisfecha; necesitaba más que todo aquello, y se acordó de que había dejado en el tintero la petición obligada, al poderoso, al opulento, al incomparable don Pancho.

Y como doña Mariquita era la pólvora misma, pensada la cosa no titubeó en ponerla en práctica, antes que el relente de la noche pudiese enfriar los entusiasmos.

Y fué á verle inmediatamente.

E. ALVAREZ DUMONT



FIESTA POPULAR DE LA SANTA CRUZ, EN MADRID

Juzgo curioso relatar á los lectores la serie de argumentos, súplicas y elocuencias que la señora empleó, para conmovir el ánimo del ricacho. Le pintó con los colores más vivos, la tremenda desgracia que quería enjugar; le habló de lo poco que significan las riquezas de la tierra, ante los dones del cielo; le tocó su cuerda sensible, haciéndole comprender que hasta haría un buen negocio, puesto que Dios paga centuplicado lo que á los pobres se entrega; y no dejó tampoco, como último recurso oratorio, de soltar alguna lagrimita, ante la cual don Pancho no pudo resistir más... y haciendo un esfuerzo heroico, se levantó de su amplio sillón y se encaminó á su caja de caudales.

¡Lo que no consigue una mujer cuando llora!...

Y el poderoso, con aire de suprema é infinita protección, deslizó en la

mano enguantada de doña Mariquita, para la suscripción abierta por la misma, un billetito de veinticinco pesetas.

Doña Mariquita, al ver aquella ruindad con que se pagaba su oratoria y su llanto, se sintió por primera vez en su larga vida de dama caritativa, con ánimo de despreciar aquella limosna y arrojársela al rostro del donante. Pero su educación pudo más que sus instintos, y se limitó á decirle:

— Por Dios, don Pancho, ¿se atreve usted á darme esta mísera cantidad? Su hijo de usted siquiera se ha portado mejor, y me ha dado quinientas pesetas.

— ¡Ah! — respondió el tacaño, — es que mi hijo puede permitirse esos despilfarros, porque tiene un padre rico. ¡Y yo, no!

CARLOS OSSORIO Y GALLARDO

BARCAROLA

PARA CANTO y PIANO

MÚSICA de MIRA LEROY

POESIA CATALANA de F. CASANOVAS

TRADUCIDA

por MIRA LEROY



MP.

Andante.
con gracia.

The first system of musical notation consists of a treble staff and a bass staff. The treble staff contains a melody with eighth and sixteenth notes. The bass staff provides a harmonic accompaniment with chords and single notes. The tempo is marked 'Andante.' and the expression is 'con gracia.'

Ven a morqueágo-zar nos con vi-da nuestra
Vi na ay ma-da del a-ni-ma mi-a no per-

col canto. *p*

The second system of musical notation continues the melody and accompaniment. It includes the lyrics 'Ven a morqueágo-zar nos con vi-da nuestra' and 'Vi na ay ma-da del a-ni-ma mi-a no per-'. The piano part features a melodic line with a 'col canto.' instruction and a dynamic marking of 'p' (piano).

bar-ca con sua-ve vai-ven Por el pla-ci-do mar de la
dem de la vi-da un mo-ment Eneix mar de pe-sar ya-le-

The third system of musical notation concludes the piece. It includes the lyrics 'bar-ca con sua-ve vai-ven' and 'dem de la vi-da un mo-ment' on the left, and 'Por el pla-ci-do mar de la' and 'Eneix mar de pe-sar ya-le-' on the right. The piano part features a melodic line with a dynamic marking of 'f' (forte).

vi-da des-li-ce-mo-nos mi dul-ce bien ohe oha
gri-a eer-ca-rem la mès bo-na ed-rrent oh y oh oh y oh

p *Lento.*

co-mo van co-mo vie-nen las o-las oh-
com-se gron-xa su-au la barque-ta oh y

á tempo. *f*

e oh-a co-mo van co-mo vie-nen las o-las al com-
oh oh y oh com-se gron-xa su-au la barque-ta al com-

p

pas de mi dul-ce can-tar oh-e oh-a. Si del
pas de la me-va can-só oh y oh oh y oh. Si la

f *p* *Vivo.*

mar laa-zu-la-da lla-nu-ra fres-ca bri-sa no tur-ba ja-más en un
 mar es ben pla-na y llis-quen-ta y fres-quei-xa ab dol-su-ra'l lle-vant go-sa-

p *acelerado.* *dimi - nuen - do.* *á tempo.* *ff* *Vivo.*

sue-ño dea-mor y ven-tu-ra trans-cu-rrir nues-tra vi-da ve-rás. oh-
 rem de la vi-da som-rien-ta y en fa-rem de tot e-llaun ins-tant. oh

p *acelerado.* *dimi - nuen - do.* *á tempo.*

e oh-a nuestra vi-da se-raunpa-ra-i-so— oh-e— oh-
 yoh oh y oh com se gron-xa su-au la barque-ta— oh y oh— oh

f *p*

a yu-na pla-ya se-gu-rahalla-rá oh-e oh-
 yoh al compas de la me-va can-só oh y oh oh y

f *p*

a oh yu-na pla-ya se-gu-ra halla-rá mas si a-le-ve tor-men-taalgun
al com-pas de la me-va can-só mes si ayra-da tem-pes-taalgun

rall.

di-a Nos hun-die-ra en el fon-do del mar En tus bra-zos fe-liz mo-ri-
di-a nos-tra bar-ea ge-losa en-glo-tis ab quin gust sent ab tu mo-ri-

ri-a sial mo-rir te pu-die-se be-sar oh-e oh-
ri-a per re-viu-re en un mon mes fe-liz oh y oh oh

a oh-e oh-a
y oh oh y oh oh y oh oh y oh

Queda terminantemente prohibido venderla por separado.

JULIO BORRELL



CABEZA DE ESTUDIO

Ayuntamiento de Madrid

PATRIA Y REGIÓN

Los recientes desastres experimentados por España, en su guerra con los yankees, contribuyen de una manera dolorosa á desvanecer muchas preocupaciones que nublan los conceptos de Patria y de Región. La idea de Patria está sujeta á los cambios que modifican el imperio de las naciones.

Cuando los portugueses se emanciparon de nosotros, en tiempos de Felipe IV, dejaron de ser españoles, como han dejado de serlo desde hace poco los cubanos y los portorriqueños, y como no lo eran ya, desde que se declararon independientes, los habitantes de Venezuela, Bolivia, Méjico, Perú, Chile y los de las demás repúblicas hispano-americanas.

La idea de Región no está sujeta á cambios de esta índole. El regionalismo procede directamente de los caracteres físicos y de la naturaleza especial de cada comarca, y constituye, por tanto, el elemento más persistente en cada raza, ó, por lo menos, el más difícilmente modificable en la humanidad; por depender de la complexión fisiológica resultante de clima, tradiciones, hábitos y caracteres, que durarán cuanto dure el actual estado del planeta.

Nos criamos en una región, y, en este sentido, somos hijos del clima y del terreno en que nos cupo nacer. Por algo los castellanos del centro de España, donde el aire es seco y de poca densidad, tienen otra estructura y otras costumbres que los andaluces y los gallegos, que viven á orillas del mar, en atmósferas húmedas y densas. Por algo los habitantes de Noruega son los hombres más altos del mundo. Por algo es enorme la cavidad torácica de los indígenas de las cumbres de los Andes, obligados á respirar un aire de una rareidad extraordinaria, en altitudes sobre las que sólo se eleva el Condor.

El concepto de Estado ó de Nación, ó de Imperio, ó de régimen político de una colectividad que no se gobierna por las leyes de otra, entra por mucho en el concepto de Patria. La idea de Patria es, pues, variable con la de organización política, con la de dominio, con la de igualdad de derechos y de creencias de los individuos correspondientes á una colectividad, y no depende exclusivamente de la idea de territorio.

Por el contrario, la de regionalismo no se concibe separada de la idea de localidad.

Los materiales con que trabaja el artista son los recuerdos atesorados en su memoria, y, por esto, la literatura de los pueblos del Norte no puede ser igual á la literatura de los pueblos del Sur; que el espectáculo de la naturaleza no es el mismo hacia el Polo, mansión de las nieves y de las auroras boreales, que hacia el Ecuador, donde reinan los aguaceros, huracanes, baguños y tornados. El país que produjo la Iliada no pudo ser el que engendró los Nibelungen. El Quijote, sólo era posible donde existían los molinos de viento del campo de Montiel, las ventas, los venteros, los cuadrilleros de la Santa Hermandad, los manteadores, los yangüeses, y la demás caterva de malandrines á que da vida inmortal el inmortal Manco de Lepanto.

La región engendra costumbres, usos, aptitudes y caracteres.

Donde en invierno hiela, no pueden los techos ser planos como las deliciosas azoteas gaditanas, no abrumadas de obscuras chimeneas.

Galicia es la patria envidiable de oradores, navegantes y hombres eminentes, gloria del país. ¿Porqué no produce pintores? Por otra parte, ¿porqué Sevilla es la patria de Murillo? Cuéntase que, una vez, un poeta sevillano preguntó á una espléndida gota de rocío que descomponía los rayos de un sol naciente en los más vivos matices del arco-iris: — ¿Para qué ostentas esos colores vivísimos que no brillan ni aun en los más limpios diamantes de Golconda, si han de desaparecer dentro de breves instantes? — Para producir la intuición del colorido: para crear pintores inmortales. —

En efecto; las altas mesetas del interior, rodeadas de aire seco y enraecido, dan de la belleza impersonal de los paisajes concepto muy distinto del que sugieren las costas. ¿Qué sabe, quien no los ha visto, de los despilfarros y derroches de luces y de sombras de que hacen gala en las playas de occidente las puestas del sol? El sol, para ocultarse bajo el horizonte, desciende por una atmósfera de luz anaranjada, cuya intensidad deslumbra, y se pone entre masas inmensas de púrpura encendida y fantásticas melenas de oro derretido, junto á promontorios de una negrura incomparable. A la altura de las nubes se forman ciudades encantadoras

con torres de imposible arquitectura,

y en el cielo aparecen serpientes colosales y lagartos enormes de fauces increíbles, de uñas gigantescas, á veces misteriosamente esmaltadas de colores, acompañados de otros monstruos que abarcan en la altura extensiones de 30 y 40 grados, y que se compenetran y devoran, dando lugar á nuevos monstruos y á otras fantasmagorías insensatas!!

No cabe que el labriego que en las llanuras sembradas de trigo ve las undulaciones de las espigas, movidas por suave viento, tenga del oleaje de la mar el concepto mismo que el marinero á quien le es dado contemplar, desde la playa los estragos de la resaca enfurecida en los arrecifes y escollos de la costa. El uno, admira tranquilo, desde su heredad, en cada ola de los trigos, el viaje de una forma sin translación ninguna de substancia; pues le consta que la raíz de cada espiga está adherida al suelo. Al otro, le consta que, cuando las undulaciones de alta mar se transforman, al llegar cerca de las playas, en ondas de translación, no hay barco ninguno que pueda resistir su furia incontrastable.

Nada más justificado que el entimema de un gran dramático:

¿Españoles no sois? Pues sois valientes.

Pero, ¿qué diferencia entre el valor colectivo de los soldados de tierra adentro y el valor individual del hombre de las playas! El uno se entusiasma con los gritos de guerra y el estampido de los

cañones; mientras el otro va, frío y sereno, á tripular su bote salva-vidas, para librar de la muerte náufragos á quienes no conoce, á quienes nada debe y de quienes nada espera. El uno lanza improperios contra el enemigo; el otro no insulta sandiamente á las olas de la mar.

Todo esto engendra ideas, y crea necesidades, y da lugar á leyes, y origina costumbres,... de carácter permanente; porque permanentes son los caracteres de la naturaleza física de donde arrancan. Y he aquí porque el regionalismo existirá siempre, mientras las playas subsistan en el globo, con los valles y los montes.

En las grandes colectividades, todo es artificial, excepto el individuo y su región. Hemos dominado el archipiélago más rico del universo; pero jamás sus habitantes se llamaron españoles, sino tagalos, igorotes, visayos, etc. Hemos dominado durante cuatro siglos las islas mejores del seno mejicano; pero sus hijos se llamaron siempre cubanos y portorriqueños. Españoles eran los mejicanos, los chilenos, etc.; pero siempre se los distinguió por el nombre de sus regiones. En nuestro país, cuando hablamos de los individuos que constituyen la gran patria española, los designamos por la región en que han nacido; y así, no confundimos á los andaluces con los gallegos, ni á los castellanos con los catalanes, etc. Sólo se llaman paisanos entre sí, los naturales de una misma localidad ¡Tanto puede la idea de Región sobre la idea de Patria!

Ni aun necesaria es la idea de Patria para el concepto de grandes colectividades, como, por ejemplo, la de los judíos y la de los gitanos, designados regularmente por las comarcas de su procedencia: los judíos andaluces; los gitanos de Castilla.

Solamente lo internacional, por su carácter de cosmopolita, modifica el regionalismo, sus usos y costumbres...

Poblaciones en que antes se dedicaba la noche entera al sueño y al reposo, se ponen en movimiento, actualmente, si la locomotora funciona allí antes del día.

El metro, el litro y el franco, han relegado al olvido la vara de medir, la azumbre, el peso duro y la onza de oro; porque el sistema métrico decimal ha uniformado los pesos y medidas de los pueblos que marchan á la cabeza de la civilización.

Los barcos de todas las naciones se hablan en la mar por el mismo código cosmopolita de banderas.

Los correos no obedecen á las exigencias locales, sino que están sometidos al régimen de la unión postal.

El telégrafo no distingue el día de la noche ni conoce fronteras.

El habitante de París se viste como el de Berlín, ó el de Londres, ó el de Nueva-York, ó el de Chile; y por eso, van desapareciendo los trajes regionales: el vestido de majo andaluz, el charro salamanquino, la barretina catalana, la boina vascongada...

La idea de Patria cede á la de cosmopolitismo, porque todos queremos ser ciudadanos del mundo, y que los pueblos se den en paz las manos.

Y día llegará en que sólo existan derechos individuales y derechos regionales, cuando se avencinen los tiempos de fraternidad universal ¡FRATERNIDAD UNIVERSAL!!

Indudablemente, quien tal oiga calificará de utópica semejante aseveración. Pero al paso que va el mundo, debemos tener esperanza en la paz universal. La guerra es muy cara, é impropia del eminente estado de la civilización moderna; y cada día serán menos las naciones conquistadoras. Un invento que supere en poder de destrucción á todas las armas actuales hará imposible la guerra. Y, escarmentados los pueblos explotadores y tiránicos, no sembrarán más restricciones para cosechar insurrección.

Nosotros no lo veremos con nuestros ojos; pero ya lo hemos visto en la intuición especulativa.

Así ve el inventor máquinas que el mundo no ha visto todavía.

Así muestra al pintor la imaginación creadora el cuadro aun no pintado.

Así crea el poeta concepciones inmortales;

Así, en fin, escucha el músico cascadas de armonías, antes de electrizar á sus oyentes.

E. BENOT





Excmo. Sr. D. José Gómez Imaz; *Marina*.
 Excmo. Sr. D. Eduardo Dato Iradier; *Gobernación*.
 Excmo. Sr. Marqués de Pidal; *Fomento*.
 Excmo. Sr. D. Francisco Silvela; *Presidencia y Estado*.
 Excmo. Sr. D. Raimundo Fernández Villaverde; *Hacienda*.
 Excmo. Sr. D. Camilo Polavieja; *Guerra*.
 Excmo. Sr. D. Manuel Durán y Bas; *Gracia y Justicia*.
 (Fotografías de Huertas, Debas, Vinda de Anaya, Napóles y Otero.)

LA MANO NEGRA

A bordo del *Canopus*, uno de los mejores buques de la Compañía Cunard, hice la travesía de Hull á Río de Janeiro. Todo marchó á pedir de boca durante los primeros días del viaje, que fué rápido. Pero cuando estábamos casi á la vista de las costas brasileñas, una violenta tempestad estorbó la marcha regular del buque. Olas enormes se estrella-



ban con tal ímpetu sobre los costados y embarcaban tal cantidad de agua, que á pesar de las buenas condiciones del *Canopus*, y de que resistía gallardamente los golpes de mar, el capitán se vió obligado á variar de rumbo, poniendo proa al Sur, lo cual nos alejaba de Río de Janeiro, pero permitía sortear con menos riesgo el temporal. En aquellas latitudes son tremendas las tempestades, y la que corríamos era tan furiosa, que después de diez horas el buque perdió casi por completo el gobierno y fué preciso, de la mejor manera que se pudo, hacer rumbo á un puerto de escasa importancia, que nos ofrecía seguro refugio. He aquí porque, en vez de desembarcar en Río de Janeiro, lo hicimos en San Paulo do Río.

El *Canopus*, necesitaba hacer reparaciones para llegar al punto de su destino. El timón y la hélice estaban muy estropeados. Preciso nos fué, por lo tanto, desembarcar. La parada forzosa duraría, según se nos dijo, unas treinta horas, suponiendo que la tempestad amainara porque sino la espera sería más larga.

A las ocho de la mañana desembarcamos y, como era natural, buscamos los pasajeros un alojamiento en la villa. Esta, que tiene apenas unos ocho mil habitantes, dedicados en su mayoría á la agricultura, no cuenta sino dos posadas. Ni una ni otra, ofrecen grandes comodidades al viajero, ni son modelo de limpieza ni escuela de Vatel's neolatinos; pero como no podíamos mostrarnos exigentes, forzoso nos fué apechugar con lo único que había. Así me instalé en *O Lion d'ouro*.

El calor que se sentía en aquella población mal orientada, circunvalada de montañas por todas partes, era insoportable. Las calles, sin afirmado alguno, estaban cubiertas de una tierra rojiza, arcillosa, de la que á duras penas podía arrancarse las botas. Las casas, de un solo piso tenían un vano de más de medio metro entre las paredes y la techadumbre, á fin de que pudiera circular libremente un aire que nosotros no sentíamos en ninguna parte; pero de cuya existencia certificaban los naturales. El sol caía casi á plomo, y entretenerse en recorrer las calles, equivalía á correr en pos de una insolación segura. Quedéme, pues, en la posada y después de comer gran cantidad de carne y algunos frutos del país, limas y plátanos, indiqué al hostelero que me designara habitación para poder lavarme y echar una siesta. Díjome que las pocas que tenía estaban ocupadas y que no podía darme una para mí solo. Insistí en mi demanda, recordando que en el cinto llevaba cuatrocientas libras esterlinas, y después de mucho rogar, conseguí que me diera un cuarto que estaba junto al tejado, el más fresco de la casa, según me dijeron. Subí á él. Tendría unos cuatro metros de largo por tres de ancho. Un biombo, escasamente más alto que un hombre, lo separaba de una pieza contigua. Una ventana enrejada daba á una galería que rodeaba toda la casa, especie de verandah por donde podían pasearse otros huéspedes cuyos cuartos, en vez de una reja tenían una puerta que daba á la tal galería.

Por un exceso de precaución miré por sobre el biombo. El cuarto del lado no tenía cama. Había una porción de trastos viejos y un rimero de paja de maíz. Estaría, pues, solo como había deseado.

Me lavé y luego, aligerándome de ropa, me eché en la cama. La fatiga de las últimas horas de navegación, el insufrible calor y la costumbre de echar la siesta hicieron que durmiera buen rato. Al despertar, bajé al comedor, conversé con varios compañeros de viaje, pasaron las horas, obscureció, comí y de nuevo me encaramé á mi habitación. Unos momentos hacía que estaba en ella, cuando en la del lado oí la respiración pesada de una persona dormida. Miré por sobre el biombo y encima del montón de paja de maíz, distinguí perfectamente un negrazo que dormía como un bienaventurado. Aquello no entraba en mis cálculos. Temeroso

por mis relucientes esterlinas, bajé al comedor y dije al huésped, que no me gustaba el que tenía biombo de por medio, y que me haría un señalado favor enviándole á otra parte. Amo y camareros se rieron de mi aprensión, y me aseguraron que era el moreno el hombre más honrado de San Paulo do Río, y que podía dormir á pierna suelta sin temor á nada ni á nadie. Contrariado y no convencido, encerréme de nuevo. Por lo que pudiera tronar, dejé un excelente Smith de nueve milímetros al alcance de mi mano sobre el comodín, una caja de cerillas junto á la vela y me propuse, además, como segura precaución, no dormir en toda la noche. Como el calor era sofocante, cambié de posición la cama, poniendo la cabecera junto á la ventana y el comodín cerca la cabecera, y mirando las estrellas y atrapando á cada punto bichos de diversas clases y tamaños, todos cargantes y hambrientos, me dispuse á pasar la noche de claro en claro, arrullado por el rítmico ronquido del negro.

Pero el hombre propone y Dios dispone. Al cabo de media hora escasa de sudar el quilo, de perseguir insectos y de mirar á las estrellas, sino me dormí, precisamente debió de faltarle muy poco.

Sumido estaba en profundo sopor, cuando de repente sentí una mano sobre mi rostro. Pegué un salto, empuñé el revólver, me cercioré de que el cinto estaba en su sitio y encendí la vela. Todo continuaba tranquilo. La puerta no se había abierto y el negro dormía sobre la paja, destacándose perfectamente su oscura masa del color pajizo de su cama, y parecía que no se hubiese interrumpido el ritmo de su respiración pausada. Pero, á pesar de que nada justificaba mi alarma, no me cabía ninguna duda de que una mano había tocado mi cara. Es más. Aun cuando estaba dormitando al sentir el contacto, tenía la seguridad de que aquella mano tenía algo extraño é insólito, que su contacto me produjo una impresión jamás sentida. Me parecía que me había tocado una mano de niño; pero muy velluda, muy áspera. Y que me había tocado con suavidad, como para acariciarme; pero con una torpeza y de un modo que no podía hacer una mano humana.

Me vestí y bajé de nuevo al comedor, donde aun quedaban algunos trasnocchadores. Me quejé al hostelero de lo que me había ocurrido y le exigí otro cuarto.

El digno portugués se echó á reir cuando le conté mi aventura, y lo propio hicieron los demás huéspedes. En cuanto á mudar de habitación era imposible de todo punto. Indignado de que me tacharan de visionario y de que me calificaran de cobarde, subí de nuevo al embrujado cuarto.

Con la vela encendida, estuve largo rato sin que nada de particular ocurriera; pero viendo que se iba á consumir por entero y que no tenía otra de repuesto, me decidí á quedarme á oscuras, firmemente convencido de que no dormiría poco ni mucho.

Mas al cabo de un rato, volvió el invencible sopor á apoderarse de mí, á pesar de mi inquietud, y otra vez quedé amodorrado.

Así, entre dormido y despierto, me pareció ver de repente que una mano negra y vellosa, penetrando por la ventana enrejada, se dirigía hacia mi rostro. La ví como se aproximaba poco á poco, con precaución infinita; sentí como tocaba mi frente y experimenté una sensación de repugnancia y de terror tan grandes, que desperté del todo. Pero, al hacerlo, rápida y firme mi mano, atrapó aquel apéndice monstruoso y lo aprisionó como unas tenazas. La mano negra pugnaba por escapar, y al mismo tiempo, la criatura á quien pertenecía lanzaba unos chillidos tan estridentes, tan antihumanos, tan espeluznantes que, horrorizado, loco de terror y angustia, abandoné mi presa y saltando de la cama, encendí la luz.

Aquella vez no me cabía duda alguna, no era una ilusión de los mal despiertos sentidos. Una mano me había tocado, una mano negra, asquerosa, pequeña, cubierta de pelo.

Quise saber á punto fijo cual era el trasto que turbaba mi sueño.



Revólver en mano, salí al corredor y penetre en la galería. Una sombra desapareció con increíble ligereza, al asomar yo por la puerta. Doblé el ángulo y, plantada bravamente en mitad de la galería, negra, entregándose á una gesticulación desordenada, desafiándome con el ademán y con los ojos, y esgrimiendo en todas direcciones aquella mano espeluznante, estaba una mona de gran tamaño.

Me eché á reir. Volví al cuarto. Aparté la cama de la ventana,

dormí sin sobresalto alguno; pero al día siguiente al despertar, pegada á los barrotes de la reja vi la cara estrafalaria de mi nocturna amiga, y la mano que tantos terrores me produjera que se movía haciéndome amistosos signos.

Tal es en pocas palabras explicada la aventura de la *mano negra*, que me ocurrió en mi viaje en el *Canopus* desde Hull á Río de Janeiro.

A. RIERA

D. JOSÉ FERRER-VIDAL Y SOLER

ESENCIALMENTE española esta revista, viénense desde el primer número engalanando sus columnas con retratos y biografías de personajes conspicuos, honra y prez de la gran familia hispana, rica como pocas en caracteres dignos de todo respeto y emulación.

Tócale hoy el turno al señor don José Ferrer-Vidal y Soler, figura la más saliente, acaso, de la política contemporánea en nuestra provincia.

Al emprender la muy honrosa tarea de ocuparnos en su alta personalidad, debemos hacer constar, que no sólo ha sostenido el nombre de su padre, adalid ilustre de la industria catalana, sino que lo ha enaltecido con hechos propios. Nacido en la pintoresca población de Villanueva y Geltrú, allí pasó su infancia y estudió las primeras letras. Trasladado á esta capital con su familia, cursó en nuestra Universidad, pasando luego al extranjero hasta los 21 años, revelándose desde un principio su afición á las Bellas Artes aplicadas á la industria, y luego su competencia, en varios artículos que, sobre la materia, publicó en distintos periódicos.

Constante en sus estudios, y probadas sus aptitudes y aficiones, la Junta organizadora de la Exposición Regional de Villanueva y Geltrú, en 1880, le nombró uno de sus vocales, encargando á su actividad é inteligencia las instalaciones de Bellas Artes; siendo después elegido presidente del Jurado Calificador.

Cuando la creación de la Biblioteca-Museo-Balaguer, figuró en la Junta Directiva, de la que al poco tiempo fué elegido vicepresidente; mereciendo por sus extraordinarios trabajos y cuantiosas dádivas, que la expresada Junta acordara inscribir su nombre en letras de oro, en el atrio del edificio que ocupa dicho Instituto.

Desde mozo, había dado á conocer el señor Ferrer-Vidal, además de su clara inteligencia, los sentimientos humanitarios y filantrópicos que en la actualidad le caracterizan. Durante 14 años, ha sido vicepresidente de la Junta de la Casa de Amparo de Villanueva, y Vocal honorario de la del Hospital de Caridad, mereciendo también se inscribiera su nombre sobre mármol, en la Sala de Juntas de ambos establecimientos benéficos. Llevado de su amor á la patria chica, y para evitar en lo posible la mortandad que alarmaba á sus paisanos, dotó á Villanueva de la primera estufa desinfectante y pulverizadores que funcionaron en Cataluña. Aquel Ayuntamiento demostró su gratitud al generoso donante, tributándole igual honor en el Salón de Sesiones públicas.

En Barcelona, la Escuela de Artes y Oficios y el Ateneo Obrero, tienen muchísimos motivos para estarle agradecidos, como en efecto lo están, particularmente el último; pues, atento á la ilustración de los obreros, costeó el viaje y estancia en París, durante la última Exposición Universal, á los socios más aplicados, á fin de que en aquel gran certamen pudiesen estudiar los adelantos de la industria y de las artes.

En la Exposición Universal de Barcelona de 1888, formó parte del Jurado de Arqueología, como individuo de la Asociación Arqueológica Barcelonesa. Por la eficacia de su cooperación en el mismo, y las conferencias que á la sazón dió en el Ateneo Barcelonés y en el Fomento del Trabajo Nacional, fué nombrado individuo de la Academia de San Fernando. En el Real Conservatorio de música de doña Isabel II, se hizo sentir asimismo su celo y actividad, durante el tiempo en que fué su vicepresidente; debiéndose á su iniciativa la creación de la clase para coros.

En la Casa provincial de Caridad, de cuya Junta formó parte, siendo reelegido en diferentes ocasiones, dedicó toda su actividad no sólo al fomento de la Industria, creando diferentes talleres para el aprendizaje de los asilados, sino también á la organización de la banda de música, que tanto renombre ha alcanzado.

Pertenece á la mayoría de las asociaciones benéficas, industriales y artísticas de la capital, habiendo desempeñado en todas ellas cargos honoríficos, y figura como socio de mérito en la Academia de Higiene de Cataluña; no habiendo admitido la gran cruz de beneficencia con que quiso agraciarse don Francisco de P. Rius y Taulet, por no creer que poseía méritos bastantes para ello.

Con motivo de la visita del Ayuntamiento de Génova á nuestra ciudad, se otorgó á Ferrer-Vidal una condecoración italiana, que él debe tener en gran estima; pues en el extranjero no suelen concederse con la prodigalidad que en nuestro país se conceden.

Además de los numerosos artículos que sobre beneficencia, industria y artes ha publicado en los periódicos de esta ciudad, es autor de varios folletos; entre los cuales merecen citarse: «El Arte como perfeccionamiento de la Industria», «El Arte en la Beneficencia», «La Arqueología en la Exposición», «Memoria sobre la Casa de Caridad», «Un buen ejemplo», «La Arqueología y la Industria», etc., etc.

En 1891 salió Diputado á Cortes por Villanueva y Geltrú, siendo reelegido en 1893; en cuya fecha se le arrebató el acta á mano airada, ó poco menos. Sin embargo,

el Congreso le hizo justicia proclamándole en 1895, por 140 votos contra 3; después de haber defendido su derecho, con gran energía é irrebatibles argumentos, el hoy Ministro de la Gobernación, Excmo. señor don Eduardo Dato. Durante los años en que el señor Ferrer-Vidal y Soler representó el mencionado distrito, fueron muchas las poblaciones que tocaron inmensos beneficios. Construyó á sus expensas un puente de hierro sobre la riera de San Pedro de Ribas; contribuyó á las obras de la Casa Consistorial y de las Escuelas públicas; y por todo ello y mucho más que sería prolijo enumerar, concediósele un diploma de gratitud, y la legítima satisfacción de que una de las más importantes calles de la villa lleve su nombre. San Clemente de Llobregat le nombró hijo adoptivo. La nueva Iglesia de Corbera, débele el vigoroso impulso que contribuyó á su edificación. Los Pescadors, sociedad coral de Villanueva, imitando el ejemplo de otras, le nombró socio honorario.

Pocos años hace que apareció en el campo político nuestro biografiado; y si, en tan corto lapso de tiempo, ha alcanzado la importancia de que hoy goza, débese sin duda á su caballerosidad, energía, lealtad y constancia; así como á la saña cruel con que le ha tratado, desde 1896, el caciquismo provincial.

El Diputado á Cortes por Villanueva, siguió á don Francisco Silvela cuando éste se separó del señor Cánovas del Castillo, y desde entonces, hasta que subió al poder el ilustre hombre de Estado que hoy preside los destinos de la nación, sufrió él y sus amigos la persecución más despiadada, por parte de los que se habían titulado

sus correligionarios. No obstante, firme en su propósito, organizó en la provincia de Barcelona el partido silvelista, con la denominación de «Partido conservador-liberal-independiente»; creó el círculo de este nombre, hoy «Unión conservadora»; y formó, en las poblaciones importantes de la provincia, comités que reconocieron la Jefatura del señor Silvela, no cuando la proximidad al poder sirve de poderoso estímulo, sino cuando á los partidarios del hoy Presidente del Consejo de Ministros se les negaba el agua y el fuego.

De tal modo encarnaron en el señor Ferrer-Vidal los principios regeneradores sustentados en el programa del señor Silvela, que no hubo obstáculo que le arredrase, ni energía y actividad que no empleara para la consecución de tan nobles fines.

Si ha obtenido lo que se proponía, díganlo por nosotros la altitud y prestigios alcanzados por el partido que en la provincia acaudilla, con tanto acierto, y la respetabilidad que á su nombre rodea.

Dejando al señor Ferrer-Vidal en su círculo ó en su despacho político, busquémosle de nuevo en su ambiente propio: en el de la beneficencia.

En 12 de Agosto de 1898, la Asamblea Suprema de la Cruz Roja, alarmada ante las graves circunstancias por que atravesaba la Comisión provincial de tan importante organismo benéfico en Barcelona, estimó necesari-

rio introducir en ella enérgicas y radicales reformas; fijándose al efecto en don José Ferrer-Vidal y Soler, á quien nombró su delegado especial: invistiéndole de omnímodas facultades para la reorganización de la Cruz Roja en esta capital. Y tan satisfecha ha quedado dicha Suprema Asamblea, que le ha otorgado la gran placa de honor y mérito, autorizada por R. O. de 20 de Junio de 1876, para premiar los servicios extraordinarios.

Barcelona entera ha visto al señor Ferrer-Vidal, desafiando las frías mañanas de invierno, los vientos y las lluvias, impávido en el puerto, deseoso de ser el primero en auxiliar y consolar á los pobres soldados que regresaban de Cuba y Filipinas casi cadáveres; no desdeñándose de servirles, por su propia mano, la taza de caldo ó la copa de vino que devolverles debía las agotadas fuerzas.

Los repatriados, espectros de aquella lozana juventud que antaño vimos partir, restos de nuestro bravo y sufrido ejército, al abandonar la cubierta del trasatlántico que los reintegraba al suelo patrio, y poner en éste su vacilante pie, encontraban al señor Ferrer-Vidal y á los suyos, que les cuidaban con cariñosa solicitud, afanándose por procurar á los pobres enfermos todas las comodidades posibles. Atento en particular á la solución de este humanitario problema, ha realizado preciosos inventos, que, una vez comprobada su eficacia, se ha apresurado á llevar á la práctica; regalando al efecto un utilísimo coche para la Ambulancia de la Asociación, que los barceloneses poco há tuvieron ocasión de admirar. Cuando de una obra generosa se trata, nada le detiene; así le vemos costear, día tras día, aparatos de gran precio, sostener á sus expensas benéficos asilos y hacer limosnas á granel.

Conforme hemos dicho antes, en España no escasean los caracteres notables; pero, debemos reconocer imparcialmente, que raras veces se encuentran reunidas en un solo individuo las relevantes condiciones que determinan la por todos conceptos simpática figura de don José Ferrer-Vidal y Soler.

ANTONIO ASTORT





PAISAJE



VISITA ESPERADA

BEBÉ

(Continuación).

Resumen: nadie es feliz; Pepe, porque se encuentra como el que equivoca un sendero, y en vez de internarse entre rosales se mete en un zarzal, donde se pincha gire hacia donde gire, en vez de sentir en su rostro la fresca caricia de las rosas y el suave perfume que de ellas se exhala; yo, porque veo morir mi juventud como mariposa prisionera bajo una copa, y esta bendita madre, porque el egoísmo de su amor y su voluntad siempre virgen, no se quieren doblegar á las exigencias del estado de su hijo. ¿Te haces cargo de la situación? ¿Crees que tendrá fin? Sólo uno lógico y razonable podría haber: que este hogar se dividiese en dos; pero ni Pepe podría atender á tanto gasto, ni su madre se conformaría (como ya previsoriamente advierte) á vivir sin estar á todas horas con su hijo. Además, cree Pepe, que tal separación redundaría en descrédito suyo... «Es un mal hijo... No ha sabido imponer á su esposa el respeto que merece una madre» asegura que dirían todos... ¡Una madre!... Sí, sí, ¡debe de ser muy hermoso tener madre! Yo no conocí á la mía; pero no creo que si la tuviera, fuese tan torpe que matase mi felicidad, como esta señora mata la de su hijo y, con ella, la de todos.

Ya ves que mis males no tienen remedio, mi amada Fausta... ¡Cómo ha de ser! Poco á poco, voy perdiendo la voluntad; ya no acaricio ensueños, ya no tengo vanidades ni aun para agradar á Pepe, ya mis labios están siempre silenciosos: ni rien ni se quejan. Me voy petrificando... Mejor. No sé dónde, lei que la insensibilidad es la dicha mayor de los desgraciados... Pues venga esa dicha; cualquiera es buena cuando no se tiene ninguna. Además, de este modo, también serán felices ellos.

La causa de haberte enviado la carta anterior sin despedida, fué que me dió un síncope, al llegar al punto en que quedó interrumpida... Al reponerme, la escondí para que nadie la viese y, no teniendo ocasión de acabarla y deseando que tuvieses noticias mías cuanto antes, la firmé y eché al correo tal como estaba... ¡Besos para ti!... Todos los que quieras, Fausta... ¡Lástima que estés tan lejos! ¡Cuánto me consolarías si estuvieses aquí! ¿verdad? Adiós... Tu Bebé, besa esta carta; bésala tú también aquí, en el sitio donde estas palabras escribo, y nuestros besos se unirán, ya que no pueden unirse nuestros labios como en otros tiempos.

Te quiere con toda su alma, tu pobre amiga

CARLOTA.

Madrid, 14 Abril, 90.

CARTA QUINTA.

Mi buena Fausta; como ves, cumplo tu deseo escribiéndote con frecuencia, y eso que poco nuevo puedo decirte; es decir, sí: he estado enferma unos días... Como á Pepe, por la noche... ya sabes... de once á una le desvelaba el amor, había de sufrirle y siempre eran las tres de la madrugada cuando me dormía; y como su madre llenábame de inconveniencias si no estaba en pie á las seis de la mañana, para dar las primeras órdenes á la sirvienta (Pepe se levanta á las doce), levantábame con solamente tres horas de descanso... Esto, que ya duraba mucho tiempo, alteró de tal modo mi sistema nervioso, que todo se me caía de las manos. Al fin, me caí yo. Pero, á Dios gracias, ya estoy buena y el caso no creo que vuelva á repetirse, porque Pepe, que durante mi enfermedad salió á distraerse por la noche con los amigos, le ha tomado afición al trasnochar y vuelve á casa á las dos de la mañana... y no me molesta... Yo me acuesto á las diez y me levanto á las seis, con lo cual voy engordando un poquito. Ya sabes que en el colegio, me dejaban dormir una hora más de lo reglamentario, por orden facultativa. Ahora estoy más contenta, y gracias á mi falta de voluntad para todo, va imperando la paz... Mis únicas venturas, son dormir y escuchar los chascarrillos que Román suele referirnos con su gracia inagotable. Fué lo primero en que estuvimos de acuerdo la madre de Pepe y yo: en que Román, es muy gracioso, muy listo y muy elegante... Me gustaría que le conocieses, porque tú, que siempre te distinguiste entre todas las compañeras de colegio por tus aficiones literarias, pasarías deliciosos ratos oyéndole recitar sus versos... Escribe en los semanarios, es redactor de un periódico y, con todo eso, gana más que Pepe, quien no he de ocultarte que descuida sus asuntos de un modo deplorable. Algunos días, la criada tiene que comprar al fiado; otros, Román nos hace un préstamo de dos ó tres duros; en fin, vamos viviendo como Dios ó mi señor marido quieren... A mí ya me es indiferente todo.

Si despedimos á la criada por no poderle pagar, ya te avisaré á donde tienes que dirigirme tus cartas.

Como ves, las noticias que te doy, si no son buenas, tampoco son graves... Prefiero esto á mi luna de miel... ¿Será porque, como me dijo mi amigo Román, un día en que, casualmente, estábamos solos, se han helado mis sentimientos? Tal vez; porque si he de confesarte la verdad, aun suspiro cuando leo los apasionados versos de amor que Román

publica, y aun me encantan las flores de matices suaves y delicados... ¡Cuántas había en nuestro jardín del colegio de Loreto y qué hermosas eran! ¿Te acuerdas, Fausta, del placer que sentíamos cuando nos engalanábamos con ellas? Una mujer con flores está muy bonita; pero en este Madrid de mis pecados, las venden muy caras y Pepe nunca me compra... Un día, Román, me obsequió con un ramo de flores y ¡créelo! aquel día fué el más feliz de mi existencia de casada... ¡Qué hermosas eran! ¡Como aquellas, Fausta, como aquellas del jardín del colegio! Yo las besé con entusiasmo, con amor, con locura; y á cada una de las flores, la bauticé con un nombre: María, Carmen, Dalia, Mercedes... y tú también, Fausta... ¡Mis amiguitas, mis amantes compañeras de colegio! Cref que las tenía entre mis manos, que habían venido á verme y á renovar nuestros juramentos de amistad eterna, y las regaba con mi llanto, y las oprimía contra mi corazón y... ¡Estuve loca los cuatro días que vivieron junto á mí...

Cada flor que se deshojaba marchita, era una compañera que perdía, y dejaba un vacío en mi corazón como cuando sacaban alguna del colegio. Por fin... ¡se fueron todas!... Yo lloré, escondí algunas hojitas en mi libro de oraciones... y sentí otra vez el frío de la soledad... ¡Fué aquello un momentáneo deshielo de mis sentimientos? ¿Tiene razón Román? ¿Aun soy joven? Por la edad lo podría ser, porque sólo tengo veintitrés años, pero ¡me parece haber vivido tanto! No, no lo soy, Fausta... La juventud no vuelve, y yo era joven cuando soñaba con el bigote rubio á la borgoñona y el arrogante pecho cubierto de entorchados... Mi juventud, fué en verdad muy breve, pero ¡qué remedio! No haber soñado, no haber tenido anhelos ó no haberlos realizado jamás... «El que ama el peligro, en él perece», leíamos en el Evangelio sin hacer caso...

Adiós, Fausta; todos están durmiendo; es decir, la madre de Pepe y Celestina, la criada... Yo aprovecho la ausencia de Pepe y mi soledad, para escribirte... ¡Pepe! Cada día vuelve más tarde. Ayer, vino á las seis de la mañana.

Te envía miles de besos y de abrazos, tu más constante amiga

CARLOTA.

Madrid, 16 Mayo, 90.

CARTA SEXTA.

Querida Fausta: acabo de recibir la tuya, en la que me das consejos excelentes; pero que no pueden ser llevados á la práctica y ¡ay! mucho

menos ahora... por razones que tal vez te comunique algún día. No me contestes hasta que te vuelva á escribir... Ocurren grandes cosas en esta casa... No sé en qué acabaremos todos... ¡Ellos lo han querido!

Adiós; no tengo tiempo para más.

Te abraza cariñosamente, tu constante amiga

CARLOTA.

Madrid, 4 Junio, 90.

CARTA SÉPTIMA.

Mi amada Fausta: No quiero creas que te tengo olvidada. Dos meses han pasado desde la última vez que te escribí. Fué á comienzos de Junio y en los días en que ocurrieron los grandes sucesos de que voy á darte cuenta; sucesos que, según cómo se consideren, fueron una gran felicidad para todos.

Has de saber, querida, que ya no vivo con mi esposo. Salí para siempre de aquella casa, que algunos llamarían pomposamente el santo hogar y que fué para mí el más horrible de los infiernos... Aquello, había llegado á ser insoportable... La miseria, los sufrimientos hijos del mal trato que me daban mi marido y su madre, él, con golpes ya, ella, con insultos... ¡Oh! No... no podía durar aquella situación. ¡Era ya demasiado! Un mes más de tal vida y concluyo por cometer cualquiera locura.

La miseria, cuando viene sin que la busquen los demás, no asusta á la esposa amante; lucha frente á frente con ella, hasta que consigue arrojarla de su hogar... Pero bien sabes que yo no tenía hogar. Aquella era la casa de mi madre política, incapaz de ceder el menor de sus derechos, ni aun de hacer partícipe de ellos á persona alguna, y mucho menos á mí... Además, mi pobre trabajo, porque llegué á trabajar de orden de mi suegra, para una tienda de ropa blanca, no era bastante á las necesidades de la casa; necesidades que multiplicaba mi marido, con sus dos vicios más asquerosos: las mujerzuelas y el vino.

¿Cómo ha de ser! Lo pasado ya no tiene remedio. ¿De quién ha sido la culpa? Cuando pienso en esto (y procuro pensar lo menos posible), siempre concluyo por creer que si Pepe y yo, hubiéramos tenido hogar propio, á estas horas seríamos dos seres felices. Ni él ni yo, hubiéramos sido víctimas de la constante lucha porque hemos pasado y que ya conoces tú... No culpo á Pepe, en absoluto. Hoy, es un... Tampoco quiero juzgarle; pero no fué su instinto quien le empujó; fué la desgracia, la infelicidad. Buscando la dicha, nos solemos meter hasta en el lodo, por si allí la encontramos. Esto le sucedió á Pepe.

Ya sabes, pues, lo ocurrido. Ahora, puedes escribirme á mi nombre y con entera libertad. Vivo en un humilde tercer piso de la calle de Claudio Coello. Es pequeñín y pobre; como yo. Pero le da el sol todo el día, y esto y la gran porción del azul cielo que se ve desde los balcones, contribuye á que sea muy alegre.

A ver si ahora me escribes tanto como antes, querida Fausta... Dirígeme tus cartas á la calle antedicha, número... piso tercero, derecha. Adiós, amiga mía. Saluda á tu esposo en nombre mío, y tú recibe un abrazo y un beso de tu constante

CARLOTA.

Madrid, 4 Agosto, 90.

CARTA OCTAVA.

Amiga Fausta: ¿Con que, llevada de tu interés por mí, escribiste á Pepe, haciéndole infinitas reflexiones, con el fin de inclinarle á una reconciliación conmigo? ¿Con que él te contestó que nada quería saber de mí? ¿Con que te dijo que me había echado de su casa por adúltera? Pues bien, sí; es verdad: por eso me echaron él y su madre, después de escupirme ella y de abofetearme él *por última vez*. Ya lo sabes todo; y puesto que, á pesar de saberlo, me escribes demostrándome compasión y diciéndome que mi falta te parece un sueño fatal, debo sincerarme á tus ojos, y darte con toda franqueza, las explicaciones que mi esposo omite.

Sí que he sido adúltera; sí que he faltado á los deberes de esposa honrada; sí que he manchado el apellido de Pepe... de los Gómez; sí, sí, sí. Y ¿por qué? Porque era desgraciada, teniendo derecho á ser feliz; porque mataban mi juventud, y la juventud es sagrada para los corazones nobles; la juventud, tiene derechos que deben respetarse. ¿Busqué yo mi desgracia? No. ¿Tenía el deber de renunciar á las dichas soñadas, á las soñadas y humanísimas venturas de paz, alegría y amor, que toda mujer púbera, espera en pago de su amor? No. ¿Respetaron mis derechos de esposa? ¿Respetaron los de mi juventud ni mi dignidad de mujer? Tampoco. Pues si yo no busqué mi desgracia ni la de nadie, si yo tenía derecho á la paz, á la alegría y al amor soñados, si no respetaron los derechos de mi juventud ni los de esposa humilde y enamorada, ni tan sólo mi dignidad de mujer, ¿de qué se duelen? ¿por qué me desprecian? Antes de que ellos pudieran quejarse de mí, acusarme y despreciarme, tuve yo sobrados motivos para echarles en cara lo arbitrario de su dominio, para acusarles de sus faltas á mi honor y á mi dignidad, y para despreciarles por sus groseros instintos, por lo egoísta y falso del cariño de ella y por lo lascivo y repugnante del amor de él... ¡Sí que he faltado, sí! No habían de ser ellos solamente los que faltasen. Ellos, lo hicieron sin derecho; yo, al menos, he tenido razón... ¿Es que sólo el honor, los derechos y la dignidad del hombre, han de ser los que prevalezcan y los que pesen, en la balanza de la razón y de la justicia? ¿Es que á la mujer, han de juzgarla todos, como aquella madre egoísta que, porque hay muchas mujeres, las considera cosa inferior? No, no y no... Yo era buena y hasta creo que sigo siéndolo; yo era honrada; yo amaba á mi esposo, yo quise hacerle feliz y serlo con él. ¿Por qué fueron malos para mí? ¿Por qué me faltó mi esposo? ¿Por qué me pegó, al escuchar mis sollozantes quejas y mis ruegos, formulados entre besos humedecidos de lágrimas? ¿por qué se me quiso convertir en cosa que no siente ó en irracional que obedece las órdenes de su amo, sean ó no sean justas?...

LUIS DE VAL

(Continuará.)





EXCMO. SR. D. JOSÉ MARINA VEGA, General de brigada y Gobernador Civil de Barcelona. *Fot. Napoleón.*

EXCMO. SR. DR. D. BARTOLOMÉ ROBERT, Alcalde Constitucional de Barcelona. *Fot. Matarrodona.*

MADRID ELEGANTE

CONFORME pronosticábamos en una de nuestras últimas crónicas, la sociedad aristocrática recobró su animación, no bien las campanas de las iglesias tocaron á Gloria; el tiempo verdaderamente primaveral, ha contribuido no poco á este súbito despertar de nuestra perdida alegría, pues no hay tedio que resista á la contemplación de este hermosísimo cielo madrileño.

Los toros han estado concurridísimos y brillantes, y entre el elemento aristocrático que festoneaba las barandillas de los palcos, notábanse muchas bellezas extranjeras, envueltas en las ondas de encaje de nuestras clásicas mantillas; recordamos, entre otras, á las dos hijas del Embajador de Alemania, que estaban verdaderamente hermosas, con las mantillas de blanca blanca; á las hijas de los Condes de Heerenn, y á la Baronesa de Scefried-Buthenheim, una alemana encantadora.

También ha llamado justamente la atención en las fiestas taurinas, por la gentileza y gusto con que llevaba la clásica prenda española, la linda *Doña Sol*, única hija de los Duques de Alba.

Con tan hermoso tiempo, natural es que las fiestas al aire libre se vean más concurridas que las que se celebran en los salones, siendo ya bastante numerosa, y sobre todo muy distinguida la concurrencia femenina que asiste al *Tiro de pichón* de la Casa de Campo, y á presenciar las partidas de *Polo* en el Hipódromo de la Castellana; en éstas, toman parte los más linajados aristócratas, en unión de opulentos *sportmen*, pero raro es el día que no ocurre algún leve accidente.

El juego, en realidad, no carece de exposición.

Se encuentra entre nosotros una familia muy apreciada en esa capital: la de los Marqueses de Villamediana, quienes ocupan las habitaciones del piso principal de los Condes de Romrée, en la calle del Arenal. Como cuentan en la Corte con grandes simpatías, todos los miércoles por la tarde acuden á saludarlos y á tomar el té en su compañía, gran número de amigos.

Entre otros muchos viajeros ilustres que han venido recientemente á Madrid — de paso algunos de ellos para Sevilla, — figuran el Ministro de Méjico en París, señor Iturbe, con su bellísima esposa, que es una Scholtz, hermana de la Marquesa de Ivanrey. Dicha opulenta dama ha sido muy obsequiada por la sociedad aristocrática, y en las fiestas á que ha asistido ha llamado la atención, no solamente por su belleza, que es espléndida, sino por la suntuosidad de sus joyas, entre las que descuella el magnífico collar de perlas, uno de los más hermosos del mundo.

Además, han estado entre nosotros los Condes de Heerenn con sus hijas, que habitualmente residen en Biarritz; los Marqueses de Villavieja, que viven en París, (la Marquesa se llamó de soltera *Tolita* Salamanca); y los Príncipes Pio de Saboya, que han abandonado su palacio de Florencia, para pasar una temporada al lado de su próxima parienta, la Duquesa de Fernán-Núñez.

Fiestas aristocráticas no faltan; pero nótese, cada día más, una tendencia á reducir éstas á los círculos de mayor intimidad de los dueños de la casa, de suerte que aquellos grandes saraos, al estilo de los que se daban hace algunos años en los palacios de Fernán-Núñez, Bailén, Cerralbo, Nájera, Viana y otros, han quedado como vagos recuerdos de las costumbres de otras épocas. Hoy, apenas pasa día, sin que ya en una, ya en otra morada aristocrática, se verifique algún concierto íntimo, algún baile *pequeño*, algún banquete ó alguna velada teatral; pero, nada de esto trasciende al público, y preciso es toda la indiscreción de un cronista, ávido de información, para que la descripción de la fiesta aparezca en letras de molde.

Eso sí; tales fiestas suelen ser dignas de que las describan plumas bien cortadas; todos los refinamientos del lujo, del arte y del buen gusto, se reúnen para obsequiar á un corto número de amigos de los dueños de la casa. Buena prueba de ello, el almuerzo en *pequeñas mesitas* de cuatro y seis personas, celebrado no ha muchos días en el palacio de la Marquesa de Manzanedo, con asistencia de la Duquesa de Alba y su hija, de los Duques de Montellano, Lécera y Santoña, de los Marqueses de Ivanrey y otras personas distinguidas; el concierto verificado hace dos semanas, en el elegantísimo hotel de la señora viuda de Arcos; los banquetes, á cual más espléndidos y suntuosos, celebrados en las residencias de los Marqueses de Hoyos y de Monteagudo, amenizando el *après diner* de este último, el notabilísimo cuarteto *El Turia*; y las veladas teatrales de la Embajada de Francia y del Secretario de la Embajada Rusa, Mr. Mourawieff-Apóstol.

La única verdadera fiesta *grande* hasta ahora celebrada, fué la verificada en casa de la Condesa viuda de Pardo Bazán, con motivo de celebrar sus días, el 5 del pasado, su hija, la autora insigne de la *Vida de San Francisco*, colaboradora asidua del *ALBUM SALÓN*.

Casi todos los grandes nombres de la literatura, de la aristocracia y de la política, desfilaron ante la notable escritora que, cuando estas líneas vean la luz pública, habrá ya dado su anunciada conferencia en París, ante un auditorio compuesto de los más notables literatos de la República vecina. A felicitar á doña Emilia Pardo Bazán, acudieron, entre otros muchísimos: Echegaray, Sellés, Manuel del Palacio, Jacinto Benavente, Tola-Latour, Ferrari, Romero Robledo, Castelar, el General Ordóñez; y con ellos, la Duquesa de Osuna, las de Tetuán, Valencia y Noblejas, la Marquesa de la Laguna y gran número de linajudas damas.

Los Marqueses de Linares, admiradores entusiastas de la insigne escritora, la obsequiaron con un precioso *Trebol* de oro con brillantes; el director de *La España Moderna*, con un libro, que es una maravilla artística; y el Duque de Valencia, con un precioso cuadro antiguo.

Una noticia para nuestras caprichosas lectoras: el dije de moda esta primavera es el galápago; se pinta en el país de los abanicos, se incrusta en sus varillas, se cuelga de las cadenas, se engarza en las pulseras, y hasta se esconde entre las plumas y las gasas de los sombreros.

Es realmente un *porte bonheur* muy feo; pero, á quien le traiga la suerte, le parecerá de perlas el repugnante anfibio.

MONTE-CRISTO



MTRO. MELCHOR RODRÍGUEZ DE ALCÁNTARA. Fot. Audouard.

Autor de la pieza de música que acompaña á este número.

FIESTA CIVICO-RELIGIOSA DEL 2 DE MAYO

(EFEMÉRIDES ILUSTRADAS.)

PARA conmemorar el aniversario del 2 de Mayo de 1808, declarado por las Cortes de Cádiz fiesta nacional, y primero que iba á celebrar Madrid, libre de franceses, encargó el nuevo Congreso al Gobierno, al Ayuntamiento, y al cuerpo de artillería, la celebración con la mayor solemnidad, del acto de exhumar los restos de las víctimas de aquel memorable día; inaugurando, al propio tiempo, sus sesiones, en el edificio de doña María de Aragón, que para el mismo había de estar terminado.

De tal modo excitó el patriotismo la orden de las Cortes, que hombres, mujeres y niños, artistas y obreros, nobles y ricos, contribuyeron á su feliz término; los unos, prestando gratuitamente sus brazos; los otros, su talento; y los últimos, satisfaciendo el importe de obras y jornales; de suerte que, en pocos días, quedó habilitado y decorado el grandioso salón, y la fachada pudo lucir, entre las estatuas de la *Patria*, la *Religión* y la *Libertad*, una elegante lápida de mármol, en que se leía, escrito con letras de oro:

« LA POTESTAD DE HACER LAS LEYES RESIDE EN LAS CORTES CON EL REY. »

En el Prado, donde hoy se levanta el Monumento conocido por el 2 de Mayo, se preparó una mesa de altar, con una ancha urna, para recibir los cuerpos de los heroicos capitanes y de las víctimas de aquel terrible día, entre las preces de los clérigos, presididos por el obispo auxiliar de Madrid, don Anastasio Puyal, los gemidos y las lágrimas de los parientes, y los gritos de horror y venganza del pueblo. El Ayuntamiento, acordó el 21 de Abril, vestir y dotar con 3,000 reales á diez doncellas, una de cada cuartel (distrito), hijas, hermanas ó parientas cercanas de los que fueron víctimas en aquel día; y el 28 dirigió una alocución al pueblo, convocándole á la exhumación de los restos, en el punto del paseo del Prado donde fueron inmoladas la mayoría de ellas; pues las otras lo fueron en la Puerta del Sol, contra los muros de la iglesia del Buen Suceso, algunas en San Ginés, y muchas en la montaña del Príncipe Pío: todas en montón y sin socorro alguno espiritual.

Encargado el cuerpo de artillería, al que pertenecían Daoíz y Velarde, de la patriótica solemnidad, construyó un magnífico carro triunfal, que estuvo expuesto todo el día 1.º de Mayo al público, compuesto de un ancho zócalo, decorado en los costados con relieves y pinturas, representando escenas de la defensa del Parque, y sobre él y en soberbios féretros cubiertos de armas, banderas, palmas y coronas, las cenizas de aquellos héroes. Delante, llevaba una figura con un libro en la mano, en cuyas abiertas páginas se leía: *Imitarlos*; reposando á sus pies el león de España que tenía bajo sus garras las águilas francesas, y unos pebeteros de que emanaban perfumes. A la espalda, se contemplaban las armas nacionales, con el emblema de ambos mundos, entre las columnas de Hércules, el lema *Plus Ultra*, cañones, estandartes y trofeos militares.

El estampido de los cañones anunció la nueva aurora de aquel sagrado aniversario. Una gran parte de Madrid acudió al *Campo de la Lealtad*, á oír la misa celebrada en el altar improvisado, en tanto que otra se dirigió al *Parque de Monteleón*, de donde debía salir la fúnebre comitiva.

Oigamos á un testigo presencial:

« Precedida de banderas, palmas y trofeos militares, y de armoniosas músicas que henchían el aire con marchas fúnebres y coros patrióticos y marciales, arrastrada por ocho caballos lujosamente enlutados y empenachados, marchaba la triunfal carroza, que soportaba los restos de Daoíz y Velarde. Ocho oficiales, de igual ó superior graduación, sostenían los cordones que pendían de las urnas, y el cuerpo de artillería entero, con sus numerosas baterías de cañones, formaba el cortejo de sus dos ilustres capitanes.

Dirigióse la marcial comitiva por la calle Ancha de San Bernardo al nuevo Pa-



FIESTA CIVICO-RELIGIOSA DEL 2 DE MAYO. — Cuadro de ENRIQUE ESTEVAN.

lacio de las Cortes, donde esperaban todos los diputados, para incorporarse á ella; después, y al frente de las Casas Consistoriales, las autoridades, el Ayuntamiento con sus maceros, y los parientes de las víctimas, entonces muy numerosos; y en estos términos se encaminó al Prado y *Campo de la Lealtad*.

Allí, y después de las preces religiosas entonadas por el clero, delante del santo altar, incorporóse á ella otro carro, asaz modesto, llevando la urna que contenía los restos de los madrileños sacrificados en aquel sitio; con lo que, y completa ya la magnífica procesión, empezó á desfilarse por la carrera de San Jerónimo, Puerta del Sol, calles de Carretas y de Atocha, á la de Toledo, hasta la iglesia de San Isidro. En ella, en fin, y colocadas las tres urnas en un suntuoso catafalco, iluminado con cien blandones, celebráronse las solemnes honras y oración fúnebre; concluyendo tan solemnísimos actos á las cinco de la tarde, con las descargas de fusilería y el incesante estampido del cañón.

El himno patriótico que los coros iban entonando fué escrito por el sacerdote liberal y notable poeta, don Antonio Sabiñón, autor de la tragedia *Numancia*.

En el Teatro de la Cruz se ejecutó aquella noche una manifestación análoga en honor de los inmortales Daoíz y Velarde y demás defensores de la Patria, seguida de un himno con estrofas, alusivo al memorable 2 de Mayo, composición del inspirado poeta don Juan Bautista Arriaza.

Durante el día, los ciegos no dejaron de vender el papelito intitulado *Los héroes del 2 de Mayo sacrificados por Bonaparte*, que la gente les arrebatava de las manos.

Hasta 1840 no se inauguró, en la fecha conmemorativa, el *Monumento del Dos de Mayo*, en la plaza de la Lealtad (Paseo del Prado).

Consiste en un gran sarcófago, que guarda las cenizas de los mártires de la Independencia española, con alegorías, los bustos de Daoíz y Velarde, y un león defendiendo las armas nacionales. Sobre un pedestal dórico, arranca una pirámide de piedra, imitando los obeliscos egipcios, de 46 pies de altura. Fué proyectado por el distinguido arquitecto don Isidro Velázquez, y las estatuas decorativas del pedestal, que representan la *Constancia*, el *Vvalor*, la *Virtud* y el *Patriotismo*, las ejecutaron los reputados artistas señores Elías, Tomás, Medina y Pérez.

Honar la memoria de los héroes muertos, es un deber de sus compatriotas vivos. Su recuerdo sirve á la vez de ejemplo y enseñanza.

El ALBUM SALÓN cree cumplir un deber, consagrandolo las efemérides de este mes á aquellos de quienes dijo el ilustre ya citado Sabiñón...

« Que muriendo con ínclitas muertes
Libre á España supieron hacer. »

E. RODRIGUEZ-SOLIS

A la notable artista Sta. Monserrat Sempere.

Hoja de álbum

M. Rodríguez de Aleántara.

Andantino cantabile.

PIANO.

*pp dolce e legato.**p**riten.**pp**dolce.**mf**mf**poco a poco riten.**p**pp*

The musical score consists of five systems of staves, each with a treble and bass clef. The notation includes various musical symbols such as notes, rests, and dynamic markings.

- System 1:** The first system is marked *a tempo.* and *pp dolce.* It features a series of chords and single notes, with a *p* marking appearing in the second measure.
- System 2:** The second system continues the piece, with a *p* marking in the first measure, a *riten.* marking in the third measure, and a *pp* marking in the fourth measure.
- System 3:** The third system is marked *dolce.* and *mf*. It features a series of chords and single notes, with a *p* marking appearing in the second measure.
- System 4:** The fourth system is marked *a tempo.* and *mf*. It features a series of chords and single notes, with a *poco a poco riten.* marking appearing in the first measure.
- System 5:** The fifth system is marked *dolcissimo.* and *f*. It features a series of chords and single notes, with a *3* marking appearing in the first measure.



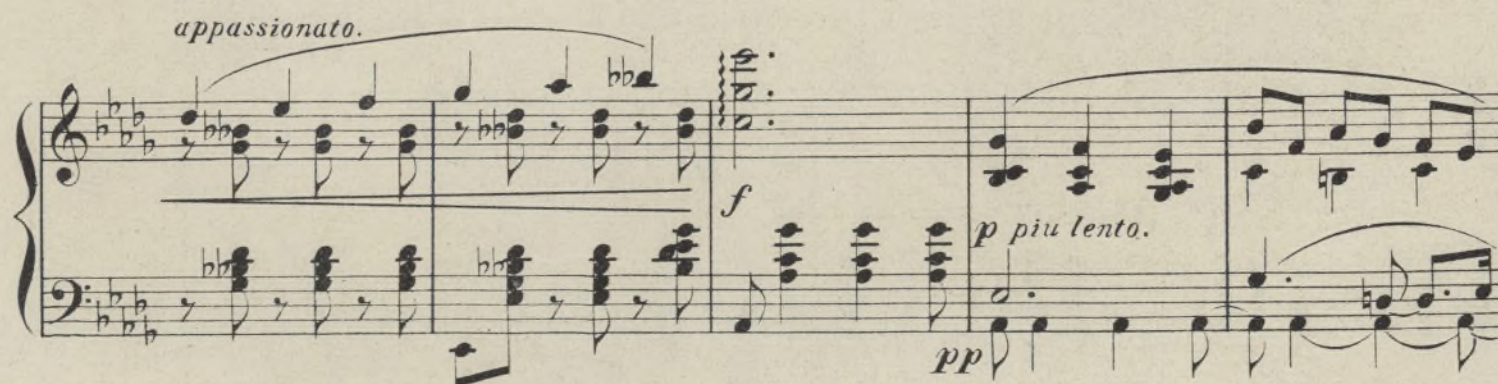
First system of musical notation. The treble staff contains a melody with notes and rests, and the bass staff contains a harmonic accompaniment. The tempo marking *rallentando* is written above the treble staff, and *smorz.* (diminuendo) is written above the bass staff.



Second system of musical notation. The tempo marking *a tempo.* is written above the treble staff. The dynamic marking *p espressivo.* is written below the treble staff, and *sotto voce* is written below the bass staff.



Third system of musical notation. The dynamic marking *mf* is written below the treble staff. The dynamic marking *piu f* is written below the bass staff. The system concludes with a triplet of eighth notes in the bass staff, numbered 1, 2, 3.



Fourth system of musical notation. The tempo marking *appassionato.* is written above the treble staff. The dynamic marking *f* is written below the treble staff. The dynamic marking *p piu lento.* is written below the bass staff. The system concludes with a *pp* (pianissimo) marking below the bass staff.



Fifth system of musical notation. The tempo marking *a tempo.* is written above the treble staff. The dynamic marking *poco riten.* (poco ritardando) is written below the treble staff. The dynamic marking *p dolce.* is written below the bass staff. The system concludes with a *p* (piano) marking below the bass staff.

p

mf *f* *p*

molto appassionato.
marcato.

cres - cen - do. *m.i.* *ff* *mf* *sfz* *p tranquillo.*

p *riten.* *lento.* *ppp*

poco a poco per - den - do - si. - - - ppp

Queda terminantemente prohibido venderla por separado.